



Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Universidad del Perú. Decana de América

Facultad de Ciencias Sociales

Escuela Profesional de Historia

Guerra y guerrillas en los Andes centrales. Perú, 1820- 1824

TESIS

Para optar el Título Profesional de Licenciado en Historia

AUTOR

Víctor Felipe ESPINAL ENCISO

ASESOR

Dr. Cristóbal Roque ALJOVÍN DE LOSADA

Lima, Perú

2020



Reconocimiento - No Comercial - Compartir Igual - Sin restricciones adicionales

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

Usted puede distribuir, remezclar, retocar, y crear a partir del documento original de modo no comercial, siempre y cuando se dé crédito al autor del documento y se licencien las nuevas creaciones bajo las mismas condiciones. No se permite aplicar términos legales o medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros a hacer cualquier cosa que permita esta licencia.

Referencia bibliográfica

Espinal, V. (2020). *Guerra y guerrillas en los Andes centrales. Perú, 1820-1824*. Tesis para optar el título de Licenciado en Historia. Escuela Profesional de Historia, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, Perú.

HOJA DE METADATOS COMPLEMENTARIOS

Código ORCID del autor	“ _____ ”
DNI o pasaporte del autor	46595395
Código ORCID del asesor	0000-0002-9793-7064
DNI o pasaporte del asesor	0771747
Grupo de investigación	Estado, Nación y Democracia en el Perú y América Latina
Agencia financiadora	Vicerrectorado de Investigación y Posgrado
Ubicación geográfica donde se desarrolló la investigación	Lugar: Lima. Coordenadas geográficas avenida Miguel Grau Mz. C II Lote 3. AA.HH. Yanacoto. Lurigancho, Lima, Perú. Latitud: 11°56'53"S Longitud: 76°43'48"W Altitud: 983 metros
Año o rango de años en que se realizó la investigación	2019-2020
Disciplinas OCDE	6.00.00 Humanidades.- http://purl.org/pe-repo/ocde/ford#6.00.00 6.01.00 Historia, Arqueología.- http://purl.org/pe-repo/ocde/ford#6.01.00 6.01.01 Historia http://purl.org/pe-repo/ocde/ford#6.01.01



**UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
ESCUELA PROFESIONAL DE HISTORIA**

**ACTA DE SUSTENTACIÓN DE TESIS EN MODALIDAD VIRTUAL
PARA OPTAR EL TÍTULO DE LICENCIADO EN HISTORIA**

1. FECHA DE LA SUSTENTACIÓN: Lima, 3 de setiembre de 2020

HORA INICIO: 10 am

HORA TÉRMINO: 11.30 am

2. JURADO

PRESIDENTE: Doctora Maria Emma Mannarelli Cavagnari

MIEMBRO: Magister David Velasquez Silva

MIEMBRO: Licenciado Rolando Pachas Castilla

ASESOR: Doctor Cristóbal Aljovín de Losada

3. DATOS DEL TESISISTA

APELLIDOS Y NOMBRES: Víctor Felipe Espinal Enciso

CODIGO: 10150002

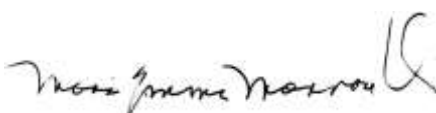
R.R. DE GRADO DE BACHILLER NÚMERO: Resolución Rectoral 04793-R-16.Fecha 04-10-2016.

TÍTULO DE LA TESIS: GUERRA Y GUERRILLAS EN LOS ANDES CENTRALES, PERÚ, 1820-1824

4. RECOMENDACIONES

--

5. **NOTA OBTENIDA:** Sobresaliente, 19 Diecinueve
6. **NÚMERO DE PÚBLICO REGISTRADO Y ASISTENTE:**
7. **FIRMAS DE LOS MIEMBROS DEL JURADO**


Dra. Maria Emma Mannarelli Cavagnari
Presidenta

	
Lic. Rolando Pachas Castilla	Mg. David Velásquez Silva
MIEMBRO	MIEMBRO


Dr. Cristóbal Aljovín de Losada
Asesor

Datos de la plataforma virtual institucional del acto de sustentación:

ID de reunión: 87649928902
 Contraseña: 694699

Grabación archivada en:

<https://drive.google.com/drive/u/2/folders/12CglAA74INKSYiNcsNOo0wrgEwnUvrb9>

*A mi madre, por el apoyo constante,
y a mí, por la paciencia.*

HOJA DE METADATOS COMPLEMENTARIOS

Código Orcid del asesor o asesores (dato obligatorio): 0000- 0002- 9793- 7064.

DNI del autor: 46595395.

Grupo de Investigación: *Estado, Nación y Democracia en el Perú y América Latina.*

Institución que financia parcial o totalmente la investigación: VRIP.

Ubicación geográfica donde se realizó la investigación: Lima.

Año o rango de años que abarcó la investigación: 2019-2020.

Agradecimientos

La presente investigación se llevó a cabo gracias al apoyo brindado por diferentes personas. Agradezco al Vicerrectorado de Investigación y Posgrado de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos por acceder a financiar el Proyecto de Tesis que presenté en el año 2019, al doctor José Alfonso Valdizán Ayala, Director de la Escuela Profesional de Historia, y a María Santibáñez por haberme sacado de un sinfín de apuros al momento de justificar los gastos del proyecto de financiación.

Este trabajo contó con el seguimiento del doctor Cristóbal Aljovín de Losada, mi asesor de tesis. A él le debo la excesiva paciencia y comprensión de mis tribulaciones desde que inicié con otro proyecto de investigación hasta llegar a examinar, finalmente, a las guerrillas patriotas. Del mismo modo, a la doctora María Enma Mannarelli Cavagnari que fue la artífice de haber comprendido lo que quería decir en los Seminarios de Investigación que estaban a su cargo. Las continuas sugerencias de David Velásquez y de Christian Aldana fueron vitales para enriquecer las propuestas de cada uno de los capítulos trabajados. Igualmente, hago mérito a las observaciones de Víctor David Hernández Fernández y Carlos Iván Villamizar Palacios que, a pesar de sus labores cotidianas fuera del Perú, estuvieron prestos a ofrecer sus tan acertadas recomendaciones. La estructura de los capítulos los debo en gran parte a ellos.

Por último, agradezco el apoyo de mi familia, de mi mamá Elsa, mi tía Irma, mi hermana Karen y mi abuela Ventura. Sin ellas, el soporte emocional, que demanda una investigación de esta envergadura, no hubiese sido posible. A mis amigos que me proporcionaron sugerencias y pistas para llegar a las respuestas de mis cuestionamientos iniciales. A Juan Carlos Ponce Lupú, Mariam Aranda Mostacero, Erika Quintanilla Montano, Daniella Terreros Roldán, Miller Hans Molina Gutiérrez, Isaías Chávez Lagos, Lady Santana Quispe, Juan Diego Villegas Ramírez, Jefferson Pacheco Postigo y Santiago Agüero Palomino. Mención destacada a María Mayorca Pérez, por haber leído constantemente los primeros borradores de la tesis, y a Raúl Kuroki Tupayachi por los ánimos. Muchas gracias.

Tabla de contenido

INTRODUCCIÓN

1. La guerra de guerrillas entre 1820 y 1824.

- 1.1. Las guerrillas y la guerra de guerrillas.
- 1.2. Los aspectos técnicos de la guerrilla: Estrategias y tácticas.
 - 1.2.1. Proximidad del rival y el factor sorpresa.
 - 1.2.2. Correlación de fuerzas, espacios de lucha y el clima.
- 1.3. El carácter local de las guerrillas.
- 1.4. Los aspectos políticos de la guerrilla.
 - 1.4.1. Control social de las guerrillas.
 - 1.4.1.1. Violencia punitiva.
 - 1.4.1.2. Violencia simbólica.
 - 1.4.2. Clientelismo.
- 1.5. El mundo interno de las guerrillas.

2. Domesticando a las guerrillas en el Perú.

- 2.1. El enrolamiento de los guerrilleros.
 - 2.1.1. José Manrique.
 - 2.1.2. Hilario Castro.
 - 2.1.3. El esclavo Francisco Panizo.
- 2.2. Aprendiendo a combatir.
- 2.3. De guerrillero a conscripto militar.

3. Guerra de recursos. Perú, 1820-1824.

- 3.1. La movilización de los recursos.
 - 3.1.1. Del Protector a Bernando de Tagle.
 - 3.1.1.1. Cercanía de las tropas enemigas. Ica (1821) y Yauyos (1822).
 - 3.1.1.2. Cercanía del Cuartel General y el uso de la fuerza (Tarma, 1820).
 - 3.1.1.3. Lejanía del enemigo y del Cuartel General: Los espacios de frontera (Comas, 1822-1823).
 - 3.1.2. La intervención del Libertador: La Campaña Final (1824).

- 3.1.2.1. Los preparativos: Estrategias y primeros movimientos del Ejército Libertador.
- 3.1.2.2. El desplazamiento del Ejército patriota por Huánuco, Pasco y las alturas de Junín.
- 3.1.2.3. Hacia Cusco, el repliegue y la decisión final en Quinua.

- 3.2. Tensiones generadas en la guerra de recursos.
 - 3.2.1. El interior de los Departamentos y las Prefecturas.
 - 3.2.2. Los intermediarios locales en la guerra de recursos.
 - 3.2.3. Las guerrillas y los pueblos.
 - 3.2.3.1. Bandolerismo y abigeato.
 - 3.2.3.2. Al interior de las sociedades rurales.
 - 3.2.3.2.1. Guerra y tributación indígena.
 - 3.2.3.2.2. Propiedad y usufructo de tierras comunales.

4. EPÍLOGO. Después de la guerra de Independencia.

- 4.1. Una cierta desmovilización de los medios para hacer la guerra (1825-1826)
 - 4.1.1. La situación de los recursos, la reducción de los oficiales y la creación de milicias departamentales.
 - 4.1.2. Militares y administración pública.

- 4.2. La desmovilización de los medios para hacer la guerra en números.

CONCLUSIONES

ANEXOS

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

Listado de cuadros y gráficos

Cuadros

Cuadro N°1. Batallón Provisional de Ica, 1821.

Cuadro N°2. Regimiento de Caballería de Ica, 1821.

Cuadro N°3. Armas del Batallón Provisional de Ica, 1821.

Cuadro N°4. Estado de Recursos de la Provincia de Yauyos, 1822.

Cuadro N°5. Razón de víveres aportados al Ejército patriota por los pueblos de indios de Chacacayo, Cocachacra, Matucana, San Mateo y Pomacancha. 10 de octubre de 1823.

Cuadro N°6. Aportes de los pueblos de tránsito, entre Rancas y Reyes, durante el traslado del Ejército Libertador, junio de 1824.

Cuadro N°7. Razón de las fuerzas patriotas antes y después de la Batalla de Junín, 1824.

Cuadro N°8. Número de oficiales capitulados que salieron del Perú, 1825.

Cuadro N°9. Fuerzas efectivas y disponibles del Ejército realista que quedaron en Arequipa tras la Capitulación de Ayacucho.

Cuadro N°10. Fuerzas efectivas y disponibles del Ejército realista que quedaron en Cusco tras la Capitulación de Ayacucho.

Cuadro N°11. Fuerza real de guerra del Ejército Unido del Perú, 1825.

Cuadro N°12. Armas del Ejército Unido Libertador, 1825.

Cuadro N°13. Fuerza disponible del Ejército del Perú, 1826.

Gráficos

Gráfico N°1. Población general y tributaria en Cusco (1788-1830).

Gráfico N°2. Relación entre el número de tropas y armas del Ejército Patriota entre 1817 y 1826.

Gráfico N°3. Evolución de los ejércitos extranjeros incorporados al Perú (1817-1822).

Gráfico N°4. Disposición de armas por unidad en el Ejército Unido Libertador, 1825.

Gráfico N°5. Disposición de armas por unidad en el Ejército del Perú, 1826.

Introducción

La presente investigación aborda la relación entre el tipo de sociedad y poderes públicos y la forma de guerra del bando patriota entre 1820 y 1824. Es verdad que la guerra modifica la sociedad y sus relaciones de poder; pero también es verdad que la sociedad y los poderes públicos impregnan a la guerra su sello. En ese sentido, postulamos que la guerra de guerrillas y sus aspectos logísticos (hombres, mujeres, alimentación, armas, entre otros factores), parte sustancial de las guerras de independencia en los Andes centrales peruanos, alteraron el ejercicio del poder y los patrones de vivencia de los civiles.

La guerra independentista fue un proceso que vigorizó la demanda social de los pueblos. El Ejército patriota no podía operar en los Andes, si es que no conseguía apoyarse localmente. La forma de hacer la guerra tenía que adecuarse a las sensibilidades locales y heredar, con ello, los viejos conflictos y resistencias suscitadas en el orden colonial. Atendiendo esa problemática, se tuvo que redefinir la estructura de mando y obediencia al Ejército para estimular las lealtades políticas y luchar contra el enemigo. Estos cambios fueron adecuándose progresivamente en las dinámicas de las sociedades locales del Perú, a medida que el escenario de la guerra iba extendiéndose y descentralizándose.

Creemos que la familiarización de las sociedades locales con el aparato militar no comenzó con la irrupción del Ejército de San Martín en el Perú. Fue un proceso que ya se estaba dando desde mediados del siglo XVIII y que se repotenció durante la guerra independentista. La transformación de las unidades menores del Ejército virreinal, como las milicias, es una prueba de ello. Por un lado, los constantes requerimientos de defensa, hechas por el gobierno borbónico, posibilitaron que muchos notables locales (comerciantes en su mayoría) formaran parte de la oficialidad de las milicias a cambio de su apoyo económico y la protección de sus propiedades privadas. De esta manera se hizo posible la suma de más intermediarios locales en la financiación, administración y dirigencia de las milicias virreinales. Como consecuencia, al interior del Virreinato del Perú se multiplicaron los espacios de convergencia entre los intereses políticos y militares y las redes clientelares locales. Por otro lado, los sectores plebeyos de las

sociedades locales (indios y negros) conformaron las bases sociales de las milicias a cambio de una serie de beneficios, como el fuero militar o la mejora de sus condiciones de vida (exención tributaria, para los indios, y la promesa de la manumisión de la esclavitud, para los negros). Poco a poco se fueron aumentando el número de milicianos en el Perú. En 1790 eran 43.744, en 1793 son 69.295, para 1805 aumenta a 51.611 y en 1806, 52.274 (Carcelén, C. & Maldonado H., 2013, p.89).

Vistas en conjunto, las milicias virreinales recuperaron el orden trastocado durante el ciclo de revueltas y rebeliones indígenas del siglo XVIII, combatieron a los rebeldes durante la década de 1810 (en Huánuco, Tacna y Cusco) y constituyeron el primer frente de defensa local ante la asonada de las tropas sanmartinianas, tanto en los pueblos costeros como serranos del Perú. A pesar de haberse implementado las milicias, su capacidad de respuesta no fue bien integrada por el gobierno del virrey Joaquín de la Pezuela, al momento de enfrentarse contra el Ejército de San Martín. El problema residía en que a diferencia de las milicias del sur del Perú, las del norte no estaban comprometidas con la causa realista. Sirvieron para reforzar el control estamental del lugar mas no estaban entrenadas para sostener una situación real de guerra (Sánchez, S, 2011).

De este modo, San Martín pudo desplegar, sin contratiempos, una parte de sus fuerzas militares al interior de la sierra central del Perú. No obstante, la cantidad de hombres empleados en las armas no fue suficiente para poder concretar el proyecto independentista en el Perú. Se hizo necesario acudir a los pueblos de la zona para que dotaran de hombres y abastecieran con suministros a las tropas sanmartinianas. Es aquí donde los mandos militares patriotas, ante sus acrecentadas necesidades políticas y militares, tuvieron que dialogar con los tribunos locales. En ese orden, las guerrillas fueron la expresión del cúmulo de intereses locales frente a las exigencias de la guerra de Independencia. A lo largo de esta investigación se plantea que las acciones de los guerrilleros de la sierra central no se inscribieron en una suerte de *tabula rasa*; sino que incorporaron repertorios de movilización política y militar que hacían eco desde antes de 1820.

En algunos casos, vemos que algunas guerrillas actuaron en conjunto con el Ejército; en otros, se constituyeron de manera autónoma y obraron sin la dirección de un mando oficial del Ejército. Esta distinción, en el modo de coordinación o distanciamiento de las

acciones militares de las guerrillas con el Ejército, ha planteado un problema conceptual que la historiografía peruana no lo ha superado del todo. Ante ello, sugerimos que la diferencia entre las guerrillas y las montoneras responde al grado de articulación de las decisiones locales con las acciones militares dirigidas por los oficiales de la Patria. Subordinación por un lado y autonomía por el otro. Las guerrillas se manifestaron en escenarios donde los oficiales de la Patria consiguieron articular sus decisiones políticas y militares con las demandas locales; mientras que las montoneras fueron guerrillas organizadas por los mismos lugareños, sin que tenga lugar un vínculo de dependencia de estas unidades militares con las decisiones de los oficiales patriotas. Al no estar supeditadas al control del Ejército, las acciones de las montoneras fueron registradas con desdén por los militares patriotas; fueron un todo indistinto de paisanos armados que pululaban sin rumbo por los Andes. Esta visión, desde arriba, es la que aún perdura en la reflexión historiográfica.

A diferencia de Nueva Granada, en el Perú, no se estaba familiarizada con el servicio militar permanente, ni tampoco con la preeminencia de un comando militar centralizado y jerarquizado. Por ello, durante la guerra independentista, la guerrilla tuvo una mayor importancia. Esta se adaptó con mayor facilidad con la dinámica de las sociedades locales. En ese sentido, la guerra tuvo un cierto carácter descentralizado. Se realizó una guerra de movimientos basado, muchas veces, en la sorpresa. Por otro lado, para vitalizar la guerrilla, se empleó una serie de formas de mando personalizadas que emplearon un liderazgo militar con énfasis en el cariz carismático del líder combinado con vínculos clientelares. Como vemos, la guerra de Independencia generó la militarización y la politización de los espacios locales. Una prueba de ello es la vigencia de las guerrillas y montoneras tras la Capitulación de 1824.

Durante la guerra de independencia, se generó tensión en la política local o regional. José de San Martín y los siguientes líderes de la independencia buscaron un cierto control de la estructura del mando interno de los grupos guerrilleros a través de vínculos jerárquicos que permitieran que las acciones locales estuvieran coordinadas bajo una concepción de proyecto general que escapara de lo local. Hubo una falta de entrenamiento militar, el escaso suministro de armas de fuego y alimentos. Pero la relación entre lo local y lo “nacional” no fue fácil e implicó negociación. Los órganos de gestión y representación local, que se fueron constantemente recreando, fueron actores claves bajo una fuerte descentralización de la guerra. Dicha dinámica direccionó

los procesos de militarización y politización de las sociedades locales. Por ello, la investigación responderá cómo y en qué medida el tipo de sociedad y el orden político de ese entonces condicionaron la forma de guerra ejecutada por el Ejército patriota durante la guerra independentista.

Siguiendo las propuestas de Tulio Halperin (2014) para la historia de la “Argentina”, creemos que la ruralización del poder, entendida como el deslizamiento del poder de la ciudad al campo, ocurrió en los Andes centrales durante la guerra de Independencia. A través del accionar de las guerrillas y montoneras patriotas, se analiza el repertorio de la acción colectiva popular durante el conflicto, que explica los escenarios de convergencia y divergencia política entre el poder local y “nacional”. Pero, los gobiernos patriotas “nacionales” no tuvieron los medios de coerción para sojuzgarlos. Para David Velásquez (2018a) y Silvia Escanilla (2014), la guerra requirió de los pueblos. Estos dotaron de hombres y recursos al Ejército, y de ellos, salían las guerrillas; sin ellos, la guerra no hubiera sido posible sostenerse. En consecuencia, la guerra independentista no fue una contienda entre dos bandos política y militarmente consolidados. Fue una lucha de casa por casa y de pueblo en pueblo.

Nuestra pesquisa rescata las acciones de los sectores plebeyos de la sierra central en los derroteros de la guerra. Es decir, la relación entre la sociedad rural y el gobierno central. El primer capítulo examina la guerra de guerrillas como componente fundamental de la guerra en los Andes centrales. El tipo de gobierno y sociedad implicó la importancia de las guerrillas. El Ejército patriota no logró regularizarlos totalmente. Las fuertes resistencias de los caudillos locales, forjados, en buena parte, por vacío del poder del gobierno virreinal en sus diferentes instancias fueron resolutivas para mantener vigente la guerra de guerrillas. En general, se examina el carácter técnico y político de las guerrillas. El segundo capítulo versa sobre los intentos fallidos de los oficiales del ejército patriota a fin de domesticar a las guerrillas. Fue una condicionante para que no se haya logrado completar, a nivel general, el tránsito de guerrillero a conscripto militar. El tercer capítulo se adentra en las profundidades de la guerra de guerrillas. Explica cómo el grado de disposición logística del Ejército patriota condicionó a su vez la forma de lucha del mismo. En ese sentido, la guerra de Independencia no solo fue una lucha entre soldados. También los civiles participaron. Por último, la investigación finaliza con un análisis sobre cómo se ha concluido la guerra de Independencia en las provincias del Perú. Se discute la situación de los oficiales del Ejército patriota, que quedaron sin

empleos, y los guerrilleros post batalla de Ayacucho. De igual modo, se examina el stock bélico de la república peruana: Armas, bestias y municiones; y, además, hombres.

Balance historiográfico y algunas precisiones.

Los primeros aportes de consideración sobre las guerrillas de la sierra central del Perú fueron de Mariano Paz Soldán, Francisco Javier Mariátegui, Nemesio Vargas Valdivieso y Germán Leguía y Martínez. Paz Soldán (1868) resalta la importancia de estas unidades armadas, porque desde la llegada del Ejército de San Martín prepararon el terreno para que el ejército regular lograra desplazarse con facilidad. Mariátegui (1869), por su parte, indicó que gran parte de los guerrilleros carecieron de conciencia política. Al no contar con los medios necesarios para abastecer de recursos a sus partidas, estos hombres se dedicaron al bandolerismo, actividad destinada a la supervivencia durante la guerra. Las necesidades vitales primaron más que el trabajo político local. En cambio, Vargas (1903) buscó superar la cuestión acerca de la reflexión política de los guerrilleros. Su explicación integra las repercusiones políticas de la guerra de Independencia en las sociedades locales; es decir, de arriba hacia abajo. Germán Leguía (1921) se avocó más en la tipología de las guerrillas. Para él, las guerrillas y las montoneras se diferenciaron marcadamente. Las primeras debieron su actuación ordenada gracias a que disponían de reglas castrenses que les permitían adherirse en cualquier momento al grueso del Ejército, mientras que las últimas ejecutaron la guerra sin un criterio de orden y disciplina. Como vemos, las primeras contribuciones académicas discutieron acerca de la naturaleza de las guerrillas y sus funciones, todo desde una óptica centrada desde arriba.

Raúl Rivera Serna analizó diferentes espacios regionales que estuvieron involucrados durante la guerra independentista. Su análisis pone en relevancia aspectos relacionados con la diferenciación de las guerrillas y montoneras, las causas de su intervención en la guerra, el rol que ha cumplido la geografía en las estrategias y tácticas de guerra y, la conexión que hubo entre Lima y las provincias durante la contienda bélica. Para Rivera (1958), el guerrillero representó a un militar con espíritu cívico. Fue una persona preparada en el ámbito de la guerra que formaría parte del ejército regular. En cambio, las montoneras se constituyeron bajo los principios de la venganza por un ultraje inferido, o por el de la defensa de sus comunidades ante la cercanía del enemigo. De

este modo, el autor pone en relevancia el contenido político de las acciones de las guerrillas y montoneras.

En la década de 1970, se sofisticaron los trabajos acerca del accionar de las guerrillas durante la Independencia. Gustavo Vergara Arias se preocupó por ubicar y explicar las acciones colectivas de quienes no resaltaban en las narrativas oficiales de la Independencia. Plantea que las guerrillas y las montoneras fueron pequeños ejércitos locales que lograron ser de mucha ayuda al Ejército patriota. Se diferenciaron de acuerdo al tipo de lucha que ejecutaban. Los primeros tuvieron un plan coordinado con el Ejército mientras que los segundos obraban en desorden, sin una regla a la cual sujetarse. Además, remarca que la derrota de los españoles fue posible gracias a una transformación técnica que tuvo que darse en el seno del Ejército patriota. Las montoneras debían convertirse en guerrillas, y éstas en fracciones disciplinadas que les permitiera formar parte del grueso militar regular. Según Vergara (1973), la Campaña Final de 1824, permitió homogenizar en gran parte los términos del combate. Esto significó la supresión de las montoneras, que fueron reemplazadas en funciones por aquellas partidas de guerrillas que estaban *ad-portas* de ser regularizadas. Esta hipótesis fue rescatada por José María Valega (1974), que propuso un marco temporal tentativo para analizar estas transformaciones. Señala que la formación de las primeras guerrillas se dio entre 1816 y 1820, entendida como una etapa de resaca de la ola revolucionaria que difundió las ideas libertarias por todo el Perú. Esta difusión generó una politización de los sectores populares. Los bandoleros, al tener contacto con las ideas de libertad e igualdad social, decidieron organizar sus propias guerrillas. Cuando la expedición de San Martín arribó al Perú, las guerrillas organizadas previamente se articularon con el Ejército Libertador. En ese sentido, el crecimiento y el sostenimiento de las guerrillas por parte del régimen patriótico dependió de la reinserción social de los bandoleros. Años más tarde, las guerrillas y las montoneras fueron domesticadas por el Ejército gracias a la uniformización de sus términos de combate; parte de esta transformación militar estuvo comprendida para los jefes de las guerrillas, quienes terminaron integrándose al escalafón del Ejército regular. Por otro lado, Ezequiel Beltrán (1975) logra establecer un diálogo documental entre Lima y Yauyos, una zona de constante ocupación de los ejércitos contendores. Su análisis rescata la acción de quienes solamente estaban mencionados en las investigaciones pioneras acerca de las guerrillas. Concluye que los jefes de las guerrillas fueron más que simples emisarios subordinados

del Ejército regular. Sus presencias dinamizaron la circulación de ideas e hicieron posible el abastecimiento de recursos en los puntos estratégicos donde se dio la ocupación del Ejército de la Patria. Su narrativa se alimenta en gran parte de los presupuestos nacionalistas de la Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú, en el que se incide en que los pueblos del Perú adoptaron uniformemente una conciencia patriótica que los opuso de los realistas. Como vemos, la producción historiográfica de la década de 1970 desentrañó más los aspectos relacionados a la constitución y transformación de la guerra de guerrillas.

Las décadas de 1980 y 1990 fueron momentos de renovación historiográfica. En ellas primó el análisis de los sectores sociales que habían sido invisibilizados por la retórica nacionalista y la teoría de la dependencia nacional, paradigmas historiográficos que fueron empleados en la década de 1970 para explicar el proceso independentista peruano. En particular, Heraclio Bonilla (2007) señaló que la Independencia del Perú fue posible gracias a la intervención de los ejércitos extranjeros, que ayudados financieramente por Inglaterra, impusieron sus designios a la población local. Sostuvo que la acción de los sectores populares en la Independencia fue nula, porque sus convicciones estuvieron supeditadas a los mandatos de los ejércitos de ocupación. La profunda segregación de la sociedad colonial impidió que los indios, los mestizos y los negros logren articular sus demandas colectivas en un programa político consistente que hiciera frente a los españoles (Bonilla, H., 2007, pp. 53-56). Para Bonilla, no hubo un proyecto político separatista que emergiera desde el interior del Perú.

Parte de los cuestionamientos a las aseveraciones de Heraclio Bonilla provino de Scarlett O'Phelan (1985). Demostró que desde las ciudades del interior del Perú, como Quito y La Paz, sí hubo intentos por separarse de la Metrópoli hispana, aunque sus logros no prosperaron por mucho tiempo debido a la fuerte respuesta militar del virrey Abascal. Precisa que estos proyectos políticos no respondieron a una obediencia ciega a las élites regionales del lugar, como bien podría pensarse. Fueron esfuerzos colectivos, de distintos sectores sociales, que buscaron subvertir los patrones de dominación hispanos para mejorar sus condiciones de vida. En general, el trabajo de O'Phelan direccionó las perspectivas de los historiadores peruanos y peruanistas hacia la historia social.

Esta nueva generación de historiadores examinó las acciones colectivas de los indígenas (Hünefeldt, C., 1978; Hünefeldt, C., 1982; Stern, S., 1990; O'Phelan, S., 1997), los mestizos (Flores, A., 1984) y los negros (Hünefeldt, C., 1979; Aguirre, C. & Walker, C., 1990; Aguirre, C., 1995) en función al juego entre lo local y lo nacional. La nueva cantera de historiadores de profesión desarrolló el concepto de estructura de oportunidades, entendido como las condiciones políticas, económicas y sociales que hicieron posible la mejora de las condiciones de vida de los sectores populares durante el conflicto bélico independentista. Estas perspectivas señalan que la guerra otorgó la oportunidad de conseguir algunas reivindicaciones sociales, aunque solamente fueran esporádicas. En ese sentido, el Estado fue percibido como una fuente de todos los conflictos y su toma como la solución a todos los enfrentamientos.

En cuanto al estudio de las guerrillas, Peter Guardino (1989) destacó la importancia de diferenciar las acciones de estas unidades en relación con la procedencia geográfica. Las diferencias socio económicas entre la costa y la sierra resultaron prominentes al momento de cohesionar y sostener las partidas. La escasa militarización de la zona, destinada a preservar el poder político, fue compensada por las redes mercantiles tejidas durante el periodo virreinal tardío (Guardino, P. y Walker, C., 1994, pp.35-38; Manrique, N., 1987). Esto hizo posible la conservación de las lealtades locales durante el ciclo de efervescencias revolucionarias de finales del siglo XVIII. Con la fractura de la soberanía real, ocurrida en 1808, se dislocaron los circuitos económicos que hacían posible la estabilidad política.

Por otro lado, Teresa Vergara (1992) y Scarlett O'Phelan (1997) indican que la relación entre los líderes del Ejército patriota y los sectores plebeyos, de los entornos rurales, no se estableció de manera directa. En *Kurakas sin sucesiones* se indica que los intermedios de ascendencia local, como Ignacio Quispe Ninavilca, fueron quienes articularon la participación plebeya en las acciones del Ejército. Afianzaron su poder mientras que la guerra se desarrollaba, y más aún cuando eran empleados en los peldaños inferiores del Ejército (O'Phelan, S., 1997, p.61). La entrega a la causa patriota era un valor de gran peso en el pueblo que legitimaba sus acciones. La plebe vio en ellos a un tutor que había sido encontrado a raíz del declive de la institución cacical y la aparición de un sector medio emergente. Su autoridad se comparaba con la de un padre protector y se ancló como un pilar del gobierno republicano en los entornos rurales. Como bien apunta Teresa Vergara (1992), gracias a la guerra independentista,

las formas pretéritas de dominación social fueron actualizadas para estimular las lealtades políticas en ciernes. Con el ingreso de los intermediarios locales a la dirigencia de las guerrillas se buscó crear identidades horizontales donde antes primaba la división estamental (p.115). En el ideal patriótico, el pueblo en armas era uno solo y no admitía divisiones internas. Bajo la consigna de ser considerados como ciudadanos armados, los intereses de quienes participaban de la guerra eran coordinados en un mismo plano social. De esta identificación ocurrió una serie de tensiones que desembocaron en rivalidades entre los tribunos locales.

Las investigaciones provenientes de la historia militar, de las décadas de 1990 y 2000, dan cuenta de la escasa tecnificación militar del Ejército borbónico a inicios del siglo XIX (Marchena, J. & Kuethe, A., 2005; Thibaud, C., 2003). Los estudios pioneros de León Campbell (1978) permitieron extender la visión de análisis con respecto al proceso de militarización ocurrido en Hispanoamérica entre las Reformas Borbónicas y las guerras de Independencia. Tanto Marchena y Kuethe como Thibaud se avocaron al estudio de la conformación de las unidades militares neogranadinas, novohispanas y peruanas, sus mecanismos de financiamiento y su constitución política y social. Posteriormente, los estudios de José Ragas (2004) y Diego Lévano (2011) esclarecieron las causales para que se haya incrementado el número de hombres empleados en las armas entre 1760 y 1820. Ambos señalan que los hombres de la época vieron al Ejército como un canal de ascenso político y social, que promovía su honor y prestigio frente a sus pares. De este modo, el incremento de soldados se debió a la concesión de fueros militares y el uso del uniforme militar. Como bien apunta Cristóbal Aljovín (2000), durante la guerra independentista la militarización de la sociedad continuó reproduciendo la estructura social virreinal con barreras raciales, mas no conllevó a un proceso de tecnificación de las unidades militares. La finalidad del Estado virreinal, para obtener tropas entrenadas y disciplinadas, no llegó a cumplirse. Las milicias y sus oficiales no estuvieron preparados para afrontar una situación de guerra.

Con respecto a lo último señalado, Silvia Escanilla (2014), Marie Demélas (2007a, 2007b), Cecilia Méndez (2014) y Carmen Mc Evoy y Alejandro Rabinovich, eds. (2018) retoman el debate sobre los orígenes de la independencia, incidiendo específicamente en la guerra en sí misma. Escanilla señala que la participación popular fue central en la contienda porque a partir del rechazo a la militarización se cuestionó las jerarquías sociales establecidas y ese cuestionamiento se trasladó a las jerarquías

políticas tanto locales como regionales (Escanilla, S., 2014, p.155). En ese sentido, la desobediencia es entendida como un discurso subyacente que permite comprender las acciones de los subordinados, a pesar de que estén inmersos en una estructura de poder. Además, Demélas (2007b) señala que la guerra independentista posibilitó que los señores locales concentraran una serie de responsabilidades políticas y militares que poco a poco fueron rivalizando con las funciones del Estado en ciernes. Esto generó una serie de conflictos dentro del conflicto. Mientras la guerra fue vigente, el Estado buscó acotar el poder local a través de una serie de regulaciones en sus dispositivos legales. El fin que se perseguía fue la monopolización de los canales de representación nacional y el control de los intermediarios políticos ubicados en medio de las sociedades rurales. Sin embargo, como afirman Méndez y Mc Evoy, los caudillos locales fueron reticentes a ceder al naciente Estado los beneficios conseguidos durante la contienda bélica. Esta situación revela que la guerra no produjo una consolidación del aparato estatal. Los términos de lucha no fueron regularizados del todo, razón por la cual la interdependencia entre la guerra convencional y la de guerrillas hizo factible la proliferación de una serie de formas de mando personalizadas que fueron comprensivas en las sociedades locales. El influjo carismático de los caudillos representó los límites de las voluntades políticas del gobierno central.

La historiografía peruana de los últimos años dispone de ocho investigaciones que discuten el papel de los sectores populares peruanos durante la guerra independentista (Montoya, G., 2002; Fonseca, J., 2010; Igue, J., 2011; Morán, D. y Aguirre, M., 2013; Méndez, C., 2014; Montoya, G., 2014; Loayza, A., 2016; Montoya, G., 2019). A pesar de estos esfuerzos, la historiografía actual sobre la guerra de Independencia no establece un análisis convergente que permita recuperar la diversidad de las experiencias históricas que se acercaron o se distanciaron durante el conflicto. El empleo de esta propuesta nos permitirá obtener una visión más amplia de la Independencia, pues se articularán explicativamente los procesos históricos que provienen desde arriba y desde el centro (régimen patriótico) con las de abajo (sociedades rurales).

Por ello, la investigación, en su análisis de las formas de guerra, busca recobrar las tradiciones más antiguas de movilización, las cuales llegaron a combinarse bajo ciertos criterios con las experiencias militares del otro lado del Atlántico. Al revisar la cuestión en término de tradiciones e innovaciones nos adentramos en la indagación de la cultura política de la época. La crisis metropolitana pluralizó la eficacia de los principios de

legitimidad como la retroversión de la soberanía y el principio del consentimiento; un prototipo para institucionalizarlo a través de las Juntas de Gobierno; diferentes lenguajes políticos como el pactismo, constitucionalismo y liberalismo, y nuevas prácticas políticas como las elecciones. También generó nuevos formatos de acción colectiva política y militar. En este sentido, el desafío es descentrar la residencia de lo político y recuperar la amplia gama de prácticas sociales que se manifestaron durante la guerra independentista.

Capítulo 1. La guerra de guerrillas entre 1820 y 1824

En diciembre de 1820, tras la declaración de la independencia en Tarma, Francisco de Paula Otero fue designado como Coronel de Milicias Regladas para erigir unidades militares auxiliares que asistan al ejército de Juan Álvarez de Arenales en su paso por la sierra central y así mantener las posiciones que ocupaban, poder adelantar sus movimientos por la sierra central hacia Lima y estrechar el radio de recursos que disponían los realistas para generar conflictos entre sus tropas. Para poder cumplir con estos designios, Otero tuvo que trabajar de la mano con las poblaciones de su jurisdicción.

La inexperiencia en el adiestramiento de las técnicas bélicas a la usanza europea y las resistencias locales de los combatientes fueron los motivos por que las guerrillas se desbarataban con rapidez. Esta problemática fue decisiva para que los mandos del Ejército patriota recurrieran inmediatamente a una serie de mecanismos políticos que desvincularan paulatinamente los valores políticos sociales y las identidades colectivas del Antiguo Régimen a favor del proyecto nacional que deseaban implementar. El desarrollo de las estrategias y tácticas de guerra no podía darse sin la obediencia de los pueblos.

En medida que la guerra se fue extendiendo temporalmente, se hizo necesario el trabajo en conjunto entre las guerrillas y el Ejército regular. Los cambiantes escenarios políticos de la época quebraron la frágil cadena de lealtades políticas estructuradas entre el Ejecutivo, el Ejército y los pueblos. Se hizo necesario sujetar las guerrillas a un gobierno fuerte cuyos designios sean obedecidos sin oposición alguna. Solo así el objetivo final de la guerra, que fue la derrota del Ejército del Rey, sería cumplido. Por un lado, la dictadura bolivariana tuvo que regularizar a todas sus unidades armadas; es decir, domesticar a los jefes de las guerrillas y de las montoneras, para evitar que operen aislada y autónomamente del Ejército de la Patria. Por otro lado, las técnicas bélicas tuvieron que pasar por un proceso de normalización para que sean conocidos, asimilados y aplicados por todos los combatientes independentistas. En este sentido, las condiciones políticas de la época y el progreso técnico de los combatientes, entendidos como la forma de la guerra, controlaron los procesos de militarización de las sociedades locales y la formalización de los ejércitos que operaron en el Perú.

El objetivo de este capítulo busca responder la siguiente interrogante. En cuanto a los aspectos técnicos y políticos: ¿Cómo fue el carácter de la guerra de guerrillas? Así, en primer lugar, la cuestión apunta a examinar, en el escenario europeo, los cambios semánticos del concepto guerra para entender la naturaleza política y técnica de las guerrillas. En segundo lugar, hacia el análisis de los aspectos técnicos de las guerrillas: ¿Cuáles fueron las estrategias y tácticas de las guerrillas? En tercer lugar, los aspectos políticos de las guerrillas: ¿Cómo estuvieron constituidas las guerrillas?

1.1. Las guerrillas y la guerra de guerrillas.

La guerra de guerrillas no fue una forma de guerra que tuvo un arraigo de larga data en el mundo militar hispánico. En 1611, Sebastián de Covarrubias en su *Tesoro de la Lengua Castellana o española* define a la guerra como una lucha privada sostenida entre dos o más facciones; es decir, una enemistad forzada entre particulares que se sostenía a través de una guerra privada, de carácter civil, con una organización flexible y combates singulares. En 1817, la Real Academia de la Lengua Española define a la guerrilla como una partida de tropa ligera, que hace las descubiertas y rompe las primeras escaramuzas. Esta definición encierra dos modos de entender la naturaleza de la guerrilla. Primero, como una unidad regular separada del grueso del Ejército; y el segundo, como un cuerpo autónomo con una jerarquía propia desligada de cualquier mando militar general. En este punto, nos preguntamos qué fenómenos hicieron posible la transformación del concepto de guerra, entendido en un primer momento como una lucha privada de facciones, para que en la primera década del siglo XIX este vocablo incorporara el componente nacional a su sintagma, lo cual a su vez contempló a la guerrilla como un fenómeno vinculado con el pueblo en armas.

Antes de 1790, los enfrentamientos bélicos fueron luchas sostenidas entre reyes y príncipes. Como apunta Christer Jorgensen, et. al. (2006), las acciones armadas pequeñas y diseminadas fueron vistas con desdén, porque no formaban parte del ideario militar del Antiguo Régimen, razón por la cual el vocablo *guerrilla* no fue registrado en los diccionarios de la época como un derivado de la guerra convencional.

Con la Revolución Francesa se hizo posible que tanto los oficiales como los soldados rasos estuvieran comprometidos con el sostenimiento de las estrategias, las tácticas y la

logística de la guerra, labores que anteriormente eran competencias y preocupaciones exclusivas de los altos mandos del Ejército. Este tránsito fue posible gracias a que el ideal revolucionario de la nación en armas formó parte de la identidad del Ejército revolucionario, e hizo que las lealtades sean progresivas en el seno de la institución castrense. Los cambios políticos ocurridos en la Francia revolucionaria permitieron configurar un nuevo tipo de Ejército y de sociedad (Parker, G., 2010, p.195). En ese orden, la usanza bélica del Antiguo Régimen ya no sería más el modelo vigente para sostener un enfrentamiento armado.

A inicios del siglo XIX, Napoleón Bonaparte quebró los principios clásicos de la ejecución de la guerra. Su Ejército evitó librar una campaña militar prolongada y sistematizada, debido a que no resultaba conveniente emplear prolongadamente los recursos y que se termine minando la moral de las tropas ante la falta de suministros. Sus hombres debían operar en las sombras; es decir, obrar en la clandestinidad para cortar las líneas de comunicación y sorprender rápidamente a los flancos expuestos de sus enemigos. La velocidad fue un rasgo cardinal del corso. De este modo, sus contrincantes no tuvieron una rápida capacidad de reacción y se pudieron ahorrar vidas humanas y suministros. Para Bonaparte, una batalla decisiva o final se libraría siempre y cuando se cumplieran tres requisitos. Primero, que el Ejército debía tener un objetivo claramente orientado: El sometimiento del enemigo. Segundo, que los ataques debían ser dirigidos hacia los flancos y las retaguardias más vulnerables del enemigo. De este modo, se lograría una mejor disposición ofensiva a través de una constante presencia en los contornos y no al frente del adversario. Por último, las líneas de abastecimiento y comunicación debían estar completamente despejadas, de modo que se pudieran disponer libremente de ellos en caso de una ofensiva o una eventual retirada. Vistos estos requisitos en conjunto, deducimos que el modo de guerra napoleónico fue el despliegue de una serie de pasos coreográficos que, de manera gradual, buscaba aplastar sistemáticamente a su rival.¹

Sin embargo, la falta de una política de conciliación, respeto y unión con los habitantes de los territorios ocupados por el Ejército francés fue la causa principal para que éstos

¹ Esta lección fue asimilada por el teórico prusiano Karl Von Clausewitz en su obra *De la Guerra*, cuando remarcó que el objetivo final de una guerra total sería la aniquilación sistemática del enemigo y la desestimación por completo de toda posibilidad de rearme del derrotado.

decidieran sacudirse del yugo francés (Esdaile, C., 2009, p.4).² El debilitamiento del Ejército napoleónico, hecho principalmente por las guerrillas españolas, constituyó un enigma y una problemática para los militares de la época. “La contienda de 1808 a 1814 fue cualquier cosa menos un proceso homogéneo y uniforme” (Diego, E., 2008, p.15). La participación popular se convirtió en el nuevo arquetipo de la guerra. Cualquier hombre, de cualquier estrato social, estaba llamado a defender su patria. El ideal del pueblo en armas ligó al Ejército con un nuevo concepto de soberanía, que posibilitó la transformación del viejo Ejército borbónico en uno de tipo popular (Moliner, A., 2012, pp. 138-139).

Los efectos de la guerra de Independencia española no pasaron inadvertidos para los teóricos de la guerra, como Karl Von Clausewitz. En el capítulo XXVI, de su texto *De la Guerra* (1824), subraya que la guerra del pueblo debía ir en sintonía con la que ejecutaba el ejército regular (Clausewitz, K., 1824, p.148). Precisa que “la nación que hace un uso acertado de ese medio adquirirá una superioridad proporcional sobre aquellos que los desprecian” (p.147). La ventaja militar solo era posible cuando un país incorporaba al pueblo en su estrategia de lucha; es decir, cuando se rompían las barreras artificiales que antes constituían un ejército de viejo cuño. A ello se suma que la guerra debía realizarse al interior del territorio en disputa, que abarcara una extensión considerable y, que el terreno elegido sea muy accidentado e inaccesible. Con ello, se posibilitaba que el rostro del contendor militar se volviera opaco: “El espíritu de resistencia existe en todas partes, pero no es perceptible en ninguna” (p.148). Sin embargo, el problema residía en la forma cómo el gobierno emplearía estas fuerzas en los escenarios de guerra. Era obvio que la formación militar del paisanaje difería en gran medida con la de los soldados del ejército. Para Clausewitz, la solución estaba puesta en una diferenciación clave: La organización militar del pueblo debía adquirir un carácter irregular para hacerse uso, cuando se quiera caer sobre la retaguardia del enemigo. El ataque de las masas mejor organizadas: “Permiten crear –en el enemigo- un sentimiento de desasosiego y de temor y aumentan el efecto moral del conjunto” (p.150). Pero, estas consignas no eran aplicables al momento de defender el territorio en

² A estas razones, se sumaron el tiempo de acción en armas del Ejército francés, la coordinación en conjunto de los ejércitos regulares de Inglaterra, España, Prusia y Rusia para asistir como uno solo a las batallas, y la mejora de la capacidad de los ejércitos enemigos, como Prusia, que tras unas reformas políticas y militares creó un ejército popular correctamente dividido que albergó a 280.000 soldados disciplinados, profesionalizados e inculcados con los gérmenes de la nación en armas. Prácticamente, la máquina de guerra creada por Napoleón Bonaparte fue empleada por sus enemigos para ir en contra de su mismo creador y aniquilarlo.

disputa. Mientras que los cuerpos de línea eran los designados para enfrentar directamente al enemigo, la labor de los contingentes populares era comprensiva a la defensa de los accesos a las montañas, los diques de los pantanos y los pasos sobre los ríos (p.150). Por consiguiente, la guerra del pueblo no debía permanecer viva en ambientes cargados de peligro. La utilidad de este tipo de guerra era relevante pero a la vez peligrosa, cuando no se ceñía a los lineamientos generales del ejército.

Como vemos, estas inquietudes también fueron visibles en Hispanoamérica, durante el ciclo de efervescencias independentistas (McFarlane, A., 2008, pp. 247-252). Mientras se edificaba un laboratorio revolucionario, a la par surgieron formas inéditas de hacer la guerra y de convivencias sociales en una suerte de comunidad nueva (Thibaud, C., 2005, p.342). Un ejemplo de cómo se fueron construyendo estas transformaciones en los modos de hacer la guerra, es en el Alto Perú. En este espacio convergieron las experiencias de lucha armada de los líderes indígenas del lugar con las de la nueva generación de militares de carrera que vinieron destacados desde España, tales como José de la Pezuela y José de San Martín. En un plato de la balanza militar se midieron las tácticas del cerco a las ciudades y la lucha con armas domésticas (huaracas, hondas y galgas); en el otro, se evaluó la posibilidad de adaptar a los Andes nuevos repertorios de lucha aprendidos en la Península Ibérica entre 1808 y 1814. Por otro lado, en el terreno político, la guerra de guerrillas permitió dirimir tensiones por el poder local que se habían gestado desde fines del siglo XVIII con las Reformas Borbónicas. El estado de guerra y la militarización de los espacios indígenas alentaron una serie de tensiones internas que relativizaban el liderazgo cacical o que la subsumían a las decisiones de los indios del común y sus principales. Entre 1809 y 1825, la esencia de la guerra independentista fue el resultado del despliegue en simultáneo de las acciones políticas y militares de los líderes de las Republiquetas, quienes constantemente evaluaron su participación en conjunto con las tropas porteñas (Soux, M., 2006, pp.319-418). De la combinación de estas situaciones políticas y militares, ocurrió un proceso de mutación en las formas de lucha armada.

Es así que, tanto los líderes del ejército porteño, como Arenales y San Martín, y quienes preservaban la causa del Rey, como Tristán, Pezuela y La Serna, comprendieron que sin el respaldo popular su empresa política no tendría la forma cómo sostenerse durante la guerra. Por un lado, los generales de los ejércitos de Fernando VII se dieron con la ingrata sorpresa de que los caudillos insurgentes poco a poco fueron adecuando a su

contexto los principios de otro tipo de guerra, basada en movimientos y sorpresas. Por otro lado, quienes defendieron los ideales revolucionarios tuvieron que ingeniárselas para que sus fuerzas no se desintegren rápidamente, y llegaran a adquirir una preparación tan eficaz que les permitiera sostener una serie de enfrentamientos contra sus enemigos. La cuestión residía en cómo convencer a los habitantes y sus autoridades locales para que apuesten a sacrificar sus intereses personales por un ideal que muchos de ellos no lo comprendían a cabalidad. En síntesis, estas problemáticas definieron el carácter técnico y político que tuvieron las guerrillas durante las independencias hispanoamericanas.

En particular, para el caso peruano, estas interrogantes se mantuvieron vigentes durante los cinco años que duró el enfrentamiento entre los realistas y los patriotas. Durante este tiempo, el ejército de la Patria no pudo homogenizar del todo los términos del combate. La documentación de la época y la historiografía de los movimientos indígenas decimonónicos nos indican que, a pesar de la conclusión de la Campaña Final en 1824, algunas localidades como Anco, Huanta y Huando, continuaron movilizándose con sus guerrillas por las zonas altoandinas en busca de una pronta solución política a sus demandas locales (Bonilla, H., 1991, pp. 335-366; Méndez C., 2013; Méndez, C., 2014). Esto indica que si bien el ejército acabó por arrogarse la legitimidad de las decisiones políticas, no pudo coaccionar del todo a las sociedades locales. De acuerdo con Silvia Escanilla: “En varios pueblos los habitantes aprovecharon la coyuntura de guerra para dirimir faccionalismos que produjeron reacomodamientos en la organización política local” (Escanilla, S., 2018, p.130). La guerra en el Perú remozó los poderes locales, mas no pudo compactar y consolidar el ideal de la Nación. La retroversión de la soberanía real ubicó en la arena política a dos grandes contendientes. Por un lado, el régimen patriota buscó quebrantar la estructura del mando interno de los líderes locales para formar un vínculo jerárquico ascendente que permitiera desterritorializar las identidades locales en aras del proyecto nacional; mientras que por el otro, los pueblos quisieron imponerse sobre el difuso órgano central para revitalizar sus órganos de gestión y representación local.

En el Perú, la ejecución de la guerra de guerrillas trajo consigo una serie de repercusiones en los aspectos técnicos (estrategias y tácticas) y políticos. Los objetivos generales de lucha fueron muy variables, ya que la naturaleza de este tipo de guerra desafió las lógicas y los aspectos tecnológicos de la guerra convencional. En este

sentido, los guerrilleros diseñaron y ejecutaron sus movimientos de un modo diferente al que se hubiera planteado con efectivos pertenecientes a una tropa regular. Su accionar en conjunto sirvió para preparar los movimientos del grueso de la tropa, mientras que su red floja y envolvente planteaba un dilema mortal al enemigo, quien no supo si avanzar o replegar sus fuerzas para defenderse de los ataques que provenían mayormente desde zonas aparentemente inaccesibles.

Clément Thibaud indica, para el caso neogranadino, que la guerra de guerrillas posee su propio ritmo y su propia temporalidad, diferentes de lo que se aprecia en un conflicto regular. En este último, el tiempo es organizado en función a una batalla, sitio o maniobra de rodeo. El ritmo temporal es ascendente hasta que se desarrolla el objetivo final. Como su carácter es de tipo organizativo, el futuro se torna definido. En cambio, la guerra de guerrillas tiene como objetivo, en el día a día, la supervivencia de los hombres. Su carácter circunstancial organiza el tiempo en función a las actividades cotidianas, razón por la cual las guerrillas se guían por el presente. A diferencia de los masivos enfrentamientos, las escaramuzas no canalizan el objetivo de la acción de armas hacia un fin dado. En suma, por un lado, el ejército realiza una guerra estática; por el otro, las guerrillas realizan una guerra dinámica, de movimientos y de sorpresas (Thibaud, C., 2003, p.215).

La guerra de guerrillas transforma el espacio en el que se desenvuelve a velocidades diversas. Altera el ejercicio del poder y los patrones de vivencia de los civiles. La política se convierte en una lucha explícita y continua por la cooptación del uso legítimo de la violencia, razón por la cual los órganos de gestión y representación local son prefiguraciones de fuerzas basadas en el control de las armas y en el ejercicio de la violencia. De este modo, los pueblos quedan en medio del vaivén de las decisiones de quienes luchan por un territorio y buscan hacerse del monopolio de la violencia. Por esta razón, la dinámica de la guerra de guerrillas es representada a través de la posesión territorial. Al momento de operar en un territorio, las guerrillas construyen un espacio político abstracto que permite, a su vez, la eclosión de una estructura espacial dividida, la cual vigoriza la vigencia de la guerra de guerrillas.

1.2. Los aspectos técnicos de la guerrilla. Estrategias y tácticas.

En cuanto al desempeño de los aspectos técnicos, las guerrillas emplearon el acercamiento indirecto. El combate de la fuerza por medio de la fuerza, que destruya el *heartland* del enemigo, no formó parte de los lineamientos generales de su accionar. Ellas prefirieron minar la moral y destruir la voluntad de sus contrincantes a través del despliegue de un conjunto de maniobras de ataque dirigidas exclusivamente a la red de abastecimiento y comunicaciones, la retaguardia, o un pequeño contingente de su contendor. El diseño de la estrategia de guerra estuvo en consonancia con lo que hacía el enemigo. No iniciaban algo sin que la otra parte haya dado el primer paso, razón por la cual operaban en medio de las sombras y se hacían visibles de manera sorpresiva (CDIP, t.V, vol.1, p.174; CDIP, t.V, vol.3, p.113; CDIP, t.V, vol.4, p.369; CDIP, t.V, vol.5, p.35). Estos desplazamientos evasivos buscaron desorientar al enemigo para posteriormente caer sobre él (CDIP, t.V, vol.1, pp.105, 220-221). A su vez, estas acciones respondieron a la necesidad de que los contrincantes, al estar ocupados en defenderse de los ataques, no llegaran a ubicar la base de operaciones de las guerrillas, ya que en caso de hacerlo estas tendrían que abandonar la hostilización para replegarse hacia un lugar seguro. En ese orden, la guerra de guerrillas convierte a un ejército de ocupación (como el realista) en un ejército a la defensiva.

Las escaramuzas debían llevarse a cabo si es que el rival no les doblaba en fuerzas. Es decir que, en caso de que una guerrilla se topara con partidas engrosadas, o con un contingente mayor del ejército regular realista, debían emprender rápidamente la retirada (CDIP, t.V, vol.1, p.501; CDIP, t.V, vol.2, p.194). Lo ideal era que las guerrillas desestimen enfrentarse por sí solas a estos contingentes, porque hubiera sido exponer las pocas fuerzas que se disponía para nada.

Los comandantes de las guerrillas debían obrar con informaciones fidedignas, saber contra quiénes y contra cuántos iban a luchar. Siguiendo esta lógica, las comunicaciones constituyeron los soportes con que se sostuvo el andamio estratégico. Los guerrilleros se podían informar de distintos modos. Por medio de los correos y la requisita de las comunicaciones personales, el quehacer de los espías, los interrogatorios a los soldados prisioneros, a los pasados de los realistas y los viajeros que llegaban al lugar, y por último, a través de los papeles públicos que circulaban en los pueblos (periódicos, panfletos, pasquines, entre otros). Sin embargo, el principal problema que

desestabilizaba el soporte informativo fue la falta de una información unificada que daba pie a la consideración de los rumores que se presentaban como noticias veraces (CDIP, t.V, vol.2, p.449; CDIP, t.V, vol.3, p.301). En ciertos casos, estas “bolas” modificaron las estrategias de las guerrillas, llegando incluso a que toda una partida fuese diezmada con relativa facilidad, porque la información recibida fue enunciada con miras a una emboscada (CDIP, t.V, vol.1, pp.369-370; CDIP, t.V, vol.2, pp.48-49). A lo largo de la guerra, ambos bandos contendientes circularon rumores, desde la periferia al centro de operaciones del enemigo o viceversa, para provocar pánico, purgas o delirios de victoria. Se buscó alucinar al rival y a los pueblos para que éstos obren en beneficio de la estrategia militar que se quiso desplegar. Cuando surtían el efecto esperado, el contendor ocupaba o abandonaba un territorio y la población, que veía este despliegue de hombres armados, ayudaba o entorpecía el movimiento de estas tropas (CDIP, t.V, vol.6, p.122). Por estas razones, los comandantes de guerrillas tuvieron de decodificar las informaciones para obrar con el sigilo que se esperaba. El triunfo en una escaramuza devino en el aumento de la opinión de los pueblos, mientras que la derrota generó un desorden generalizado que restó credibilidad al accionar de las guerrillas, e incluso, pudo reorientar las lealtades políticas hacia el entendimiento con los realistas (CDIP, t.V, vol.1, p.267).

El soporte logístico fue clave para que las guerrillas resuelvan o desestimen un ataque a sus contendores (CDIP, t.V, vol.2, pp.327-328). Una guerrilla sin hombres, armas, municiones y alimentos suficientes sería una presa fácil de ser capoteada por el enemigo, durante una escaramuza (CDIP, t.V, vol.6, p.471). Para evitar inconvenientes a futuro, cada guerrilla debía estar correctamente abastecida y equipada. Sin embargo, la realidad era otra. Los guerrilleros vivían del terreno donde operaban:

Unos estaban montados en mulas, otros en caballos, algunos llevaban gorras de piel de oso, otros cascos, otros morriones, y muchos tenían sombreros ganchos de lana de vicuña: algunos tenían plumas, pero la mayor parte no llevaba plumaje. Sus trajes no eran menos variados: Chaquetas de húsar. Casacas de infantería. Pelliza encarnada. Quitadas a los realistas muertos, estaban entremezcladas con los uniformes patriotas. A esos deben añadirse pantalones de mamelucos, todos ajustados con campana y cuchillos corridos de piel. Calzones cortos. Sandalias, y sin zapatos. Pero todos estaban uniformados en una prenda. Cada individuo tenía un poncho, que llevaba en la forma usual, o liado alrededor de la cintura; en la forma de faja; o colgado fantásticamente del hombro: tampoco había ninguno que dejase de llevar su lazo. Sus armas tenían la misma diversidad: fusiles, carabinas, pistolas, espadas, bayonetas, sables, grandes cuchillos y lanzas o picas eran las armas

con que al azar habían armado a uno, y á otros de ellos, pero las cuales manejaban en el combate con terrible efecto. (Miller, J., 1975, t. II, pp. 96-97)

La adecuada disposición logística dio, en algunos casos, sosiego local ante la cercanía del enemigo (CDIP, t.V, vol.2, pp.93-94). Una localidad abastecida con los medios suficientes para hacer la guerra fue un espacio política y estratégicamente favorable a los intereses patriotas, porque sus habitantes, al sentirse seguros, cumplirían con las actividades que los guerrilleros les encomendarían para su defensa. La falta de estos generaría que: “Los Pueblos de mi mando se hallan en la mayor consternación, el patriotismo bá decayendo mucho, al ver la ninguna defensa que hay de parte nuestra, pues el Enemigo sale quando quiere, arruina a los Pueblos, y tala los campos, y no hay quien le haga la menor oposición” (CDIP, t.V, vol.2, p.238). Cabe precisar que, al interior de las comunidades locales provinciales, la posesión de las armas de fuego hizo variable las relaciones de poder. Favoreció que algunos sectores de la población civil, como los notables locales, tengan la capacidad para coaccionar a los indígenas, quienes legalmente estaban prohibidos de contar con armas en sus domicilios. Es por ello que en las provincias, durante la guerra independentista, el stock de armas de guerra fue muy limitado, razón por la cual los guerrilleros vieron por conveniente diversificar sus estrategias de guerra en función al espacio geográfico.

La topografía de la sierra favoreció la proliferación de la cultura guerrillera. El relieve accidentado representó una ventaja militar que podía usarse en todo momento, y no solamente cuando las armas escaseaban en estos lugares. Es en estos espacios donde las técnicas andinas de lucha hicieron mucho daño a los realistas. Las galgas, las hondas y las huaracas fueron muy efectivas en las quebradas accidentadas, como por ejemplo el cañón de Tomas en Yauyos, Izcuchaca y Huaytará en Huancavelica, Huallanca en Conchucos, Yanahuanca en Huánuco, Comas en Tarma y Matucana y San Mateo en Huarochirí. Desde los altos de estas quebradas, los guerrilleros hacían rodar con facilidad enormes rocas que provocaban la destrucción de los bagajes, piezas de artillería, carretas y uno que otro soldado enemigo aplastado. Los contingentes realistas que estuvieron desplazándose en las zonas bajas, al ver que en un espacio cerrado caían rocas por todos lados, optaron por una retirada rápida. No contaron con que otras

partidas de guerrilla los estaban esperando en las salidas de las quebradas. De este modo, se destruía la logística del enemigo y se diezmaban a los hombres en retirada.³

Los centros de operaciones de las guerrillas fueron ubicados estratégicamente en zonas altas y accidentadas lo que los convertían en espacios privilegiados para la observación, rodeados de ríos caudalosos que sirvieron como lugares de defensa o de escape, con una vasta comunicación producto de la convergencia de varios caminos en el lugar (CDIP, t.V, vol.1, pp.264-265; CDIP, t.V, vol.5, p.338). Por lo tanto, la comodidad de un lugar estratégico fue resultado de la convergencia de los elementos señalados anteriormente. Cabe precisar que este tipo de conocimiento del terreno lo manejaban algunos oficiales realistas, quienes a inicios del siglo XIX instalaron cuarteles de Milicias urbanas en las zonas que reunían las condiciones idóneas para entrenar a sus hombres, razón por la cual probablemente conocían dónde pudieron ser los lugares que sirvieron eventualmente como base de las guerrillas patriotas (CDIP, t.V, vol.1, p.70). Es así que se explica el porqué de las correrías de los contingentes realistas por las punas y las cabeceras fluviales de la costa, acciones que repercutieron en el carácter móvil y errante del cuartel de las guerrillas.

Para emboscar al enemigo, las guerrillas tuvieron que desplazarse rápidamente de un lugar a otro. Por ello, la velocidad de traslado de las guerrillas estuvo en función de los atrasados en los caminos; es decir, con los últimos que llegaban al punto de destino. Durante una marcha no se podía dejar aislado a ningún hombre porque se corría con el riesgo de que desertara (CDIP, t.V, vol.1, p.388; CDIP, t.V, vol.6, p.240). Es por ello que, los guerrilleros tuvieron cierta predilección en reclutar hombres que estuvieran familiarizados con el clima y la geografía del lugar. Sin embargo, no todas las guerrillas tuvieron un mismo patrón biológico que les permitió sostener marchas prolongadas en distintos lugares con distintos climas. En 1822, el comandante realista José Carratalá supo que las guerrillas patriotas de Ica estaban compuestas en su mayoría por negros libertos, quienes al exponerlos a los temperamentos serranos, sin antes haberlos aclimatado debidamente, ocasionarían una disminución significativa de la capacidad de desplazamiento de sus hombres, siendo blancos fáciles para ser capoteados. Indicó que: “Me parece bien de que mi Divicion ocupe con preferencia á Castrovirreyna y cabezeras

³ El 21 de mayo de 1821, el guerrillero patriota Cayetano Quiroz atacó a un grueso de tropas del general Rodil que se estuvo desplazando por Huampaní (Chaclacayo) para reforzar la división del general Valdés. De este modo, se cortaron las comunicaciones entre Lima y el centro del Perú, para que las tropas de Arenales nuevamente pudieran ocupar Jauja sin ningún contratiempo (Vergara, G., 1974, p.83).

inmediatas de la Sierra para impedir sin estar en la Costa que estas se extiendan desde Cañete los enemigos” (CDIP, t.V, vol.2, p.400).

El caso anterior, si bien excede nuestro escenario de análisis, permite establecer una comparación entre las guerrillas costeñas y serranas, en cuanto al patrón biológico: Las guerrillas de la costa no debían ni podían ascender hasta las cordilleras, porque serían presas fáciles de las inclemencias climáticas de estos lugares, expresados en el mal de altura o soroche (CDIP, t.V, vol.1, pp.407-408). De igual modo, las guerrillas serranas evitaron experimentar el cambio del clima en sus organismos. Muchos de los hombres de las serranías no estaban acostumbrados al ambiente cálido de los valles costeños y las enfermedades endémicas que podían padecerlo estando ahí (Sánchez, S., 2001, p.252). En ese orden, el radio de operaciones de las guerrillas fue circunscrito a la capacidad de adaptación climática de los hombres y al conocimiento del terreno.

Las tácticas constituyeron la aplicación de las estrategias de guerra. Las guerrillas adecuaron su accionar en función al territorio donde se situaron. Las ventajas tácticas lo obtuvieron en territorios accidentados y con buen temperamento, mientras que en las planicies costeras o serranas sus armas domésticas, como las hondas y las galgas, no consiguieron serles de mucha utilidad al momento de decidir una contienda. La principal consigna del accionar de las guerrillas fue que:

Primero es organizar las partidas, hacer impracticables las principales avenidas en la Provincia asegurar su defensa, y después amagar parcialmente sin comprometerse sino con duplo número de fuerza de nuestra a menos que un desfiladero preciso u otra posición ventajosa supla la falta de disciplina que hay en todas las partidas por la cual debe siempre evadirse en su empeño en los llanos con el enemigo (CDIP, t.V, vol.3, p.119).

Tanto Lima como el valle del Mantaro, fueron los lugares que constantemente, durante la guerra independentista, estuvieron disputados por los dos ejércitos contendores. El primero porque fue la sede administrativa del gobierno, que era el acceso portuario principal al Pacífico; y el segundo, por ser una despensa de alimentos que fue empleada para el sostenimiento de las tropas beligerantes, además de albergar, en Cerro de Pasco, una zona mineral que permitía extraer plata para ser empleada como circulante. En este sentido, estos territorios fueron escenarios donde las tropas se movilizaban constantemente. Las escaramuzas formaron parte de la cotidianidad de los pueblos,

razón por la cual las vivencias de los habitantes llegaron a amalgamarse con las experiencias militares, resultando así una militarización de los espacios vividos de las comunidades civiles.

El despliegue táctico no fue uniforme para todas las guerrillas. Algunas se prepararon con anticipación; otras, se improvisaron en el mismo momento. En ciertos casos intervinieron solamente los comandantes de las partidas; en otros, una acción conjunta de los comandantes generales y los oficiales mayores de las guerrillas. Incluso, la documentación nos indica que cuando no había guerrillas del ejército patriota para repeler a las partidas realistas, los habitantes de los pueblos formaban sus montoneras y se ponían al frente de su enemigo. Por lo tanto, la multiplicidad de los despliegues tácticos de las guerrillas radica en la proximidad del rival, el factor sorpresa, la correlación de fuerzas armadas y el clima, todos ellos coordinados por una jefatura local mayor que actuaba en nombre del Ejército.

1.2.1. Proximidad del rival y el factor sorpresa.

El 29 de enero de 1822, el comandante de las partidas de Ucumarca, José María Guzmán fue noticiado de que trescientos hombres, al mando del general Lóriga, pretendían invadir su base de operaciones. Como solamente disponía de ciento diez plazas, hizo su retirada a una legua y media distante del pueblo para observar sus movimientos y saber realmente de cuánto era la fuerza que disponían los realistas. Dos días después, sus enemigos arribaron a Huaypacha. Guzmán inmediatamente mandó que se le reuniese la partida del comandante Prada para que este último vaya con ocho hombres a descubrir las operaciones del enemigo por el lado de Chacapalpa. Mientras tanto, el grueso de las tropas de Prada se quedó al mando de Guzmán. Tras un informe en que la fuerza rival constaba:

Si no de ciento, a ciento cincuenta plazas lleno de entusiasmo, animé, a toda la jente, que ya estava, a mi cargo, al efecto de desalojar al enemigo, que se havia acampado en una Haziendita Mineral que se llama Ataura seis cuabras distante al pueblo de Huaypacha, después de haber incendiado el resto de casas, que anteriormente havia dejado en pie (CDIP, t.V, vol.2, p.55).

Ese día, Guzmán retrocedió su locación, siendo visto por sus enemigos que estaban al otro lado del río. El tiroteo duró desde las cuatro de la tarde hasta que se hizo de noche. La otra parte se retiró a su campamento en Ataura. No contento con esta situación, Guzmán decidió asaltar la base enemiga en la madrugada. Para ello se valió de un huario no destruido para cruzar el intransitable río. Al final, las guerrillas de la Patria cumplieron su propósito: Destruyeron el campamento y pusieron en fuga a los realistas quienes desocuparon las inmediaciones de Ucumarca.

Un año después, el 15 de enero de 1823, José María Guzmán informó al ministro Tomás Guido sobre una escaramuza llevada a cabo un día anterior en su jurisdicción. Ante la cercanía de los realistas que se encontraban solo a dos leguas de su posición, decidió ir en busca de ellos con sesenta hombres de caballería y treinta de infantería, dejando al otro lado del río a un oficial con veinticinco hombres de reserva en caso de que el grueso de la partida sufriera algún revés. El plan de Guzmán era acercarse al enemigo durante la noche y caer sobre ellos en las primeras horas de la mañana. Sin embargo, las partidas de Ucumarca no pudieron obrar con sorpresa porque durante la noche, en la quebrada de Cuncan, se toparon con sesenta y siete plazas enemigas, entre infantería y caballería, más treinta y cuatro montoneros de Tarma que custodiaban sus alas de despliegue:

Al preguntar el quien vive contestaron España, y a esta vos tuve por conveniente, y por mejor medio desirles al primer pelotón que marchaban conmigo a la Cavesa de mi Partida, fuego, sable en mano, y a la carga, y que antes de acabar de proferir las predichas palabras estuvieron conmigo sobre el enemigo (CDIP, t.V, vol.3, p.416).

El ataque sorpresa infundido por los patriotas no dio tiempo para que los realistas reaccionen con tino. Los únicos recursos a los que apelaron fue la dispersión, botarse al río, treparse a los cerros o montarse en su caballo y escapar del lugar. Los guerrilleros de Guzmán persiguieron a sus rivales hasta las afueras de Tarma. No llegaron a internarse al centro del pueblo porque no tenían orden para ello. La victoria fue de los patriotas.

La sorpresa no solo provino de las guerrillas patriotas a los realistas, también lo fueron de manera inversa. Vemos pues que en estas situaciones se tuvo que implementar espontáneamente un sistema defensivo con miras a la preservación de la integridad de

cada guerrillero. El 06 de marzo de 1821, Paulino Rojas informó al general San Martín que hubo una acción sorpresiva del enemigo quien hizo un rápido movimiento para llegar al mismo centro del pueblo de Quipico, lugar donde se hallaban descansando las guerrillas de la Patria. De manera inmediata, Rojas improvisó una pequeña barricada para defenderse de los ataques del escuadrón de lanceros, el cual ascendía a ciento veinte plazas y esperaba refuerzos de al menos trescientos hombres más. Rojas fue perseguido por el primer escuadrón. Hizo fuego abierto contra sus captores hasta que recibiera el apoyo de los hombres del alférez Salamanca. Los refuerzos nunca llegaron porque los lanceros avanzaron con fuerza. Esto obligó a ponerse en retirada (CDIP, t.V, vol.1, pp.251-252).

Otro caso de ataque sorpresivo se dio el 16 de julio de 1822 en Cerro de Pasco. El comandante Baltazar Orrantia hizo caso omiso a las órdenes del Presidente Departamental de Tarma, quien al tener noticias que los realistas se hallaban cerca de Reyes, le recomendó replegarse a otra zona. Orrantia se mudó a Huayllay sin tomar las medidas preventivas del caso. No colocó vigías en las afueras de su campamento. Esta oportunidad le valió a los realistas para que asalten el lugar a las tres de la mañana y llegaran a tomar como prisioneros de guerra a todos los hombres de la partida de Orrantia, incluso él mismo, quienes fueron llevados a su Cuartel General (CDIP, t.V, vol.2, p.342).

Las sorpresas que ejecutaron los realistas no solo fueron acciones llevadas a cabo cuando las guerrillas estaban acampando, también ocurrieron cuando se creía haber hecho retroceder a los realistas hasta un punto conveniente. La situación descrita sucedió el 18 de mayo de 1822, cuando luego de una contienda, Juan Evangelista Vivas: “Satisfecho de hallarse ya libre, le dio un rato de descanso a la Caballería, y juntamente que la Tropa tomase algo pues estaban en ayunas, y á poco rato fue noticiado por su abansada, que el enemigo estaba sobre ellos” (CDIP, t.V, vol.2, pp.169-170). Los realistas trajeron consigo cuatrocientos hombres, además de caballos que estaban en buenas condiciones para operar. Del lado patriota, las tropas y las bestias estaban cansadas tras haber trajinado mucho. El repentino asalto no dio tiempo para prepararse y huir del lugar. La excesiva confianza jugó en contra de quienes se vociferaban como virtuales ganadores de una escaramuza. Por ello, por más que los realistas hayan perdido una escaramuza, el despliegue táctico tuvo que estar acompañado de una serie

de medidas preventivas que obligaran a las guerrillas estar alertas ante cualquier movimiento del rival.

1.2.2. Correlación de fuerzas, espacios de lucha y el clima.

La presencia de los oficiales mayores de las guerrillas patriotas en el campo de batalla fue producto del desplazamiento en conjunto de las tropas del ejército del Rey. Entre 1821 y 1824, Lima fue ocupada dos veces por los realistas (en junio de 1823 y en marzo de 1824). Para lograr sus objetivos militares, los enemigos de la Patria tuvieron como principal consigna la liquidación de las guerrillas y la destrucción de los pueblos que les ofrecieran resistencia, de modo que contaran con un libre acceso a la capital. Los realistas evitaron ir por la costa. El Pacífico no formaba parte de sus dominios y la franja costera, por su geografía árida, hacía casi imposible marchar a grandes distancias. Las alturas del flanco occidental del valle del Mantaro, como Reyes, La Oroya y Viñac se convirtieron en las rutas obligatorias para ir hacia Lima. En consecuencia, las guerrillas de Canta, Huarochirí y Yauyos fueron quienes tuvieron una amplia movilización en pos de la conservación de sus unidades armadas. Durante este ciclo de efervescencia bélica, los pueblos de estas provincias fueron proclives a la masificación de sus brazos armados. La proliferación de las montoneras fue entendida por Francisco Javier Mariátegui, en sus *Anotaciones a la Historia del Perú Independiente*, como un fenómeno social desarrollado exclusivamente en la sierra de Lima. En este punto, la documentación pertinente nos permite reajustar la aseveración de Mariátegui. En la sierra de Lima, la masificación de las montoneras patriotas se dio en función a la cercanía del ejército realista, el cual incursionaba constantemente en el valle del Mantaro para incrementar sus tropas y sus suministros, e ir posteriormente hacia la capital. Tanto las guerrillas como las montoneras tuvieron que incrementar sus fuerzas para evitar que sus pueblos sean arrasados por las tropas del Rey. Veamos algunas acciones que se trabajaron en presencia de los oficiales mayores de las guerrillas para incrementar la correlación de fuerzas militares a su favor.

El 07 de diciembre de 1821, Francisco de Paula Otero decidió incursionar con sus guerrillas a Tarma, lugar donde se hallaban apostados doscientos hombres del batallón Imperial y dos escuadrones de Húsares bien montados. La estrategia consistió en atacarlos a las siete de la mañana, tomar por prisionero al comandante Lóriga y requisar

la mayor cantidad de ganado vacuno que se pudiera llevar consigo. Otero sabía que el oficial español disponía de pocas fuerzas porque el mayor número de tropas, el batallón Arequipa y los Dragones del Perú, se hallaban en Reyes. Todo estaba preparado para que el asalto sucediese en el orden previsto. Sin embargo, el bullicio que generó la montonera que acompañaba a Otero dio lugar para que Lóriga y el grueso de las tropas realistas, valiéndose de la oscuridad de la noche, se apostaran fuera de Tarma. Cuando el día se hizo presente, a las seis de la mañana las tropas del Rey comenzaron a asesinar indiscriminadamente a los habitantes de la villa. Estos actos buscaban atraer a los hombres de Otero que miraban a lo lejos cómo sus amigos y familiares eran pasados por las bayonetas o fusilados. A los patriotas solo les quedó replegarse. No podían ir en auxilio de los habitantes de Tarma porque significaría un esfuerzo en vano. El impacto de la violencia fue tal que provocó que hasta el mismo Otero hiciera:

Lo mismo con un soldado español que tengo prisionero el que ya está en capilla, y no hago lo mismo con otros dos porque son americanos, los que despaché en primera oportunidad a disposición de V.E. para que no suceda lo que con tres que se tomaron en días pasados los que en el acto del tiroteo se vinieron al enemigo (CDIP, t.V, vol.1, pp.498-499).

A un año de la declaración de independencia en Lima, el 28 de julio de 1822, Francisco de Paula Otero informa al Ministro de Guerra sobre los movimientos que hicieron los comandantes de las guerrillas en la sierra de Lima ante el desplazamiento de las tropas del Rey por todo el valle del Mantaro. El objetivo del virrey La Serna fue tomar las alturas de Canta, Huarochirí y Yauyos para que el ejército regular patriota desestime la posibilidad de incursionar en la costa sur del Perú, tal como se había dictaminado en las estrategias de la primera Campaña a Puertos Intermedios (CDIP, t.V, vol.3, p.314). De acuerdo con la concepción de Otero, el repliegue de los realistas hasta Izcuchaca obedeció a un movimiento táctico que buscó sumar refuerzos, provenientes del Cusco y el Alto Perú, para ir en conjunto hacia las alturas de Yauyos y caer sobre los partidos de Huarochirí y Cañete. Como medida preventiva, se ordenó lo siguiente:

Con arreglo á esta combinacion he dispuesto que la Partida de Ninabilca se replegué á Huarochiri quedando la de Pradas (sic) en Yauli y la de Vibas en el punto que ocupa con orden a la primera de replegarse á San Mateo y la segunda por los altos á reunirse á Ninabilca si los atacan; esta partida la de Gusman y el Escuadron de Dabalos a Matucana quedando en la otra banda de la Cordillera las partidas de Zarate Ormasa y Lisarra [ga] con orden de replegarse á Canta a unirse con la (Testado: partida) que se esta formando

este (Testado: modo) es el único medio que encuentro para poder ostilizar la que venga por Yauyos y solo espero realizarlo en el todo el que se acaben de errar los caballos del Escuadron, si es de la aprobación de Vuestra Señoría Ilustrísima espero que sin dilación me lo diga inteligenciado que algunas partidas siempre han de quedar en la otra vanda de la Cordillera para observar los movimientos de la Guarnición que quede en Huancayo y para esto se necesita el armamento que (Testado: pido) tengo pedido y con el objeto de que no se demore mando al Capitán del Detal Don Joaquín Dabousa porque cuando otro de estas milicias puede andar con pies de plomo (CDIP, t.V, vol.3, p.298).

Como vemos, las guerrillas tuvieron que estar alertas en todo momento. Durante la campaña del enemigo, la hostilización y las correrías no fueron actividades que concentraron a todas las guerrillas a un lugar en específico. Ellas tenían que dividirse del mejor modo posible, para que cada comandante guerrillero hiciera lo suyo en la zona encomendada. El abandono de una zona estratégica significaba un rápido avance del enemigo; recuperarlas, se tornaba muy difícil. Los guerrilleros sabían que los pueblos ubicados en las cabeceras de las cuencas fluviales serían los primeros en recibir el embate de los realistas. Por consiguiente, durante la guerra independentista, las operaciones de las guerrillas patriotas fueron realizadas, con mayor preferencia, desde las cuencas medias de los ríos, lugares más accidentados que representaban una ventaja que le hacía frente al crecido número de tropas realistas. De este modo, los guerrilleros comprendieron que se podía ejecutar una “guerra fuerte”⁴ empleando pocos recursos en varios lugares estratégicos, como los desfiladeros de los ríos; lejos de ellos, como las pampas altoandinas, las guerrillas corrían el riesgo de ser batidas por el enemigo, porque: “Las armas de estas montañas son galgas, ondas, y rejonas; estas no operan, ganándonos alturas los enemigos, y si, se quedan frustrados” (CDIP, t.V, vol.4, p.470). La ejecución de la guerra fuerte se hacía inútil en los terrenos desfavorables, por lo que era viable la adopción de un estilo de “guerra débil” (defensiva) para salir de las fauces del ejército enemigo. Esto lo manifestó Arenales, en reiteradas oportunidades, a San Martín:

Fuera del cañon principal de ésta Provincia, que es desde Tarma á Huancayo inclusive es imposible que puedan permanecer tropas y menos á esta parte de la cordillera por su terrible temperamento sumamente frio y la total

⁴ La guerra fuerte refiere al estilo ofensivo de la guerra, con mayor intensidad de ataque. Este concepto fue enunciado por el ministro Tomás Guido al momento de comunicarse con el gobernador de Yauyos, Tadeo Téllez. (CDIP, t.V, vol.2, p.198).

carencia de recursos exepcto carne, pues ni que comer para las bestias, ni leña u otro equivalente ni abrigo absolutamente hay, y estas razones son las que rigurosamente me obligan a ir marchando sin hacer maior substancial aunque los enemigos no me apuren por ahora, y se ba enfermado demasiado la tropa de los costados y tabardillos, accidentes sumamente ejecutivos (CDIP, t.V, vol.1, pp.339-340).

He expresado á V.E. con repetición que fuera del cañón que forma dicho valle no puede sostenerse absolutamente tropa alguna: el rio principal corre por unos terrenos intransitables y cuios temperamentos son insufribles al paso que despoblados y punto mas frio que la misma Cordillera hasta una legua y abajo de Jauja: asi es que entre resolverse á atacar a los enemigos donde estén, o evacuar aquellos lugares, no cave un medio, y por lo mismo tampoco lo hay para conservarse allí tropas y sostener los puestos sin comprometer una acción mui aventurada contra mui superiores fuerzas (CDIP, t.V, vol.1, p.342).

El clima fue el factor que motivó a adecuar una y otra vez las tácticas de las guerrillas en función al terreno donde se luchaba. Los aguaceros y las nevadas hacían impracticables los caminos por donde se desplazaban las guerrillas. En algunos momentos, estos fenómenos atmosféricos paralizaban la marcha y obligaban a las guerrillas a suspender su destino de viaje y retroceder porque ha: “[...] De pasar indefectiblemente la destrucción de la caballada, y la pérdida de la gente” (CDIP, t.V, vol.2, p.318). Además, con el alto de la tropa se corría el riesgo de: “[...] Que la divicion enemiga me bata en la marcha” (CDIP, t.V, vol.4, pp.153-154). Por este motivo, las guerrillas intensificaron sus acciones cuando no concurrían las lluvias de estación: “[...] El tiempo de lluvias haría más difícil la retirada, y asi es que de todos modos seria perjudicial la marcha” (CDIP, t.V, vol.3, p.364). Es así que la frecuencia de las acciones de las guerrillas, en las partes más altas de la Cordillera de los Andes, disminuyó entre los meses de enero y abril, tiempos en que los ríos aumentaban sus caudales y las nevadas y los derrumbes de las laderas más escarpadas fueron más frecuentes. Ninguno de los ejércitos beligerantes podía aventurarse a sacrificar inútilmente los medios con que harían la guerra (CDIP, t.V, vol.5, pp.323, 329-330; CDIP, t.V, vol.6, p.67).

1.3. El carácter local de las guerrillas.

Desde el inicio de la guerra independentista en el Perú, el carácter local que presentaron las guerrillas se debió al uso y manejo del territorio donde operaron. Por esta razón, muchos de los combatientes resistieron ir más allá de sus domicilios (CDIP, t.V, vol.6, p.467). Con respecto a los modos de lucha, las guerrillas prefirieron obrar con conocimiento del lugar y no en situaciones desconocidas donde sus vidas se dejarían a merced del enemigo que bien pudo tener conocimiento del escenario geográfico para aniquilarlos. Estas inquietudes fueron las causantes de las deserciones de los reclutas de las tropas, quienes al ser trasladados a lugares distantes optaron por escaparse. Una característica que diferencia a la guerrilla de una unidad del ejército regular es que la primera liga su actuación sobre la base de una lógica territorial muy arraigada a lo local, mientras que la identidad del segundo se maneja bajo lógicas desterritorializadas, es decir, traspasa los límites de la localidad y se asienta en un plano abstracto que corresponde con el de la Nación.

Durante la Independencia, los conceptos de patria se manejaron de distintos modos (Velásquez, D., 2017, p.372). Las guerrillas identificaron la defensa de la patria como una lucha por proteger su localidad de nacimiento; mientras que los ejércitos regulares combatieron por la protección de un orden político mayor al de los espacios locales. La ambivalencia que expresó el concepto de patria se reprodujo en los climas de obediencia y confrontación a los brazos armados del régimen patriótico. Para los habitantes de los pueblos, la noción cosmopolita y uniforme de Patria subsumía sus identidades locales, razón por la cual buscaron que sus comunidades peleen en sus mismos territorios, y no en otros lugares. En particular, en febrero de 1821, Mateo Rondón, Alcalde de Naturales del pueblo de San Marcelo de Huanangui, manifiesta a Juan Delgado, entonces Gobernador de Sayán, que Dionicio Zulueta, Comandante y vecino de la doctrina de Iguari, quiso obligar a sus representados a servir en las milicias del pueblo de Pacho, alegando que como Huanangui es anexo de la parroquia de Pacho todos los habitantes deben pasar al servicio del último. Rondón deja bien en claro, ante Delgado, que su comunidad asistirá a la patria siempre y cuando se respeten las antiguas costumbres de servir militarmente en Sayán, y no en Pacho porque ocasionaba doblados atrasos y gastos en sus economías familiares. Los mandos militares patriotas sabían que tenían que sacrificar uno de los dos intereses en juego, el de Huanangui o el de Zulueta. Vicente Dupuy, Teniente Coronel y Presidente de la Costa intermedia del Norte, optó

por dar continuidad a la costumbre referida, desestimando así la iniciativa de uno de sus hombres de armas, en pos de conservar una red local de apoyo militar (CDIP, t.V, vol.1, pp.243-245).

Las redes locales de apoyo constituyeron las bases sólidas con que contaron las guerrillas para obrar sobre el enemigo. La guerra de guerrillas fue concebida como una lucha de pueblo en pueblo, ganando adeptos y realizando purgas a los disidentes. Los guerrilleros no podían diseñar sus planes si es que los habitantes de los pueblos les eran adversos. En consecuencia, el margen de error de la aplicación de las estrategias de las guerrillas lo conformaron las frágiles lealtades políticas locales. Por ello, antes de atacar o defenderse, los guerrilleros prepararon emocionalmente a la población para que faciliten sus acciones y entorpezcan las de los realistas. Verbos como *avispar* y *electrizar* a los pueblos constituyeron parte de las órdenes que los comandantes de guerrillas impartieron a sus subordinados (CDIP, t.V, vol.1, p.333). El despliegue simbólico fue crucial para que se pueda emulsionar las emociones personales de los moradores con los valores patrióticos. Vemos pues que antes o después de una acción armada, o un evento político significativo, se celebraron bailes, misas y procesiones, se repicaron las campanas, se difundieron piezas teatrales con contenido político y se hicieron iluminaciones generales por tres días consecutivos (CDIP, t.V, vol.1, p.320; CDIP, t.V, vol.3, p.253; CDIP, t.V, vol.4, pp.13, 50; CDIP, t.V, vol.5, pp.85, 249; CDIP, t.V, vol.6, pp.482, 527-528, 583). La expresión de las oposiciones políticas no solo bastó con expresarlos en los debates políticos sino también con montajes escenográficos. Estos permitieron el contacto entre las normas éticas de la sociedad y los fuertes estímulos emocionales de los residentes. Para conseguir ello, los viejos símbolos del Antiguo Régimen fueron despersonificados, actualizados y colocados en nuevos contextos para que el dispositivo simbólico del Estado se hiciera evidente en los ritos políticos, generando así la incorporación de la población como consumidor del despliegue escenográfico (López, A., 2005, p.71; Majluf, N., 2013, pp.84-92).

1.4. Los aspectos políticos de la guerrilla.

Durante la guerra independentista, el régimen patriótico no contó con una burocracia propia con capacidad de penetración en el territorio que controlaba. La debilidad de la autoridad central posibilitó que muchos de los sectores populares estuvieran fuera del

alcance de los controles legales del aparato estatal (Walker, C., 1990, p.108). No obstante, el estado de guerra permanente posibilitó una serie de beneficios esporádicos a quienes establecían alianzas clientelares con el Ejército de la Patria. De este modo, las acciones de estos rostros invisibles se inscribieron en los límites de lo posible más allá de los cuales no se atrevía ir el poder. El universo de relaciones interpersonales, establecidas entre la institución castrense y los habitantes de los pueblos, no supuso un dominio total impuesto desde arriba en la que se agotó la visión de los subordinados. Las operaciones del ejército patriota fueron consentidas por los sectores populares gracias al trabajo político que aseguraron sus oficiales con los representantes locales. Por lo tanto, la Independencia fue un proceso de lucha sostenida de pueblo en pueblo, cuyo curso estuvo determinado por la tensión entre lo local y lo nacional.⁵

La interdependencia establecida entre la guerra convencional y la guerra de guerrillas favoreció una serie de formas de mando personalizadas que fueron porosas para todo aquel que empuñara las armas en nombre de la Patria. Es así que los oficiales del ejército regular y los jefes de las guerrillas y las montoneras, al percibir el vacío político producido por la presencia del ejército patriota, apelaron a sus figuras personales para conseguir del régimen patriota beneficios particulares, a la par que aseguraban la estabilidad de sus unidades armadas para resistir al enemigo. En este contexto, el carisma puede ser entendido como un instrumento poderoso de guerra, validado por los habitantes de los pueblos a través de la reverencia, la confianza y el reconocimiento de las virtudes del líder guerrero de la zona como si fuera un prodigio difícil de reemplazar. Al interior de este tipo de organización, las jerarquías ascendentes terminaron en el dirigente, quien designó y tejió su red de contacto entre sus subordinados y él. Por consiguiente, la cultura del poder durante la guerra de Independencia estuvo mediada por los beneficios y contraprestaciones establecidas entre los jefes de las unidades armadas y las comunidades locales. Los primeros esperaron la obediencia de sus beneficiados, mientras que estos últimos debieron ser satisfechos con los favores o gracias que les otorgaron sus jefes. De este modo, ambos actores quedaron atrapados en una red de obligaciones mutuas, pues el favor exige ser restituido debidamente.

⁵ Días antes de la declaración de la independencia en Lima (1821), José de San Martín refiere a Basil Hall que la lucha en el Perú: “[...] no era una guerra de conquista y gloria, sino enteramente de opinión [...] ¿De qué me serviría Lima, si sus habitantes fueran hostiles en opinión pública? [...] Quiero que todos los hombres piensen como yo, y no dar un solo paso más allá de la marcha progresiva de la opinión pública; estando ahora la capital madura para manifestar sus sentimientos, les daré oportunidad de hacerlo sin riesgo” (CDIP, t.XXVII, vol.1, p.224).

La concesión de favores y la prestación de servicios cohesionaron a las sociedades locales que habían dejado de depender del Rey. Las relaciones políticas que estuvieron en ciernes se estructuraron gracias a una lógica usuraria que guió los vínculos clientelares, por lo que se tuvo que devolver más de lo que se había recibido. El agradecimiento tuvo en realidad una fuerza coercitiva mayor que las que pudieron tener las leyes dictaminadas por el régimen patriota. El vínculo clientelar se convirtió en una cantera de normatividad social que se extendió en los dominios de la Patria. De este modo, la vigencia de una autoridad dependió del grado de bienestar de sus seguidores. Quien lideró los destinos de una comunidad buscó todos los medios materiales posibles para afianzar el prestigio de su mando. De nada servía que un jefe regresara a su comunidad con las manos vacías, o se negara a conceder un pedido de sus beneficiados, porque esto restaba legitimidad a sus actos y decisiones personales. Veamos el siguiente caso.

El 25 de junio de 1821, los Alcaldes y Principales de la Provincia de Huarochirí enviaron un memorial a José de San Martín. Indicaron que quince indios suyos se dirigieron hasta las inmediaciones de la doctrina de Chilca, donde lograron apresar tres cargas que iban con destino a Lima. El botín requisado estaba compuesto de ropas, cartas y siete pesos en plata, los cuales una vez llegados a la provincia de origen de la partida iban a ser repartidos por su jefe. No pasó mucho tiempo cuando, en el camino de regreso, los comandantes de las partidas Joaquín Cordero, Ignacio Quispe Ninavilca e Isidoro Villar vinieron para hacerse el botín y llevarse todo a sus bases de operaciones, con el pretexto de que esos bienes les pertenecían al Estado y que ellos, en calidad de representantes de la patria armada, debían velar por una correcta distribución de los suministros de guerra. El curso de la denuncia se centró principalmente en Ignacio Quispe Ninavilca, un gobernador y comandante guerrillero hostil y engreído según sus denunciantes, porque fueron llamados a la hacienda de Moyopampa (Chosica) para que sea cumplimentado con servicios que las mismas autoridades locales consideraron indignos de sus personas, ya que no recibieron nada a cambio de sus atenciones: “[...] luego que llegó acá empesó a beber hasta la noche mandando poner guardas de soldados a la puerta, y que los Alcaldes le asistan y sirvan en sus escándalos” (CDIP, t.V, vol.1, p.322). Al parecer, Ninavilca emuló una corte de criados que debían someterse a sus designios. Quienes no lograban satisfacer sus pedidos y expectativas eran castigados violentamente, a tal punto que a José María Tello, conductor de la carga apresada, lo

persiguió con su sable porque alegó que iba a entregar el botín al general Otero. Pese a las reconvenções de las autoridades locales, Ninavilca se mantuvo frontal con ellos y no les dio gracia alguna pese a que fue una autoridad que estaba por encima de ellos, razón por la cual es nombrado extensamente en el documento.

En el memorial, los Alcaldes y los Principales de Huarochirí apelaron a San Martín como una figura paterna mediadora de los conflictos acaecidos entre Ninavilca y sus comunidades locales. Ellos sabían que la decisión del Capitán General sería entendida como una orden para todos, porque su persona representaba el punto de llegada de los influjos carismáticos de las autoridades de la Patria. Esta alegoría proyectó una antigua práctica que establecía relaciones de correspondencia entre las asociaciones políticas con la monarquía corporativizada, las cuales se suprimieron en el siglo XVIII cuando el Rey empezó a justificar su poder acudiendo a su origen divino, que derivó en un poder real absoluto (Pietschmann, H., 1998, p.58).

El escenario de guerra posibilitó la puesta en escena de una serie de principios contractuales que se creían superados con la aplicación de las Reformas Borbónicas. La defensa del bien común y la autonomía de la voluntad individual volvieron a enunciarse en el escenario político para equilibrar las intenciones de los mandos patriotas y las comunidades (El Pacificador del Perú, N°10, 1821, f.1r). Las autoridades de Huarochirí elevaron sus interrogantes a modo de advertencia:

Para nuestro gobierno es necesario saber si V.E. aprueba que este Ninavilca sea nuestro Gobernador, y que igualmente nos hubiese quitado las cargas, privándonos el honor y satisfacción que hubiéramos tenido que ir a ponerlas a disposición de V.E. Si dice que sí, alegres nos someteremos diciendo: Amén (CDIP, t.V, vol.1, p.323).

Las declaraciones de los Alcaldes y los Principales de Huarochirí dan pistas de lo que pudo ocurrir si es que San Martín los desairaba públicamente. Se corría con el riesgo de quebrar el tácito pacto contraído entre un ejército protector y benefactor y los pueblos, que pudo perder definitivamente la opinión de los habitantes de una zona estratégica como Huarochirí. Como vemos, en el mundo andino, el poder de coerción de las comunidades indígenas se midió a través de los autos judiciales y cómo estos eran resueltos y contestados en las instancias superiores. Esta práctica social de viejo arraigo fue vigente durante la guerra independentista. Era conveniente que los intermedios

rurales se manejaran bajo ciertos códigos de respeto a la autoridad en ciernes si querían gozar de los beneficios que podría generarles tal consideración. Este tipo de movilización campesina contra el accionar de Ninavilca generó un episodio de politización de la población rural de esa jurisdicción. A través del reclamo público los representantes indígenas definieron y acotaron las vallas del poder. Dejaron de actuar como “menores jurídicos” para convertirse en actores políticos que defendían sus derechos y encausaban las formas cómo los portavoces de la patria debían ejercer su autoridad. Por este motivo, se hizo vital emplear las reconvenciones y los castigos públicos como actos que atenuaban o disolvían escenarios de conflicto social entre el Ejército y los pueblos.

1.4.1. Control social de las guerrillas.

1.4.1.1. Violencia punitiva.

Emile Durkheim (1992) refiere que los actos que se califican como delitos no son categorías dadas e inmutables, sino que sus significados varían en función de la época y el lugar, siendo un producto de las convenciones sociales. Quienes cometen un delito se salen de las redes de control e integración normales. Se va contra los valores fundamentales y las cosas consideradas por los hombres como sagradas (pp.94-96). El acto criminal hiere sentimientos y valores que se anclan al interior de las conciencias de una misma sociedad, generando una intensa reacción emotiva en todos los presentes (CDIP, t.V, vol.3, p.106). En este sentido, la esencia del castigo está conducida por el sentido de la profanación de lo sagrado y su necesidad de purificarlo. Su verdadera función, según Durkheim, es la de amparar la cohesión social, preservar la autoridad y mantener los valores compartidos con toda su vitalidad.⁶ En consecuencia, el castigo es una institución social que funciona dentro de la sociedad. Es una expresión del poder de quien lo ejecuta; un canal de representación de la sensibilidad presente, y un conjunto de símbolos cuyo despliegue facilita la creación de una identidad social.

⁶ Un ejemplo de lo aseverado se registró en 1823. El general Otero, tras develar una conspiración en su contra, refirió al ministro Herrera lo siguiente: “Yo me he anticipado a ejecutar a los culpados tantos por hacer un ejemplar que exigía el delito de esa naturaleza; como por manifestar a la tropa y pueblos, que á mas de haber energía para contener desordenes, se obserban las leyes de la Republica, seguro al propio tiempo que el Supremo Gobierno no desapruvea una medida tan saludable a la seguridad publica, y honor de la nación” (CDIP, t.V, vol.4, p.283).

En el Perú, la guerra de Independencia normalizó la cultura de la violencia, contenida esporádica y aluvionalmente, en las sociedades locales. El Ejército se convirtió en un canal necesario por donde discurrían los flujos de legitimidad, autoridad y obediencia al régimen patriótico. A través de los castigos ejecutados por los militares, el gobierno buscaba probar su capacidad para sujetar tenazmente a los pueblos y así preservar la “salud pública”. De nada valía que los oficiales patriotas hubieran formado, en los entornos locales, una opinión favorable sobre la Patria, si es que no habrían impuesto sus decisiones a los habitantes de éstos. Sin embargo, como apunta Carlos Aguirre (1990b), la Independencia no conllevó a un abandono de las prácticas punitivas, como las ejecuciones, los azotes y los fusilamientos. Hubo una lenta transición en las formas de afrontar la represión y la justicia criminal, por lo que no ocurrió una eficiencia del castigo por medio del Estado (pp.140-141).

En 1821, el general Arenales escribía al gobernador Otero acerca de lo que estaba aconteciendo en Huancayo. Algunos vecinos, pertenecientes a las familias Arauco, Zevallos y Valle, estuvieron seriamente comprometidos en varios actos perjudiciales a la causa patriota. Estos clanes familiares fueron empleados por los realistas como espías. Remitían informes acerca del número de milicias patriotas y el tipo de armas con que contaban. Ante esta situación, Arenales indicó a Otero lo siguiente:

Es necesidad cepar la cizaña del trigo si queremos purificar la arina, sino, no conseguiremos buen pan por mas que se travaje la masa. El señor general –refiriéndose a José de San Martín– ha sido informado de que especialmente, en Tarma existen varios individuos, y algunos relacionados con U. que son, y podrán ser muy perjudiciales a la defensa de nuestra causa, y mas inmediatamente a esa misma provincia: entre ellos se nomina señaladamente al Ilustrísimo Señor Obispo Orihuela, que es sumamente sensible: Sirva a U. de gobierno para juzgar con imparcialidad sobre todo, y si verdaderamente hay merito, no se envarase; arroje de su jurisdicción a quantos sea conveniente a la salud publica, sin reparar en empeños imprudentes, ni en conexiones; pues asi tendrá la gran satisfacción de cumplir con su dever; sostendrá el buen concepto que hasta aquí deve al Señor General y lograra el mayor placer por su prosperidad (CDIP, t.V, vol.1, pp.227-228).

De lo señalado, el destierro se entiende como la anulación de la existencia social del inculpado porque dependió de las redes locales clientelares. Implica un desarraigo del individuo de su comunidad local. De esta forma, el Ejército intervino en las redes clientelares que se habían tendido paralelamente al régimen patriótico. Al momento de

separar a un miembro notable de la clientela política local, el Ejército desbarataba los puentes de entendimiento político entre sus integrantes. Evitaba que estas madejas clientelares se reconstituyeran y funcionaran nuevamente en desmedro del ideal patriótico. Esta misma tónica se aprecia en la correspondencia establecida entre el ministro Tomás Guido y el general Francisco de Paula Otero, en 1822, sobre el pésimo desempeño de las funciones del Comandante de Partidas de Comas, José Fernández Prada. En ella se señala que cualquier delito cometido por un oficial de la Patria debe ser juzgado prontamente. No debe permitirse que la opinión de los pueblos decaiga por las acciones de ciertos individuos que faltaron a sus valores patrióticos. El gobierno debía ser severo en el proceso judicial que se aplicara al inculcado. En este caso, la remoción del cargo fue lo ideal que debió hacerse con este tipo de autoridades que fomentaban el desorden y la polarización política en sus jurisdicciones:

Si Vuestra Señoría esta penetrado que anteriormente Prada ha cometido usurpaciones cuales Vuestra Señoría indica en su nota de 10 del corriente mandara formar el correspondiente sumario para que elevado á la consideracion del Gobierno falle la justicia, y sean los pueblos que si alguna vez puede sorprenderse la buena fe del que manda, sabe también la ley recobrar sus derechos y negar al culpado la conducción que el error involuntario pudo dispensar (CDIP, t.V, vol.3, p.115).

Cabe destacar que las sanciones a los infractores de la causa patriótica debían realizarse públicamente. Fue una ritualidad del poder en la que el miedo y el temor a cometer actos de insubordinación contra la Patria fueron reacciones que debían esperarse de la población, tras presenciar cómo los castigos eran impartidos violentamente por los oficiales del Ejército. En particular, el 22 de mayo de 1821, el general Arenales exigía a Francisco de Paula Otero que apronte la búsqueda de los desertores del batallón de Leales, para: “[...] Hacer ejemplares con los que se aprendan para escarmiento de todos los provincianos” (CDIP, t.V, vol.1, p. 288). En otro momento, el 27 de febrero de 1824, el general Otero indicaba al sargento mayor del batallón Boltigeros, Pedro Bermúdez, que estaba enterado de la gran desertión que había padecido esta unidad en Chinchupalca. Otero sugirió que a algunos de los últimos soldados en llegar al lugar: “[...] Sean fusilados luego, y otros caminarán para escarmiento de los que queden” (CDIP, t.V, vol.6, p.164). En caso de que los sancionados sobrevivientes hayan reincidido:

Mande Usted sumariarlos, para juzgarlos en Concejo de Guerra, por que de lo contrario el Batallon perderá su bace con solo atrazados, y los Soldados tienen un pretesto para desertarse, se pierde este, el armamento y en una palabra la morál que es lo mas sencible, y nunca se acostumbrarán los soldados a hacer marchas ordenadas: para evitar estos males debe Usted tomar providencias bastante serias, y hacer exemplares que sirban de freno al Batallon (CDIP, t.V, vol.6, p.164).

Desde que San Martín instauró su gobierno en Lima, las medidas punitivas contra los españoles reticentes a adherirse al bando patriota fueron actos simbólicos que buscaron enviar un contundente mensaje a sus rivales: Los enemigos del Estado no tenían lugar en el país en construcción (Martínez, A., 2015, p.68). El viajero Gilbert F. Mathison indicó que los patriotas, ante la desolación de los pueblos y aldeas enteros con el fuego y la espada, hechos por los realistas, retaliaron sus actos desterrando de la capital a los habitantes españoles y sometiendo sus personas a las más bajas humillaciones (CDIP, t.XXVII, vol.1, p.311). En ese orden, la retaliación se normalizó como un componente moral de la guerra independentista que fue revestido de un matiz político. Quienes ejecutaron este principio se guiaron por el móvil de la venganza, y más aún cuando sus tropas y las poblaciones afines a ellos políticamente fueron desoladas por el ejército contendor (El Sol del Perú, N°5, 1822; El Depositario de Cusco, N°67, 1822; CDIP, t.V, vol.2, p.376). El estado de guerra permanente, tanto en los escenarios urbanos como los rurales, posibilitó que la esfera de violencia lograra expandirse y adquirir dimensiones más complejas que excedían a la mera violencia física.

1.4.1.2. Violencia simbólica.

Ezequiel Beltrán nos narra los sucesos que ocurrieron en Yauyos durante la retirada del ejército del Rey en el mes de julio de 1821. Las tropas realistas, al tomar ruta por las riberas del río Omas (Cañete) para llegar a Huancayo, fueron hostilizadas por las partidas de Juan Evangelista Vivas que los atacaron sin retraso alguno. Los españoles, al ver que sus tropas fueron cercadas en los desfiladeros, no dudaron en posesionarse de las partes más escarpadas del lugar. Así fue como los realistas se zafaron de las fauces de las guerrillas y llegaron a tomar el pueblo de Tauripampa. Al ver que el lugar había sido desocupado por la población, procedieron a saquear los bienes de su iglesia. En la plaza del pueblo sacaron la imagen de la patrona del lugar, Santa Rosa de Lima, y le

proporcionaron cuatro balazos como ademán de fusilamiento. Los mandos militares del Rey supieron que a pesar de los cambios sociales acaecidos durante la guerra, en las comunidades locales se mantuvo arraigado el imaginario corporativo anclado a las prácticas religiosas. La imagen de Santa Rosa fue representada como la alegoría de la comunidad local que aborreció la soberanía del Rey. A través del fusilamiento, los soldados querían destruir simbólicamente los vínculos políticos que articulaban las voluntades de los moradores con sus jefes, y así evitar un clima de resistencia abierta contra sus intereses (Beltrán, E., 1975, p.31). A la narración se agrega que:

Los Pueblos de Tauripampa, Carania y Piños se incendiaron por los soldados del Virrey sin perdonar la Yglecia en el primero; y habiéndose comenzado el incendio en este ultimo por sus mismos habitantes que quicieron manifestar de este modo el odio mortal con que miran a los que defienden la causa contraria a la nuestra. De un modo mas terrible executaron esto mismo en la Hacienda de Huarca, perteneciente a Don José Palomo, donde a más del insendio destruyeron las paredes de los edificios; reduxeron a senizas todas las imágenes de su preciosa Capilla y se llevaron la mayor parte de las cosas sagradas que servían en ella, y muchísimos daños en los demás intereses que no refiero por no molestar la atención de V.E (Beltrán, E., 1975, pp.43-44).

Otro caso similar, pero con diferentes acciones simbólicas, se registró en la relación ofrecida por el Alcalde de la Estancia de Conoc, José de la Cruz Liquirique, a Pablo de Mena, el 28 de julio de 1822. A raíz del movimiento de una parte del ejército realista hacia el asiento mineral de Cerro de Pasco, las partidas patriotas tuvieron que desocupar las alturas del lugar y resguardarse como bien pudieron. Las autoridades locales, al enterarse de la proximidad del enemigo, rápidamente decidieron emigrar con los demás habitantes a lugares más alejados, dejando a libre disposición sus ganados y demás bienes familiares. Tras la asonada realista en las alturas de Pasco, y su posterior retirada hacia el valle del Mantaro, algunos vecinos decidieron regresar a sus hogares, dándose con la ingrata sorpresa que los invasores no dejaron una bestia de ninguna clase. Algunas cabezas de ganado yacían a lo largo de la meseta del Bombón, llegando a contabilizarse cientos de cadáveres.

Lo ilustrativo de la relación del Alcalde reside en la comunicación que tuvo con Juan Medrano, vecino de Huayllay, quien le indicó que a su regreso a su localidad:

“[...] Que vio todo el Pueblo saqueado, y destrosado hasta la Iglecia haviendose llevado la custodia, y la ropa de los Santos, dejando desnudo al Señor Crucificado sin sudario, corona, y Potencias dejando la cabellera en ademan de taparle la cara, amarrada al pescuezo, las cosas destechadas” (CDIP, t.V, vol.2, p.338).

El ataque infundido al corazón de la comunidad se cristalizó con los destrozos hechos a la iglesia del lugar. Por un lado, probablemente, la acción de tapar los ojos al Cristo crucificado significó que el enfrentamiento armado supuso la lícita suspensión de la humanidad con los infractores de los principios de obediencia y sumisión al Rey, quienes debían ser castigados con la pérdida de sus vidas. En este caso, la legalidad de los actos violentos se fundó en los preceptos de la religión, término que se llegó a politizar durante la guerra independentista, porque fue empleado para justificar la conservación del Estado y garantizó el espíritu de unidad y armonía social de cada bando beligerante (Morán, D., 2012). Por otro lado, el hecho de ahorcar la imagen religiosa con sus propios cabellos pudo entenderse como un acto simbólico para infundir obediencia en la población por medio del terror, porque pudo representar el desenlace de los destinos de los habitantes de Huayllay si es que continuaban apoyando a los patriotas. De ambos actos se colige que el empleo político de los símbolos religiosos, durante la guerra, persiguió legitimar la autoridad que estuvo en cuestionamiento. De este modo, la manifestación de la violencia simbólica fue comprensiva a la dimensión psicológica de los participantes. El miedo y la supresión de las conductas fueron reacciones esperadas en la guerra, que pudieron reconducir las decisiones colectivas de las comunidades locales y sus representantes. Fueron las vallas que delimitaron el alcance de los influjos clientelares.

1.4.2. Clientelismo.

La consolidación de los vínculos clientelares fue una parte importante del trabajo político que los jefes del ejército encomendaron a los comandantes de las guerrillas. Se debía lograr una endopatía de quienes estaban destinados a ser gobernados; es decir, conseguir una conducta subordinada que pueda legitimar la dominación del régimen patriota en los escenarios locales. Esta necesidad fue acrecentándose en medida que el ejército de San Martín tuvo que diseminarse en el territorio en disputa (CDIP, t.V, vol.1,

p.220). Sin embargo, como sabemos, la cadena del mando político y militar no fue tenaz en el bando patriota. Esto se hizo evidente cuando en 1822 el Congreso Constituyente asumió funciones ejecutivas, sobre todo, la dirección de la guerra. Como refiere José Gálvez (2001), el tránsito entre el modelo sanmartiniano y el parlamentario constituyente generó que: “El principio de autoridad, aún en proceso, no encontraba un mecanismo alternativo en el sistema peruano, fomentándose un vacío de poder que contribuyó más tarde a la emersión del caudillaje” (p.330).

Los ideólogos del régimen patriota sentaron una posición contraria al fortalecimiento de la autoridad ejecutiva, que fue adoptada por los parlamentarios del Congreso. Esto ocasionó, en poco tiempo, un desajuste en la dirección de los asuntos ejecutivos y legislativos del gobierno, razón por la cual, el ejecutivo se tornó inoperante. Las repercusiones políticas no demoraron en manifestarse. José de la Riva Agüero llegó a hacerse del gobierno a través de un golpe de estado. Gobernó durante seis meses hasta que el Congreso decidió destituirlo, y reemplazarlo por Bernardo de Tagle. El mandatario depuesto resistió el dictamen del legislativo. Con sus hombres de confianza instauró un gobierno paralelo en Trujillo. Simón Bolívar, tras arribar al Perú, tuvo que asegurar sus redes clientelares que su mano derecha, Antonio de Sucre, estuvo tejiéndolos en medio de la anarquía política de 1823. Los colombianos no podían aventurarse a operar política y militarmente en un territorio donde no contaban con redes clientelares aseguradas.

En 1824, Francisco de Paula Otero fue el artífice para que la presencia del ejército colombiano haya sido tolerada por los dirigentes locales, entre ellos los guerrilleros. Aprovechó que contaba con un amplio partido entre los oficiales del ejército regular peruano y los comandantes de guerrillas para instaurar una relación de amistad con Sucre. Ello posibilitó la fundación y la sustentación de los vínculos políticos entre los militares peruanos y colombianos (CDIP, t.V, vol.5, pp.281-282, 293, 453, 472). Esta amistad fue una conexión realizada entre personas desiguales, porque la estabilidad de la amistad dependió de la cesión de prestaciones materiales a cambio de la sumisión política: Esta fue la relación que amalgamó al patrón gobernante con su cliente gobernado. De este modo, las lealtades personales, la confianza y los regalos se transmutaron en los elementos que definieron el poder de los militares patriotas.

1.5. El mundo interno de las guerrillas.

En el interior de las guerrillas, el respeto por los códigos de cooperación, información, apoyo y complementariedad guiaron los destinos de sus integrantes. Los vínculos entre los hombres de guerra trascendieron más allá de la disciplina militar. El poder del líder guerrillero dependió de los usos implícitos que diera a las relaciones interpersonales entre sus hombres y él. Es aquel que satisfizo las expectativas de sus fieles; se adaptó y compartió su cultura, sin por ello diluir su aptitud para el mando.⁷ Su valor carismático se basó en la capacidad de llevar los valores del grupo a un punto máximo de efervescencia. El tamaño de los ejércitos que manejó estuvo en proporción al influjo personal que tuvo en sus hombres. La permanencia de su guerrilla dependió de las relaciones de compadrazgo que estableció con otras guerrillas, las autoridades locales y los habitantes de los pueblos, puesto que estos lugares proveyeran de soportes logísticos para el sostenimiento del Ejército.

El quiebre de los lazos comunitarios fue vivido como un escándalo, digno de expiación. Aquel individuo o grupo que no acatará o fuera en contra de las normas de la comunidad, dependiendo del tipo de falta, debía ser castigado o excluido sin dilación alguna. No contentos con ello, los miembros integrantes de la agrupación exigieron a sus líderes que impusieran penas ejemplares para que este tipo de comportamientos no llegaran a reproducirse en un futuro. Las sanciones debían ser públicas para que los valores del colectivo continuaran formando parte de la identidad cultural local. Esta práctica fue intensiva en las guerrillas.

Del lado de las guerrillas, recuperamos la sumaria hecha contra el capitán Santiago Baldeón, Comandante de las Partidas de Yauli. Fue acusado por malversación de recursos pecuniarios, haber negociado las licencias de sus soldados a cambio de una contribución monetaria y generar un clima de descontento generalizado entre los moradores del lugar.

El proceso sumario se inició con un oficio remitido a Joaquín Dabouza. En él, los oficiales Francisco Romero, José Diez de Medina, Juan de Dios Caballero, Toribio

⁷ Un ejemplo de lo último señalado: “Nada granjea tan pronto la buena voluntad de un indio como pedirle un poco de coca; en el acto saca su bolsita de cuero con un aire de satisfacción, y se apresura á darla, respecto que considera la petición como una distinción honorífica que se le hace. El general Miller la mascaba frecuentemente durante la campaña de 1824, y esta circunstancia produjo una impresión tan favorable entre los indígenas, que le facilitó muchos voluntarios para su columna” (Miller, J., 1975, t. II, p.162).

León y Cosme Damián Hurtado elevaron sus quejas contra su superior. Refirieron que los vecinos de Yauli, que recientemente habían sido reclutados, fueron licenciados por el comandante Baldeón. La causa de este extraño procedimiento respondió al pago de una cantidad de pesos más unas llamas de metal, con el objetivo de librarse del servicio militar. Además, los denunciantes señalaron que:

Dicho Comandante nos há dejado sin la rasion del dia por haber estado vendiendo á mas de la rasion que le tocava de un carnero por dia, dos y tres carneros mas diarios por conducto de su asistente, sin atender á que nosotros subsistimos por solo esa rasion (CDIP, t.V, vol.3, p.380).

A estos cargos se sumó la actitud indolente y negligente que desempeñó el Comandante, cuando el enemigo acechaba en las inmediaciones de Yauli. Mandó a traer varias botellas de aguardientes con el fin de embriagar a todos los oficiales que se hallaban en prevención: “Se dejó decir que quería que el Pueblo fuese sacrificado, yá que en tantas beses los enemigos havian venido y no hicieron daño, que el los havia de comprometer en ese dia” (CDIP, t.V, vol.3, p.381). Lo último señalado se constituyó en el argumento de fuerza que buscó convencer a Dabouza para que aplique a Baldeón las penas más severas. Dejar indefensa la comunidad, a pesar del avance de los realistas, fue considerado en ese momento como un delito de lesa humanidad, una traición a la Patria.

Del oficio presentado, colegimos que los oficiales, al verse inmersos en una espiral de insatisfacción, impugnaron la autoridad de su líder. Esto se hizo patente cuando clamaron la protección de Dabouza, como padre y jefe mayor, para que las intrigas del denunciado no llegaran a imperar contra ellos. El apego a las jerarquías fue la estrategia que permitió a los oficiales desvincularse de su superior y reposicionarse en otro grupo, con otra autoridad.

Las declaraciones de los testigos citados al tribunal corroboraron los cargos imputados. El acusado negociaba con la libertad de sus beneficiados. A algunos les daba un recibo que daba cuenta de la operación; a otros no, y se excusaba para librar el documento (CDIP, t.V, vol.3, p.385, 390). El pago era registrado como un aporte voluntario para sostener la partida. En algunos casos, se daba la oportunidad de realizar la operación a través de una oferta que consistía en una rebaja o un costeo por partes; en otros, ponía presos en el Cuartel hasta que llegaran a pagar una fianza como parte de la licencia negociada (CDIP, t.V, vol.3, pp.383, 387, 393). Asimismo, la requisa de carneros, las

exigencias por señoranzas (derecho percibido por la acuñación de metales), y las tropelías a los Alcaldes de Yauli se constituyeron en las causales para que los testigos exigieran la remoción de Baldeón. Para su mala suerte, el inculpatado no pudo certificar su defensa. Los estados de recursos de su partida no reflejaron los ingresos que percibió de la comunidad (CDIP, t.V, vol.3, pp.396-398). Esto motivó a que cambiara la versión de los hechos una y otra vez, razón que motivó la desconfianza del Tribunal de Guerra.

La declaración de Felipe de los Ríos, con respecto a la embriaguez de la tropa y los desórdenes acaecidos en Yauli, aclara el panorama sobre los ritos de integración de la partida. Ante los informes del espía Mayorca, que avistó veinticinco enemigos en las afueras del pueblo, se organizó una partida de exploración para asegurar la defensa. Las tropas restantes se quedaron al interior del pueblo divirtiéndose con bebidas alcohólicas. En la mañana siguiente, De los Ríos, tras haber dejado Yauli para oficiar un entierro, da cuenta de la presencia del enemigo en los contornos de Pachacaca. Dejó sus labores ministeriales y fue a dar aviso a los oficiales de la partida de Baldeón. En efecto, logró comunicar su mensaje. Sin embargo, lejos de que se apronten fuerzas para repeler a los realistas, los oficiales siguieron con sus celebraciones en la noche entrante. En medio de la oscuridad y la algarabía de la tropa se escucharon disparos al aire y voces que aseguraban la inminente presencia enemiga en la zona. Esto ocasionó el pavor de la población que no dudó en huir del lugar y pernoctar en la pampa de Baños: “Al otro día supimos que nada había sido cierto y que todos los alborotos y desordenes tomaron principio en las cabezas desordenadas y boladas con baco” (CDIP, t.V, vol.3, p.394). Hay que destacar la declaración del cura, que precisó que en esa noche todos los oficiales estaban embriagados. Los oficiales que denunciaron a su jefe indicaron que no formaron parte de las celebraciones, mientras que los testigos aseguraron que el Comandante estaba sumido en el vicio del alcohol y lideraba las noches de desenfreno con varios de sus hombres de confianza.

Probablemente, Baldeón empleó el consumo de alcohol para generar un espacio de sociabilidad entre sus subordinados, y así infundir el valor y el coraje para ir en búsqueda de los realistas. Como refiere Roger Pita (2013), para el caso neogranadino, consideramos que en el Perú esta práctica era permitida en el Ejército patriota, siempre y cuando no se desencadenaran niveles de agresividad. Sin embargo, en el caso que presentamos el efecto presuntamente esperado no se llegó a dar. La tropa se excedió con la población y su jefe tuvo que acudir a los juzgados militares. Ante el cúmulo de

acusaciones, los jueces resolvieron que Baldeón: “Resarsa los perjuicios a quienes lo haya ocasionado ó lo que fuere del superior agrado del Supremo Gobierno” (CDIP, t.V, vol.3, p.403).

Como hemos visto, los altos mandos de los grupos armados asumieron el ejercicio de la violencia en nombre del Ejército. Amparados bajo el derecho consuetudinario de sus agrupaciones se constituyeron legítimamente como órganos con mayor capacidad de control que funcionaron dentro del naciente Estado. En las guerrillas, la naturaleza de este tipo de poder fue muy difuso, situación que explica la constante tensión entre las competencias de los jefes militares locales (CDIP, t.V, vol.1, pp.348-349, 409-410; CDIP, t.V, vol.2, p.215; CDIP, t.V, vol.3, pp.29, 332; CDIP, t.V, vol.4, pp.168-169, 372-373; CDIP, t.V, vol.5, pp.257-258, 581-582). La red que se estableció no fue jerarquizada en pirámide. Fueron fragmentos unidos con otros por medio de conexiones de colaboración y participación mutuas. El espacio político que construyeron no fue una unidad de acción política permanente, porque esta fue relativa en extensión. El nivel de concentración política dependió de la finalidad que persiguió cada integrante de la red: Se expandió cuando las necesidades de las partes convergieron en una agenda compartida; se contrajo cuando se suspendieron los vínculos debido a diferencias internas, o cuando desapareció el peligro y la obligación de defenderse de los realistas (CDIP, t.V, vol.3, p.130; CDIP, t.V, vol.5, pp.252, 583-584; CDIP, t.V, vol.6, pp.494-495). En resumen, a pesar de estar unidas, las estructuras políticas construidas por las guerrillas mantuvieron su naturaleza localista. Por este motivo, el liderazgo de estos caudillos no estuvo bien desarrollado, porque más allá de sus organizaciones su esfera de influencia personal no fue permanente ni vigorosa (CDIP, t.V, vol.3, p.32; CDIP, t.V, vol.4, pp.55-56, 133).

La sociabilidad de las guerrillas fue el mecanismo característico del proceso político ocurrido en los espacios locales. Dependió de la proximidad que mantuvieron con las otras partes. Los vínculos más fuertes se establecieron cuando hubo una mayor afinidad entre sus miembros, mientras que los nexos endebles generaron un menor acercamiento (CDIP, t.V, vol.2, p.373; CDIP, t.V, vol.5, pp.46, 254). Es por ello que, las experiencias comunes entre los miembros de las guerrillas fueron vistas como elementos que robustecían las relaciones de fraternidad. Por consiguiente, la proporción de las distancias políticas influyeron en los climas de lealtad y obediencia a los caudillos locales. Sin embargo, estas uniones no garantizaron la solución de los conflictos entre

las guerrillas. Los problemas surgieron cuando un guerrillero tuvo que comandar dos o más partidas: La suya y las otras que por diversos motivos se le plegaron. En ese contexto, para conseguir la estabilidad y la permanencia de la guerrilla, el aura del liderazgo personal tuvo que deslocalizarse, hacerse extensiva a las nuevas tropas conformantes. Si las acciones de armas resultaban muy nocivas para la comunidad, se procedía a la disgregación de la guerrilla confederada. Los segmentos recuperaban su autonomía y se reorganizaban las agendas colectivas. No obstante, el destino del líder de la confederación era incierto. Bien pudo regresar a dirigir su tropa inicial o perdía definitivamente su poder. La garantía de su retorno estuvo en función al grado de satisfacción de sus hombres cuando estuvieron adheridos a la unidad mayor (CDIP, t.V, vol.4, p.270; CDIP, t.V, vol.5, pp.297-298). Por consiguiente, la cordialidad entre las guerrillas debe ser entendida como un termostato interno de un motor político autorregulable: La unidad fue más rápida para asuntos externos y la división fue veloz para asuntos internos.

Este carácter variable de la estructura interna de las guerrillas se constituyó en una frontera de los ímpetus normalizadores del ejército regular, que buscaron encausar la contienda bélica hacia una regularización de la lucha, entendida como la preeminencia de un comando militar centralizado y jerarquizado sobre las comunidades locales.

Capítulo 2. Domesticando a las guerrillas en el Perú

Durante la guerra de Independencia, los cuerpos de línea de la Patria no pudieron estar presentes en todos lados. Esta situación permitió que el accionar bélico de las guerrillas estableciera un puente entre los paisanos sueltos y los vecinos establecidos; es decir, integró a todos los ciudadanos en el conflicto. Siguiendo los postulados de Ana Frega (2002), para el caso uruguayo, creemos que durante la guerra independentista peruana las guerrillas dotaron de contenido político a sus demandas sociales. Los conflictos sociales de larga data, basados en reclamos en términos de usos y costumbres tradicionales, establecieron las bases de lucha y negociación entre el Ejecutivo y los pueblos (p.78). Por esta razón, estos contingentes armados fueron vistos por las élites patriotas como agentes disruptivos del orden social que se quería imponer.

Las lógicas corporativas y tradicionales de la sociedad limitaban la implementación de una propuesta de modernidad basada en una regeneración política.⁸ La paradoja que se estableció en el seno del régimen patriótico fue que para crear una comunidad futura se tenía que fraccionar lo que antes estaba unido. En este sentido, la creación de una comunidad política con valores compartidos suponía la desnaturalización de las antiguas jerarquías y los conflictos sociales que provenían de ellas, para volcarlas en un nuevo principio de legitimidad: la soberanía del pueblo. La solución de este contraste estaba puesta en el Ejército. Acompañando las sugerencias de Veronique Hébrard (2002), para la Independencia de Venezuela, estimamos que en el Perú lo militar instituyó las prácticas políticas y los imaginarios políticos y sociales, a través de dos funciones desempeñadas por los hombres en armas: La gestación de una red de valores que erigieron una memoria compartida de “lo nacional” y la adhesión de los ciudadanos en el cuerpo político moderno. Para lograr ello, se debía domesticar los impulsos localistas, y con ello, colocar a las guerrillas en una posición subordinada respecto al gobierno que las empleaba.

En ese orden, este capítulo examina los mecanismos adoptados por los regímenes patrióticos adoptaron para domesticar a las guerrillas, mientras tenía lugar la guerra

⁸ Clément Thibaud (2003) indica que las guerras independentistas posibilitaron el tránsito de la retroversión de la soberanía a una soberanía por delegación. Siguiendo esa lógica, la regeneración política fue entendida como una consecuencia de la revolución y una construcción política que se enfrentó a obstáculos exteriores como las tradiciones, los prejuicios y el miedo a lo nuevo.

independentista. Daremos un repaso por las condiciones que valieron para que el guerrillero se enrolara a las guerrillas, cómo adquiriría conocimientos suficientes para el combate y, cuáles fueron los derroteros por donde el guerrillero terminó siendo conscripto en los cuerpos de línea del ejército patriota.

2.1. El enrolamiento de los guerrilleros.

Desde que el espectro de la guerra de Independencia irrumpió, en el territorio peruano, se hizo necesaria la participación de todos los sectores sociales, para defender los intereses del régimen patriótico. En el artículo 180 de la Constitución de 1823, se sancionó que ningún peruano podía excusarse del servicio militar, según y como fuere llamado por la ley. Las leyes privilegiaron el alistamiento de los solteros que no tengan a su cargo a padres ancianos o viudas, los casados sin hijos, los casados hijos de viudas o padres casados y los estudiantes de una carrera de letras. En cuanto a la complexión física, el enrolado debía gozar de buena salud y no tener alguna discapacidad que impidiera su correcto desplazamiento durante el entrenamiento o el combate.

En Lima y en las principales urbes del Perú, las élites locales, los gremios mercantiles, los pequeños comerciantes y las Municipalidades negociaron la conscripción militar de sus patrocinados a cambio de aportes voluntarios y préstamos forzosos hechos al Ejército patriota (CDIP, t.V, vol.4, p.178; Mazzeo, C., 2011; Mazzeo, C., 2012). En los escenarios rurales, la situación se desenvolvió bajo otras lógicas. Los sectores populares, al no contar con los medios para exentarse del servicio militar, fueron reclutados masiva y forzosamente. Para David Velásquez (2018a), la existencia de esta práctica: “Mostraba la incapacidad administrativa y coercitiva del Estado para exigir el cumplimiento de este deber, respetando procedimientos que protegían las libertades y derechos que afirmaban asegurar las instituciones republicanas” (p.59).

No obstante, la cantera de reclutas no siempre estuvo disponible para los conscriptores. Como sabemos, la plebe rural estaba ocupada mayoritariamente en labores agrícolas. El servicio militar permanente no era la solución idónea a las demandas de subsistencia de los conscriptos y sus familias. Las armas no iban a trabajar los campos, mucho menos producir alimentos para el consumo familiar. En consecuencia, las guerrillas fueron organizadas para ocupar temporalmente a los agricultores en la defensa del territorio en

pugna: Representaban una alternativa adecuada que beneficiaba tanto al régimen que los organizaba como a los sectores plebeyos rurales. Mientras no hubiera la necesidad inmediata de defender el territorio, los guerrilleros podían regresar a sus domicilios y retomar sus actividades cotidianas. De este modo, las sociedades rurales se fueron acostumbrando a prestar de manera discontinua sus servicios militares (CDIP, t.V, vol.4, p.174; CDIP, t.V, vol.6, p.488). La población se resistía a adoptar un estilo de vida que no vaya en sintonía con sus actividades cotidianas.

En las sociedades rurales, a diferencia de la conscripción de línea, que tenía un carácter más compulsivo, los guerrilleros se enrolaron voluntariamente a las guerrillas. Este tipo de decisiones fueron resaltadas por la historiografía tradicional como actos donde primó la sed de venganza. Muchas de las interpretaciones historiográficas tradicionales se apoyan en las descripciones de algunos personajes de la época, como Guillermo Miller:

Los montoneros en el Perú, semejantes a las guerrillas, en la guerra de la península, prestaron incalculables servicios, considerados como una fuerza auxiliar, se componían principalmente, de hombres de cierta respetabilidad, cuyas casas o residencias habían sido arrasadas por el insaciable espíritu de venganza del partido realista, que no pocas veces había reducido á escombros, y á un desierto, sitios donde anteriormente habían existido ciudades y pueblos de no poca consideración. Cada montonero tenía padres, hijos, parientes o vecinos que vengar (Miller, J., 1975, p.95).

Sin embargo, esta investigación plantea que existieron otros móviles que hicieron posible el enrolamiento del guerrillero. Para ello, empleamos las hojas de servicio de quienes lucharon en las guerrillas.

2.1.1. José Antonio Manrique.

En 1825, solicitó al Ministerio de Guerra que sea colocado como oficial del primer batallón N°3 del ejército de línea peruano, ya que hasta ese momento no había sido graduado con un ascenso militar. Tras la Capitulación de Ayacucho (1824), Manrique continuaba siendo Capitán de Guerrillas. Indica que merecía tal dispensación, porque abrazó la causa patriota por muchos años, y desde 1820 que no recibe premio alguno. Parte de su alegato se apoya sobre sus actividades como patriota de carrera (CDIP, t.V, vol.6, pp.322-326).

Sus acciones a favor de la Patria comienzan en La Paz, cuando queda enterado de la Revolución de Mayo (1810). Forma parte de las fuerzas militares que envía la Junta Tuitiva de La Paz, para combatir al ejército del virrey Abascal. Tras la derrota militar de los juntistas, Manrique decide huir al Cusco, donde empieza a cursar estudios de Literatura. Años después, en 1814, se le encuentra luchando a favor de los revolucionarios cusqueños, liderados por los hermanos Angulo y Mateo Pumacahua. Luego de ser domeñadas las fuerzas rebeldes, nuestro personaje huye hacia las alturas de Lima. Transcurrió seis años hasta que se puso en contacto con José de San Martín y con los comandantes de las guerrillas de Huarochirí, tales como Ignacio Ninavilca, Isidoro Villar y Manuel Mesía, personajes que posteriormente remitieron informes al Ministerio de Guerra donde acreditaron el patriotismo de Manrique.

En mérito a su accionar, por haber facilitado las primeras comunicaciones entre San Martín y los guerrilleros de Huarochirí, José Manrique fue nombrado como Capitán Comandante de las Guerrillas y Teniente Gobernador del pueblo de la Huaranga (Huarochirí). Ya como autoridad local empleó su patrimonio para erigir y arreglar una guerrilla. Costeó el sueldo del tambor y adquirió armamento para su unidad. En mérito a ello, San Martín lo nombra como Comandante Accidental de las Partidas de la Huaranga, cargo que ostentó mientras tuvo lugar la guerra de Independencia.

La relevancia de este caso reposa sobre el pedido que hizo Manrique al Ministerio de Guerra y la forma cómo acreditó su patriotismo. Es aquí donde se deja entrever que su voluntad de participar en las guerras ha sido cuestión de mediana data. Podríamos sugerir que una parte de los guerrilleros patriotas de los Andes centrales experimentó, en carne propia, los distintos modos de lucha armada que tuvieron lugar entre 1810 y 1824. Probablemente, su experiencia en el campo de batalla habría sido muy distinta que los guerrilleros que iniciaron sus acciones en 1820. Este tipo de cualidades personales no pudo haber sido omitido por los altos mandos del Ejército. En efecto, la Comisión de Ascensos y Graduaciones del Ministerio de Guerra resolvió expedirle a Manrique el grado de Capitán de Milicias. Con ello, se le incorporó en el escalafón inferior del Ejército. La desestimación del pedido inicial de Manrique, de ser incorporado en la oficialidad de los cuerpos de línea, obedeció a un cálculo político propio de la época: Evitar que las promociones de los grados militares sean copadas mayoritariamente por aquellos que han servido en las guerrillas.

2.1.2. Hilario Castro.

Ubicamos a este personaje en una solicitud que realiza ante el Vicario del Arzobispado de Lima, en 1825 (CDIP, t.V, vol.6, pp.318-322). Requiere que el cura Mariano Sarrio le abone quinientos pesos por el servicio de hospedaje en su vivienda, monto que aún se hallaba impago. La relevancia de este caso radica en los motivos expuestos por Castro para hacer efectivo el cobro de la deuda. Indica que años atrás, producto de sus actividades de patrulla en las guerrillas montadas se hirió el pecho, lo que le impedía caminar con facilidad. El estado ruinoso de su salud le limitaba realizar labores que le permitieran costear su alimentación y la de su esposa, María Natividad Tarazona. Demanda que la paga de la deuda sea efectiva, ya que él es un benemérito de la Patria. Hizo un recuento de sus acciones.

En 1821, cuando ingresan las tropas de San Martín a Huaura, Castro se hallaba como centinela del Hospital de Bellavista. Enterado de esta acción, y sin abandonar su puesto, de manera voluntaria ayudó a liberar a algunos espías patriotas que meses atrás habían sido apresados por las autoridades virreinales. Meses previos a la declaración de Independencia, fue destacado por los patriotas hacia la sierra de Lima. Formó parte de las columnas guerrilleras de Quispe Ninavilca en San Mateo; luego, fue puesto en las filas de las guerrillas de Canta. Luchó contra Mariano Ricafort y posteriormente ayudó a desbaratar las tropas de José Ramón Rodil en Huampaní. Tras esta victoria es destacado nuevamente al Callao para custodiar los castillos. Permaneció ahí hasta la segunda invasión realista, a cargo del general Canterac (1823). Fue en esta campaña donde se hirió el pecho, ya que en plena huida de las huestes realistas se arrojó al suelo sin la cabalgadura de su caballo.

Estando convaleciente se reintegra a las partidas de guerrillas de Portocarrero, y entró a combatir a los enemigos al mando de Raulet. En 1824, en el pueblo de Huamantanga ofició el cargo de talabardero y colaboró en la partida del comandante Suárez. Mientras tanto, su mujer realizaba actividades de espionaje en las alturas de Huaura. Facilitaba el intercambio de las misivas entre el cura Mariano Sarrio (su hospedado) y el general Raúl Estomba. De este modo, ambos esposos estuvieron comprometidos con la causa patriota. Sus acciones estuvieron probadas para poder acceder a una resolución favorable. Finalmente, se confirmó la petición; pero, con una indemnización menor a la que inicialmente se formuló: Solamente se les otorgó 75 pesos. Lejos de la decisión de

los tribunales eclesiásticos, se debe remarcar el ánimo voluntario que envolvió las acciones de Hilario Castro.

2.1.3. El esclavo Francisco Panizo.

El expediente judicial, seguido por Francisco Panizo contra su ama Rosa Ramírez, indica un caso distinto a lo que hemos estado presentando. El nervio de este proceso contencioso fue constituido por el hecho de que si se le debía conceder la libertad a Francisco, o si debía retornar a ser esclavo, ya que había prestado sus servicios en las guerrillas patriotas. En medio del juego de intereses estaban puestas en escenario las leyes promulgadas del 12 de setiembre de 1821 (libertad a los esclavos negros que peleen a favor de la Patria) y la del 19 de noviembre de 1825 (libertad a los esclavos negros que acrediten debidamente su licenciamiento militar de las fuerzas patriotas). El juicio pone en diálogo cuestiones referentes a la libertad de los esclavos, el proyecto republicano y la relación entre el Ejército y las guerrillas.

Por su parte, Rosa Ramírez indica en un escrito, fechado el 22 diciembre de 1831, que cualquier juez no puede decidir sobre el destino de Francisco, su esclavo. Según ella, el dictamen corresponde exclusivamente al Primer Juez de Primera Instancia Militar, quien debe examinar las calidades judicialmente que deben de reunir a fin de que Francisco sea declarado como liberto. Su abogado indica que la ley de 1825 no incluye una concesión de las libertades, ni otros fueros militares a aquellos esclavos que hayan servido en las guerrillas. Alega que el esclavo huyó de la hacienda y se agregó a una guerrilla en calidad de cocinero. Ninguna autoridad le consultó si sus esclavos podían enrolarse a las tropas de la Patria o no. He ahí el meollo del asunto.

Francisco Panizo presentó una serie de documentos que acreditan su participación en la guerra independentista. Para su defensa, se anexaron los informes del sargento mayor Juan Sarrio y los del sargento mayor Nicolás Alcedo. Ambos indicaron que este esclavo sirvió en las partidas de Cayetano Quiroz, cuando este se hallaba en Huaura. Certifican también las acciones militares del solicitante, que participó en las acciones de Huampaní y Lomo Largo (1821). Al respecto, se agregan las declaraciones del cirujano de primera clase, Isidoro Alcedo:

Que conoce al individuo por quien se le pregunta pues el año de 821 lo vio que prestaba servicios en las partidas de guerrillas de que era Comandante Jeneral el Señor Coronel Villar que les es constante asimismo se batío este individuo con seiscientos hombres en Huampaní, que conducía el Jeneral Rodil á la Sierra para despejar ese camino, y que condujesen nieve á esa Capital. Que lo derrotaron á dicho Jeneral con perdida de mucha gente de su fuerza, y la mayor parte de su armamento que en esta partida victoriosa concurrió Francisco Panizo siguiendo en ella hasta la entrada del Excelentísimo Señor Jeneral San Martín (CDIP, t.V, vol.6, p.422).

En mérito de las acciones de Huampaní, San Martín publica un bando el 2 de setiembre de 1821, donde otorga el licenciamiento militar a quienes hayan participado de esta acción heroica de Huampaní. Adicionalmente, se resuelve que a cada participante se le entregará una copia del bando emitido. Esto sería de ayuda a quienes hayan sido esclavos. El documento constituyó, en muchos casos, un argumento de fuerza para quienes ansiaban obtener su libertad. El problema estaba en quienes llegaban a extraviar esta acreditación. No había forma de cómo recuperarlo, a menos de que se pida una copia certificada, visada por el Ministerio de Guerra. Las declaraciones de José María Ugarte, José Antonio de la Banda y Nicolás Piñatelli convergen en señalar que tras las acciones de Huampaní, Francisco fue herido gravemente en la cabeza. Estando convaleciente, en 1823 logró trasladarse a Trujillo, donde finalmente pierde la razón. Los tres testigos señalan que, probablemente en medio de su psicosis, el ex esclavo pudo perder la tan ansiada copia del bando de 1821. Jurídicamente, su suerte estaba echada.

Panizo estuvo hospitalizado en el nosocomio de Belén (Trujillo) hasta el año 1826, donde logra recobrar completamente el sentido. Luego de haberse recuperado, se traslada a Lima. En 1829, lo encontramos sirviendo como criado en la casa del benemérito Juan Pardo de Zela. Es así que entre este año y el inicio del proceso contencioso (1831) que Francisco es perseguido por su ama. A pesar de las recomendaciones de los jueces que llevaban el caso, Rosa nunca desistió en recobrar lo que pensaba que era suyo. Apresó a “su esclavo” y lo confinó a una celda mientras duró el pleito.

El abogado defensor del esclavo, Manuel Benito Suárez, insistió en que Rosa Ramírez ya había sido indemnizada por el Estado, y que el confinamiento de Francisco constituía una infracción muy grave al orden público. Parte de su alegato se sustentó en un escrito

presentado al gobierno de Simón Bolívar por José de Mendiburú, abogado del finado esposo de Rosa: Tomás Panizo. En este se señala que debido al incendio de los cañaverales de su hacienda (Maranga), hecho por las partidas de Marcelino Carreño en el año de 1821, la sustracción de sus 250 esclavos para engrosar las partidas de guerrillas del Callao, el saqueo de su ganado, herramientas y utensilios de su predio, en 1823, además de la ocupación del mismo por las tropas del general Bartolomé Shalom en 1824, el Estado le reconocía una indemnización por 34.310 pesos. Para el abogado Suárez, las argucias de la denunciada no tenían sustento alguno.

Por su parte, el abogado de la parte acusada recusó el pedido del abogado defensor indicando que los jueces no deben interpretar a comodidad las leyes, y que se aplique como tal lo que está expresado en la legislación de ese entonces:

En el año de 1821 publicó un decreto el General San Martín ampliando la libertad á todo esclavo que entrase en combate con el enemigo y se distinguiese por su valor, acreditando su conducta por un certificado de Comandante á cuyas órdenes se hubiese puesto [...] Con este motivo muchos esclavos se acomodaron al indulto, y ausentándose de la ciudad, se retiraron á otros lugares como si estuviesen declarados libres (CDIP, t.V, vol.6, p.436).

El alegato del abogado de Rosa Ramírez fue enriquecido con la cita de una ley promulgada, por el Consejo de Gobierno, el 19 de noviembre de 1825. En ella se interpreta que solo pueden aspirar a la libertad aquellos esclavos que hayan formado parte de los cuerpos de línea patriotas, o quienes se hayan enrolado a éstos hasta el 5 de noviembre de 1824, y que requieran ser dados de baja por invalidez permanente o por haber obtenido una licencia absoluta, firmada por las autoridades marciales competentes. Desde su perspectiva, agrega que los servicios militares de los guerrilleros y los montoneros deben ser considerados como puramente cívicos. No deben servir como excusas para pedir concesiones fuera de lugar.

La primera sentencia del caso fue realizado en 1833 por Prudencio de Zufriátegui (Coronel de Caballería) y por Blas José Alzamora (Auditor General del Ejército). Decidieron conceder la libertad a Francisco Panizo. Certificaron como ciertas las declaraciones de los testigos y respaldaron la posibilidad de que el esclavo haya extraviado involuntariamente la copia del bando de 1821. Por su parte, Rosa Ramírez decide oponerse a la sentencia y traslada el expediente a Segunda Instancia. El caso se

dilata en las instancias judiciales hasta que en 1851, durante el gobierno de José Rufino Echenique, el expediente termina siendo suspendido en Segunda Instancia.

2.2. Aprendiendo a combatir al enemigo.

Como refiere José Luis Igue (2011): “Las guerrillas constituyeron no solamente un aporte numérico; imprimieron de un sello novedoso y particular a la guerra en su conjunto” (p.56). Representaron un cambio cualitativo de motivaciones para hacer la guerra, porque a medida que se incrementaba la participación de las poblaciones civiles en la contienda bélica, el escenario del mismo se circunscribía y se localizaba. Pero, en medida que se erigían las guerrillas en los espacios rurales, se incrementaron las situaciones de violencia social. Algunos viajeros de la época, como Basil Hall, Gilbert Mathison y Robert Proctor, idealizaron la ferocidad con que se presentaban estos civiles ante sus ojos. Describieron con ánimo cómo se vestían, cuáles fueron sus principales acciones, de dónde procedían socialmente y qué hábitos grupales adoptaban. (CDIP, t.XXVII, vol.1, pp.232-233, 240, 279; vol.2, pp.248-249). Someramente, a partir de estas descripciones, uno podría llegar a pensar que el aura de camaradería brutal, que emanaba de los guerrilleros, se inscribió como una forma de convivencia social caracterizada por ser caótica y desordenada. Frente a ello, planteamos que la guerra independentista flexibilizó los modos de vida de los guerrilleros, mas no supuso un desorden. Este constante reacomodo de los espacios vividos influyó en gran medida en la redefinición de las identidades sociales, factor clave para la constitución de una cultura de guerra.

Durante la guerra de Independencia, quienes participaban en las guerras de guerrillas no tenían un límite, ni de sexo ni de edad, para hacerlo. Mientras más lugareños estuvieran familiarizados con este tipo de combate, se podía sostener ampliamente la ofensiva militar. En ese orden, los Andes centrales se convirtieron en la sede de una suerte de “escuela para formar guerrilleros”, donde los más jóvenes fueron adiestrados para el combate. Salir a luchar con la familia fue una “sesión de clase” muy aleccionadora, puesto que a través de la práctica la forma de lucha fue mejor entendida. Dicho de otro modo: Se aprendió haciendo. Al respecto, Robert Proctor nos hace llegar la versión del oficial montonero Casquero, quien rememora su combate contra las tropas del general Ricafort (en Canta, 1821): “Hombres, mujeres y niños, treparon los picos más altos de

las montañas de donde precipitaban piedras y masas de roca sobre los soldados de abajo. En aquellos tiempos (...) no temíamos atacar a las tropas regulares de los españoles” (CDIP, t.XXVII, vol.2, p.313). Como vemos, el combate al enemigo estableció un tipo de convivencia social. En este caso, la sociabilidad del combate permitió crear y reforzar vínculos sutiles al interior del grupo combatiente, mientras que a la par se iban construyendo valores sencillos y jerarquías sociales dentro de la comunidad en lucha, lo que en su conjunto permitió incrementar la influencia de los jefes guerrilleros sobre sus hombres.

Para la época que estudiamos, no se puede hablar de “una identidad guerrillera”. La guerra independentista alentó el despliegue de muchas identidades guerrilleras, que en gran medida se formaban en el mismo campo de batalla. Vistas en conjunto, las guerrillas ofrecían el desarrollo de una amplia gama de habilidades al momento de luchar contra el enemigo. Cada líder guerrillero tenía una forma distinta de luchar. Por ejemplo, el guerrillero Cayetano Quiroz combinó hábilmente sus experiencias de vida con las nuevas formas de combate que exigía la guerra. Su tránsito de bandolero a guerrillero estuvo dictado por cambios en la experiencia cotidiana. Como bandolero, inventa técnicas de combate que responden a su vida cotidiana. Pero el robo no es la guerra. La lucha contra los asaltados en nada se parece con el hecho de enfrentarse a un ejército. Como guerrillero, el acecho a las tropas realistas constituye la base de la emboscada, mientras tiene que desarrollar otro tipo de maniobras militares de caballería para sostener una lucha armada en campo abierto. A esto se suma que cada jefe guerrillero tiene que saber en qué escenario geográfico se está luchando. No es lo mismo luchar en un campo algodonero de Lima que en las frías planicies de Cangallo. En ese sentido, para sobrevivir a la guerra, el estilo de vida del guerrillero se tuvo que flexibilizar, y con ello sus modos de lucha armada.

Esto representó un serio problema para los oficiales del ejército, porque demandó más tiempo de entrenamiento a los recién conscriptos, y más en las unidades de caballería. A diferencia de los gauchos, los llaneros y los morochucos, en los Andes centrales, los lugareños no estaban muy familiarizados con el uso del caballo como herramienta de guerra (CDIP, t.V, vol.2, p.307).

A través de la normalización de las tácticas de guerra se buscó limitar los movimientos de las guerrillas y asimilarlos como integrantes de los cuerpos de línea del Ejército. De

este modo, se les estaría colocando en una posición subordinada respecto al gobierno que las emplea. Para ello, los jefes de las guerrillas se deben convertir en comandantes de los batallones, que adiestran leales del aparato administrativo patriota (CDIP, t.V, vol.2, p.249; CDIP, t.V, vol.6, pp.547, 559). Este cambio debe ir acompañado de un paulatino abandono de los mecanismos de legitimación carismáticos, porque resultan muy inestables en la nueva cadena de mando. El aura de liderazgo debe adquirir otros mecanismos de legitimación que reemplacen las formas violentas y personalistas del jefe guerrillero. En ese sentido, las órdenes del nuevo comandante deben estabilizarse impersonalmente a través de las formas escritas de la reglamentación (Thibaud, C., 2003, p.300; CDIP, t.V, vol.4, pp.191-192): Esta rutina dará cuenta de que el poder del jefe se ha institucionalizado. Por consiguiente, el tránsito de estas formas de dominación hizo posible la manifestación de una interdependencia entre el monopolio de la violencia (del dominio anterior) y el dominio legal (nuevo orden). En este interín vemos que se asentó la mayoría de las personalidades de los caudillos peruanos (Aljovín, C., 2000, pp.261-302), situación que cambió a fines del siglo XIX, con la erección de un Ejército profesionalizado (Velásquez, D., 2013).

2.3. De guerrillero a conscripto.

A finales del siglo XVIII, las milicias virreinales se habían convertido en un espacio de convergencia de los intereses privados de quienes detentaban el poder local, empleando a los propios lugareños para apoyar diligencias judiciales o tributarias, a cambio de la concesión de fueros militares (Carcelén, C. & Maldonado, H., 2013, p.90). El régimen de permanencia de los milicianos en los cuarteles no era continuo. La primacía de las labores agrícolas sobre los entrenamientos militares fue un motivo que no pudo ser desarraigado de los reclutados. A ello se sumó que la Hacienda virreinal había entrado en un periodo de recesión económica, por lo que no pudo costear los gastos que generaban estas unidades armadas, lo que ocasionó la baja de muchas de ellas. Tras iniciarse la guerra independentista, los patriotas tuvieron que reorganizar las milicias, adecuándolas a sus necesidades inmediatas, mientras que estas adoptaban una naturaleza política (CDIP, t.V, vol.1, pp.95-96, 249).

Se nombraron nuevos oficiales para los cuerpos creados, mientras se crearon nuevas divisiones administrativas para facilitarles el trabajo administrativo (CDIP, t.V, vol.1,

p.293). Los privilegiados en este reacomodo de fuerzas fueron los oficiales veteranos, que fueron continuamente destacados de un lugar a otro para instruir a los milicianos, las autoridades locales, que inundaban con papeles el escritorio de San Martín para promover a sus clientelas dentro del escalafón militar, y los conscriptos, quienes podían ser ciudadanos mientras empuñaran las armas contra los realistas. Ante esta situación, los patriotas no podían dejar que los objetivos del reordenamiento miliciano cayeran en inacción y se quedaran en el papel. Para ello, se dictaminó que los entrenamientos de las milicias adoptaran un régimen regular, con reclutas acuartelados, un correcto suministro de armas y municiones y oficiales adecuados para la instrucción militar. Mientras tanto, las guerrillas se encargaron de la custodia de los pueblos y de mantener ocupadas a las tropas enemigas.

A pesar de que el Ejército de San Martín había logrado aumentar sus hombres, y ser numéricamente superior al de Canterac, su disciplina y práctica era muy defectuosa. Las tropas expedicionarias veteranas, que inicialmente se habían acuartelado en Huaura, se redujeron dramáticamente debido a las epidemias generadas por el clima malsano de la costa. No había una preeminencia de tropas disciplinadas que le haga frente a los realistas: Solo se contaba con las guerrillas. Como medida de salvaguarda se procedió a ejecutar la leva en los territorios que ocupaban los patriotas, lo que generó el rechazo de sus habitantes (CDIP, t.V, vol.2, pp.34-35). La proliferación de las guerrillas y montoneras patriotas que Gustavo Vergara (1973) indica para 1821 y 1822 (p.39), se debió al fortalecimiento de las bases de la guerra de guerrillas, debido a que la reorganización miliciano perdió su impulso inicial y los habitantes decidieron plegarse a las guerrillas o formar sus montoneras para obtener recompensas que quizás no lo pudieron obtener inmediatamente estando en las milicias (Rojas, R., 2017, p.89).

De este modo, el régimen patriótico buscó repotenciar el disciplinamiento de las guerrillas y domesticar a los jefes de las montoneras. Durante el Protectorado se envió varios oficiales a las zonas donde operaban las guerrillas, mientras que a la par se hizo una remoción administrativa de las gobernaciones provinciales: El trabajo político debía ser convergente con los planes del Ejército (CDIP, t.V, vol.2, pp.163, 314-315, 437-438). No es casual que en ese año se mandara a reimprimir el manual de instrucción de Felipe de San Juan, cuyos ejemplares formaron parte de los bagajes de los oficiales destacados a los Andes. Según Cristóbal Aljovín (1997), se buscó que los jefes de las guerrillas se insertaran en el mundo escrito para asimilarlos en una esfera de dominio

burocrático, en la que las actividades del escritorio rutinizaran su dominio, alejándolos de los influjos carismáticos que perpetuaban su liderazgo (p.8). Por consiguiente, el régimen patriótico demandó a los jefes de las guerrillas la entrega mensual de Estados de Fuerzas, además del envío por escrito de las instrucciones que adoptaban con sus subalternos (CDIP, t.V, vol.2, p.189; CDIP, t.V, vol.3, pp. 185, 440).

Por otro lado, la normalización del servicio militar, que incorporó exclusivamente a los sectores populares, hizo creer a los patriotas que:

La pérdida de una batalla podría, por un tiempo, lesionar seriamente, si no arruinar, la causa patriota pues el gobierno actual se había hecho tan impopular, que una gran proporción de habitantes, independientes de los decididos realistas, hubiera vivido con placer el retorno de sus antiguos amos (CDIP, t.XXVII, vol.1, p.291).

Por ello, mientras San Martín estuvo en el gobierno evitó comprometer su ejército en una acción formal y se esforzó por armarlos y disciplinarlos. Mientras tanto, los realistas aprovecharon las debilidades de su enemigo para robustecer sus divisiones y proceder a ocupar el valle del Mantaro a finales de 1822. Frente al peligro, el alicaído Ejército patriota dividió sus fuerzas y requirió del auxilio de las guerrillas para obrar en conjunto (CDIP, t.V, vol.3, pp.194, 233-234, 334-335, 342-343). Para ese entonces, el mando militar descansaba en el Legislativo que había entrado en funciones tras la renuncia de San Martín.

A finales de 1822, el Congreso Constituyente decidió enviar a una parte del Ejército patriota hacia el sur del Perú para incursionar desde el puerto de Arica hacia el Alto Perú, mientras que la división del general Arenales operaba conjuntamente con las guerrillas en las alturas de Lima, en caso de que el Ejército realista decida replegarse. Al final, los planes militares no resultaron como se esperaba: La Primera Campaña a Intermedios fue desbaratada y Arenales retrocedió en sus posiciones, porque los realistas recibieron sus refuerzos provenientes del sur del Perú y avanzaron hacia el norte. Frente a este escenario, se caldearon los ánimos de algunos oficiales peruanos del Ejército del Centro, como Andrés de Santa Cruz y Agustín Gamarra, quienes desde la hacienda de Balconcillo desconocieron la autoridad del Legislativo y dieron un golpe de Estado a favor de José de la Riva Agüero.

A pesar de que el gobierno recayó en las manos de Riva Agüero, los nuevos directores bélicos no abandonaron los principios de la guerra aplicados durante la administración de José de San Martín. El plan que se adoptó buscó rodear a los realistas para caerles en el mismo centro de sus fuerzas (CDIP, t.XXVII, vol.2, p.201; CDIP, t.V, vol.4, p.187; Riva Agüero, J., 1824, p.45). Para ello, el Ejército tuvo que reorganizarse: Conseguir nuevas fuentes de financiamiento, crear nuevos batallones, fundar una Academia Militar y recibir inmediatamente la ayuda militar de otros gobiernos, como Colombia y Chile (Anna, T., 2003, p.284; Riva Agüero, J., 1824, pp.17-18).

En el aspecto político, el nuevo gobierno tuvo que reordenar las redes clientelares que se habían tejido, en los entornos rurales, tras iniciarse la guerra de Independencia (CDIP, t.V, vol.4, p.148). Los guerrilleros estaban enterados acerca del cambio de gobierno que había tenido lugar en Lima. El pacto clientelar, con los jefes de las guerrillas, debía hacerse personalmente en el despacho presidencial (CDIP, t.V, vol.4, pp.162-163). Se buscaba repotenciar las fuerzas políticas para coordinar y dirigir la guerra. El entendimiento político con los guerrilleros se lograba, siempre y cuando, el gobierno contaba con los medios necesarios para suministrar de recursos a las guerrillas (CDIP, t.V, vol.4, pp.205, 349; CDIP, t.V, vol.5, p.53; CDIP, t.V, vol.5, p.117). En caso de no hacerse efectiva esta entrega, cuestión que fue permanentemente durante el gobierno de Riva Agüero, se hacía la entrega de medallas de condecoración a las guerrillas y algunos oficiales de la Patria eran ascendidos de rango (CDIP, t.V, vol.4, p.347). Riva Agüero era consciente de que el carisma, la actitud política y los gestos hacia la plebe (representada por las guerrillas) jugarían un rol decisivo para emulsionar las lealtades políticas locales con los proyectos políticos y militares de su régimen. Para él, el Ejército fue entendido como un poder supremo que constituía la base principal de la soberanía e independencia nacional: No podía operar sin el consentimiento del pueblo (Riva Agüero, J., 1824, p.69).

En el aspecto militar, Riva Agüero aplicó los principios de la guerra que había aprendido de los Borbones. Se limitó a crear batallones, uniformarlos y armarlos, más no de dirigirlos personalmente. La ejecución de la guerra recayó en los militares peruanos del sur, como Santa Cruz, Gamarra y La Fuente, que sí estaban familiarizados con dirigir y disciplinar batallones (Sobrevilla, N., 2012, p.267). En ese sentido, la combinación de las experiencias de guerra entre los militares limeños, como Riva Agüero, y los sureños posibilitó que la dirección de la guerra fuera planeada por varias

facciones militares. Este escenario fue resolutivo para que el Libertador ordenara a Sucre a no intervenir directamente en la Campaña que se estaba organizando: Sabía perfectamente que el modo en que estaba constituido el Ejército del Perú no prestaba garantías para ejecutar una campaña en conjunto con sus tropas (Bolívar, S., 1947, t. I, pp.749-754).

El desenlace de la Segunda Campaña a Puertos Intermedios le dio la razón al Libertador. Las divisiones realistas contaron con más efectivos veteranos y un fluido suministro de recursos proveniente de las serranías de Arequipa, Cusco, Puno y La Paz, mientras que las tropas patriotas estaban constituidas por reclutas inexpertos, sin armas, con recursos agotados y un comando que tácticamente no llegó a sintonizar sus desplazamientos. Como era de esperarse, la victoria se inclinó a favor de los realistas, mientras que las tropas patriotas fueron desbaratadas. Además, la derrota militar generó una implosión de las lealtades políticas de los pueblos que estaban a favor del régimen de Riva Agüero. En la sierra central, los preparativos de la campaña estuvieron acompañados de la remoción de los jefes y los oficiales de los batallones y de las guerrillas, lo que generó una serie de conflictos de soberanías (CDIP, t.V, vol.4, pp.68-69, 70-72). El reemplazo de las jefaturas no fue de la mano con la movilización de las clientelas, lo que generó un desbarajuste en los mecanismos de dominación de los líderes militares locales, que produjo a su vez un vacío de poder en las comunidades locales (CDIP, t.V, vol.4, pp.272-275, 285, 355; CDIP, t.V, vol.5, p.74).

Las tambaleantes bases políticas del gobierno de Riva Agüero terminaron de venirse abajo cuando una facción del Congreso, harto de su administración, decidió removerlo y nombrar en su lugar a Bernardo de Tagle como nuevo mandatario (Riva Agüero, J., p.133). A los pocos días entró en vigencia la nueva Constitución, que abolió los títulos nobiliarios que habían sido promovidos durante el régimen sanmartiniano. Sucre, que en ese momento fue nombrado como jefe de los ejércitos combinados, buscó acotar el liderazgo político de Tagle y sus ministros (Sucre, A., 1981, p.135; O'Phelan, S., 2001, p.404). En ese sentido, la Constitución de 1823 fue empleada como un instrumento que legalizó la subordinación del Ejército del Perú al de Colombia, porque a través del lenguaje de la igualdad ciudadana se redujo el liderazgo basado en el honor nobiliario de los principales líderes políticos y militares peruanos de ese entonces. Solo faltaba la llegada del Libertador para cerrar la brecha (Bolívar, S., 1947, t. I, p.780; Riva Agüero, J., p.201, 230).

En ese orden, el gobierno de Tagle, lejos de corregir los desaciertos de su antecesor, se ocupó en aumentar las tensiones entre el Ejecutivo y el Ejército. Hasta su confinamiento voluntario en el Real Felipe (1824), desde el Gobierno, los nobles limeños se resistían a: “Admitir que la necesaria intervención militar llegada desde afuera habría de exigir un grado de subordinación a proyectos que no fuesen los suyos” (Rizo Patrón, P., 2012, p.311). Mientras tanto, Riva Agüero, desde Trujillo, forjó un discurso antibolivariano que logró captar entre sus filas a los principales jefes de las guerrillas como Ignacio Quispe Ninavilca, Marcelino Carreño, José María Guzmán, entre otros (Rivera, R., 1958, pp.77-107; Aljovín, C., 2000, p.239). Probablemente, el cambio de lealtad política de estos guerrilleros respondió a las expectativas de quienes verían reducidas sus posibilidades de mantenerse en las jefaturas de sus guerrillas frente a una inminente regularización de la guerra. No obstante, el Ejército de Riva Agüero no gozaba del orden que prometía a sus seguidores (CDIP, t.V, vol.5, pp.242-244). Poco a poco, sus fuerzas se fueron debilitando, y el carisma del Mariscal llegó a tornarse odiosa hasta el punto de que uno de sus hombres más cercanos decidiera entregarlo en las manos de sus rivales (CDIP, t.V, vol.5, pp.313-314).

Solucionada la disensión de Riva Agüero, al Libertador solamente le quedaba sacar del medio a Tagle y vencer a los realistas. Mientras los colombianos se preparaban para recibir sus ansiados refuerzos, los realistas procedieron a dirigirse hacia la sierra central del Perú. Ante este desplazamiento, los patriotas procedieron a integrar las acciones de las guerrillas y montoneras con las del Ejército regular (CDIP, t.V, vol.5, pp.229-230, 238, 240, 277). El plan defensivo ideado fue a la par con una domesticación silenciosa de los jefes de las unidades irregulares. Por un lado, desde Lima, el Ejército destacó a varios de sus oficiales para que se pongan a la cabeza de las guerrillas y montoneras que requerían ponerse en orden (CDIP, t.V, vol.5, pp.357, 365-366, 398, 401). Por otro lado, para evitar descontentos generalizados, los jefes guerrilleros fueron condecorados por sus servicios o insertados en el escalafón militar (CDIP, t.V, vol.5, pp.605-608, 621-630). De este modo, se facilitó que las labores de patrulla y espionaje fueran compartidas entre los Húsares, los Granaderos y la caballería de las guerrillas (CDIP, t.V, vol.5, pp.355-356), y el suministro de recursos y la protección de los habitantes de los pueblos corrieron a cargo de los destacamentos de la infantería y las montoneras (CDIP, t.V, vol.5, pp.412-413; CDIP, t.V, vol.6, p.156).

En los primeros días del mes de marzo de 1824, las divisiones realistas de los generales Juan Antonio Monet y José Ramón Rodil ocuparon la ciudad de Lima y la plaza del Callao, respectivamente. El Congreso, en medio del caos generalizado, nombra como Dictador a Simón Bolívar para salvaguardar los destinos de la patria. Esta designación dejó sin efecto el mandato del Presidente de la República, quien lejos de pedir ayuda al Libertador huyó a los castillos del Callao en búsqueda de una conciliación con los españoles. Según Basadre, este acto selló un breve periodo de negociaciones realizado entre el Presidente y los realistas, donde se accedió al cese de la guerra a cambio de un cogobierno con el virrey La Serna, que garantizaría el retorno de los privilegios perdidos tras la derogación de las órdenes nobiliarias por los patriotas en 1823 (Basadre, J., 2005, t. I, pp.89-93).

Las cartas estaban puestas sobre la mesa. El Legislativo invistió de poderes amplios al Libertador, tanto en lo político como en lo militar. Esto posibilitó que la dirección de la guerra recayera en un comando centralizado, el cual no dudó en reorganizar inmediatamente el Ejército del Perú con miras a dirimir los faccionalismos que se habían gestado en su interior durante la anarquía de 1823 (CDIP, t.V, vol.5, p.461). En ese orden, los militares peruanos fueron supeditados a las órdenes de los oficiales colombianos, mientras que las guerrillas y montoneras continuaron domesticándose para ser empleadas íntegramente en la próxima campaña a organizarse. En general, se pasó a una colombianización de la guerra (Guerrero, C., 2018, p.175).

La reorganización de las fuerzas militares estuvo acompañada de un cambio en las dirigencias de las tropas. Los oficiales que no llenaban las expectativas de sus superiores fueron colocados como administrativos del Gobierno, y los sediciosos fueron sacados de sus unidades y juzgados en los Consejos de Guerra (CDIP, t.V, vol.5, pp.474-475, 480, 576; CDIP, t.V, vol.6, p.233). El objetivo general del Ejército apuntaba a contar con una oficialidad subordinada y apta para la guerra. Sin embargo, este reacomodo de liderazgos generó una serie de conflictos en las bases del Ejército, que fueron atendidos mientras se ejecutaba la Campaña Final. Los habitantes de los pueblos no sabían a quién o a quiénes obedecer, porque hubo un choque de mandatos entre los antiguos oficiales y los recién promovidos (CDIP, t.V, vol.5, pp.580, 603-604). Las dudas de los locales y los enfrentamientos entre los oficiales se aquietaron cuando los altos mandos del Ejército confirmaron públicamente por escrito sus órdenes dictaminadas.

En el terreno rural, las comunidades indígenas percibieron que se estaban acotando sus soberanías locales. Los beneficios políticos obtenidos en la guerra no impidieron que varios oficiales patriotas llegaran a sus vecindades para dirigir las tropas. Los notables líderes de las guerrillas habían sido incorporados al Ejército, y sus fuerzas fueron refundidas con otras bajo una jurisdicción mayor. Tal como había pasado con los batallones peruanos, los patriotas buscaron desterritorializar el localismo de las guerrillas. Muchas de estas fueron nominadas por números, reemplazando así el lugar de procedencia o el nombre que su antiguo líder le había puesto. Los patriotas buscaron fijar la identidad de las guerrillas en un plano nacional.

De lo anterior, el viajero Robert Proctor narra el sentir de Casquero, un capitán de montoneros que lo acompañaba en su periplo por Canta, en 1824. Se deja al descubierto el impacto de la domesticación de las guerrillas y montoneras en el sentir de sus protagonistas locales:

Mi huésped se achispó con uno o dos vasos de Madeira, resto de mi provisión de viaje y que él parecía preferir aun a la chicha, y me divirtió muchísimo con historietas de las diferentes expediciones en que había entrado contra los españoles. Su mirada centelleaba de placer cuando describía el colmo del entusiasmo despertado en los indios por las buenas disposiciones de San Martín, y entraba en los detalles de la acción en que un cuerpo español en la retirada de Lima, al mando del general Ricafort, fue atacado por los indios en el paso cerca de Canta, cuando el general recibió un pistoletazo en la rodilla y gran parte de su división fue derrotada y prisionera. En esa ocasión, hombres, mujeres y niños, treparon los picos más altos de las montañas de donde precipitaban piedras y masas de roca sobre los soldados de abajo. En aquellos tiempos- decía mi huésped- no temíamos atacar a las tropas regulares de los españoles, aunque éramos indisciplinados; pero ahora que estamos adiestrados, se ha dejado apagar nuestro entusiasmo, y perder mucho de nuestro coraje (CDIP, t.XXVII, vol.2, p.313).

Durante la Campaña Final, el Ejército patriota presentó una serie de inconvenientes con respecto a la recluta de hombres y la obediencia de los jefes de las guerrillas y montoneras que aún no habían sido domesticados. Por un lado, los destacamentos oficiales del Ejército tuvieron que ser más numerosos para llevar a los habitantes que rehusaban a ser conscriptos. En las haciendas de la costa se masificaron las partidas de policía, para dar con los desertores del lugar y remitirlos a los cuarteles más cercanos (CDIP, t.V, vol.5, p.227); mientras que en la sierra, varias partidas de infantería y

caballería del Ejército regular recorrieron los pueblos en busca de reclutas (CDIP, t.V, vol.5, pp.534-536). Asimismo, se intensificaron las penas ejemplares por desertión para infundir temor en aquellos oficiales que permitieran estos actos y en los soldados que pensaban hacerlo (CDIP, t.V, vol.6, p.164). Por otro lado, los jefes de las guerrillas y montoneras, que aún no establecían una relación de subordinación con el Ejército, prefirieron seguir obrando autónomamente (CDIP, t.V, vol.6, p.157). Esta situación evidencia que mientras más alejados se encontraban los jefes irregulares del Ejército sus liderazgos se podían mantener. En consecuencia, los soportes coactivos de la patria solo eran posibles de materializarse bajo la presencia de sus oficiales y por medio de las armas de fuego, no impersonalmente. Como apunta Cristóbal Aljovín (2000), la guerra independentista en el Perú consiguió militarizar y politizar las sociedades locales más no domesticar por completo sus máquinas de guerra errantes y superpuestas (pp.203-206).

Capítulo 3. Guerra de recursos. Perú, 1820-1824

La militarización de las sociedades provinciales generó una modificación lenta de la estructura del poder local y el fortalecimiento del poder militar. Por un lado, las crisis hispánicas generaron la inviabilidad de constituir un sistema coherente de dominación bajo un órgano central. El localismo se fortalecía mientras el poder central se debilitaba. La guerra de Independencia hipersensibilizó la susceptibilidad local frente a lo foráneo, no solo con lo peninsular, sino también con lo que provenía de Lima y las urbes provinciales. En ese sentido, las comunidades locales buscaron contrarrestar el influjo de los centros de poder que amenazaban su tenacidad política. Por otro lado, las necesidades de la guerra condicionaron que el Ejército reconstituyera el poder central que previamente se había descentralizado en los territorios donde operaba. Los regímenes patrióticos, asentados en el poder militar, fueron los herederos de la centralización borbónica y de los vacíos que trajo consigo. Sus redes de integración política no siempre fueron homogéneas y no tuvieron la misma constitución, lo que influyó en la fragilidad de la autoridad republicana. En conclusión, la guerra de Independencia permitió relacionar lo local con lo nacional en un escenario de constante tensión de intereses. Como resultado, se produjo la ruralización de la política en el espacio peruano.

La guerra de recursos consistió en la ejecución de la parte logística de la guerra, con desplazamientos cortos de la tropa, un minucioso cuidado de lo acopiado y un intenso trabajo político con los pobladores locales para conseguir suministros para el Ejército. Esta forma de guerra exigió tener un adecuado control de los suministros a través de una economía de cuartel, en la que se registró a detalle el ingreso y la salida de las provisiones. Como los recursos fueron escasos, nadie podía darse el lujo de excusarse del conteo, o de realizar una doble contabilización, porque se producirían serios problemas de abastecimiento en el Ejército. En este sentido, el escenario descrito fue decisivo para que los mandos patriotas adicionaran un plus a la guerra de guerrillas:

[...] la guerra de recursos y de hostilización es la única que combiene a V.S. y con que verdaderamente podrá destruir a cuantos enemigos se le aproximen con fuerzas veteranas: quitarles los viveres; azechar las partidas ligeras separadas de la masa principal; sorprenderlos sin vestias; hecharse sobre el cargamento, hospital, soldados atrasados; y en fin obrar siempre por sorpresa aprovechándose de las ocasiones en las marchas y campamentos;

no perder las oportunidades de noche; fomentar la desertión, y usar cuantos medios ofrescan los terrenos, el país y todas las circunstancias, con movimientos extraordinarios; y aun dispersándose cuando combenga para volver a reunirse en la retaguardia, o los flancos del enemigo en los puntos a que comboque la gente (CDIP, t.V, vol.1, p.224).

La justificación del capítulo radica en que, historiográficamente, la guerra de recursos se ha analizado en conjunto con la guerra de guerrillas, y no como un espacio particular de convergencias y conflictos entre las comunidades locales y el Ejército. Lo rural permitió descentralizar la guerra y condicionarla profundamente. En ese orden, el objetivo de este capítulo busca analizar la provincialización de la guerra independentista a través del aporte logístico que proporcionaron las sociedades rurales al Ejército patriota: ¿Cómo la disposición de recursos condicionó el modo de guerra ejecutado por los patriotas en el Perú? Así, en primer lugar, la pregunta se dirige a examinar al andamiaje de guerra: ¿Cómo se movilizaron los recursos durante la guerra independentista? En segundo lugar, hacia las condiciones de participación logística de las sociedades provinciales: ¿Cómo y en qué medida los sectores rurales posibilitaron que el Ejército contara con la logística para hacer la guerra? Finalmente, hacia la relación entre la distribución de los recursos y las redes clientelares: ¿Qué tensiones hubo entre los que participaron en la guerra de recursos?

3.1. La movilización de los recursos.

3.1.1. Del Protector a Bernardo de Tagle.

La movilización de los recursos comenzó en 1820, con las primeras expediciones del Ejército de San Martín en las costas del Perú. Silvia Escanilla (2014) indica que la voz de alarma se expandió entre los oficiales del Rey cuando presenciaron que las milicias de la costa central no ofrecieron resistencia alguna al enemigo, que en tiempo récord tomó por asalto a los pueblos de Casma y Huarney. Ante esta situación, las autoridades virreinales establecieron un plan de evacuación que buscó proteger los recursos de la costa central (CDIP, t.V, vol.1, p.75). En su afán por evitar el engrose de las tropas invasoras, los mandos locales del Regimiento Real de Milicias ordenaron la emigración de todos los varones entre 15 y 60 años avecindados en las villas cercanas a la zona de emergencia. Sin embargo, las disposiciones reales no tuvieron eco en los pueblos.

Meses atrás, varios espías comisionados desde Chile lograron convencer a los sectores plebeyos de la población local para que faciliten el desplazamiento de las tropas insurgentes entre la costa del partido de Santa y el Callejón de Huaylas.⁹ Así, el 29 de diciembre de 1820, Bernardo de Monteagudo comunicaba a San Martín sobre la toma exitosa del pueblo de Huaraz por parte del Batallón N°5 del Río de la Plata, el cual hizo jurar la Independencia a sus habitantes, y a su vez, incorporó en su Sala de Armas todo el material bélico dejado por los realistas (CDIP, t.V, vol.1, pp.92-93).

Mientras esto sucedió en el norte de Lima, San Martín y Arenales desembarcaron sin ningún contratiempo en la ensenada de Paracas, y procedieron a marchar hacia Pisco. De modo similar a lo sucedido en el norte, la plebe de la villa de Pisco no se mostró intransigente ante los insurgentes. Tras la declaración de la Independencia en el cabildo de Ica, los Alcaldes de primer y segundo voto decidieron apoyar con unos cuantos suministros al Ejército sanmartiniano (Roca, S., 1866, pp.25-26). Gracias a este tácito acuerdo, los oficiales insurgentes consiguieron hacerse del armamento que los realistas habían dejado en Ica y prosiguieron su marcha hacia el centro del Perú. Esta situación se replicó durante la primera campaña a la sierra central, en la que los indígenas se aprestaron a colocar toda clase de alimentos y bestias de carga en los lugares por donde se desplazó el Ejército de Arenales (Roca, S., 1866, p.28). El clima de algarabía popular, descrita en los *Apuntes* de Segundo Roca, respondió a una clara articulación entre el discurso de los insurgentes y las necesidades de la población indígena. La promesa de la supresión de la contribución indígena, la mita y los servicios de yanaconaje alentaron a los indígenas y sus autoridades locales a desentenderse de las órdenes del gobierno virreinal. Esto demuestra que el respaldo político local al ejército insurgente fue la mejor expresión del cúmulo de intereses que tuvo cada sector social con la guerra. Poco a poco, los poderes locales se fueron vinculando corporativamente con los escalafones clientelares del Ejército (Aljovín, C., 2000, p.204).

Desde la sierra central del Perú, la campaña de Arenales restringió el abastecimiento de armas, alimentos y tropas al Ejército realista acantonado en Lima. Esta tarea fue de la mano con el bloqueo marítimo y el cierre de la red mercantil que llegaba por tierra desde el norte del Perú (Chigne, J., 2013, pp.152-169). Los primeros frutos de la guerra de recursos fueron visibles: El 15 de julio de 1821, el virrey La Serna desocupó Lima y

⁹ Ver la hoja de servicios de Francisco Vidal. Disponible en: CDIP, t.V, vol.6, p.332.

se marchó para la sierra. Esta decisión generó lo que tanto deseaba San Martín, un gran impacto psicológico en la población que trastornara las lealtades políticas hacia los realistas, sin necesidad de emplear las armas. En ese sentido, la declaración de la Independencia en Lima fue producto de un repentino cambio en la opinión pública alentada por una crisis de subsistencias.

Con el internamiento de las tropas realistas en la sierra del Perú y la masificación de las guerrillas patriotas en ese mismo espacio, el teatro de la guerra se provincializó. Lima y las fortificaciones del Callao dejaron de ser el objetivo final de las acciones de los ejércitos contendores. Ello pone en evidencia la transformación que se suscitó en los modos de hacer la guerra en el Perú. Se pasó de una concepción estática y circunscrita de la guerra, como la guerra de fortificaciones, a una forma dinámica y territorialmente extendida como la guerra de movimientos y de sorpresas. Este cambio hizo necesaria la participación del grueso de la población en el abastecimiento de suministros a los ejércitos beligerantes. Los mandos militares comprendieron que la guerra no se podía ejecutar sin un sustrato de recursos. El enemigo debía de ser aniquilado completamente, y para ello, se debían de restringir todos sus medios de subsistencia. En ese orden, la guerra de Independencia en el Perú fue una lucha constante por la captación, concentración y distribución de los recursos.

La disposición de los medios de subsistencia que los ejércitos necesitaban fue de la mano con la capacidad coactiva que estos ejercieron sobre la población. La cercanía de las tropas y su vinculación clientelar con los notables del lugar garantizó el abastecimiento de las armas, los alimentos y los hombres para los ejércitos. La ausencia de estas condiciones disminuía la frecuencia de disposición de estos medios para hacer la guerra. Por lo tanto, la provincialización de la contienda conllevó a la popularización de la misma, puesto que gran parte del aporte logístico que emplearon los ejércitos provino de la contribución de las comunidades locales. A continuación, presentamos tres casos para ilustrar mejor la relación entre la cercanía de las tropas, la politización de las comunidades rurales y la frecuencia de abastecimiento de los recursos.

3.1.1.1. Cercanía de las tropas enemigas. Ica (1821) y Yauyos (1822).

La Campaña de Arenales por la sierra central del Perú generó una considerable escasez de armas y de hombres en los pueblos costeros del sur de Lima. Puesto que el Cuartel General se desplazó a la par con las tropas regulares, las poblaciones que quedaron atrás se encontraron vulnerables ante una asonada realista. En efecto, en el mes de julio de 1821, el coronel realista José Carratalá realizó una expedición sobre estos espacios con el segundo batallón del Imperial Alejandro. Este desplazamiento atendió a la aniquilación de las partidas patriotas que se encontraban operando al sur de Lima, para que el grueso de las tropas realistas no tuviera un frente de ataque que les impida reocupar la capital. Ante esa situación, el teniente coronel Juan Pardo de Zela formó un batallón con seis compañías para hacer frente a los realistas.¹⁰ Los suministros de guerra ascendieron a 2.157 armas y 732 soldados acuartelados. Del total de armas, 14,4% fueron fusiles y tercerolas. De estos, el 9,8% fue empleado por la infantería, mientras que el 5,6% por la caballería.¹¹ Con respecto a las tropas, la proximidad del enemigo posibilitó la movilización armada de aproximadamente el 3,6% de la población iqueña,¹² cantidad relativamente insuficiente que permitiera una lucha equilibrada entre los contendores. Por este motivo, los realistas ocuparon Ica sin contratiempos, mas no llegaron a permanecer dilatadamente en el lugar. El fisco, el comercio y la producción agrícola se hallaban seriamente dañados (CDIP, t.VI, vol.7, p.32). Esto demuestra que, a medida que el escenario de la guerra iba provincializándose, la crisis de subsistencias fue extendiéndose por las comunidades rurales del Perú. El tiempo de permanencia de los ejércitos beligerantes en las zonas rurales fue breve. Ninguno de ellos debía operar sin suministros, y menos aventurarse a batir a las avanzadas de su contendor sin tener los medios para hacerlo. La naturaleza de la guerra de movimientos radica en que se debía obrar con desventaja para hacer un gran daño al enemigo.

A inicios de 1822, los realistas buscaron retomar el control de la sierra central del Perú. Mientras que el general Carratalá realizó una feroz campaña contra los morochucos de Cangallo (CDIP, t.V, vol.1, pp.512-514), una división enviada por el general Canterac incursionó en los altos del partido de Yauyos. Las autoridades locales, al tener noticia del movimiento de los godos, implementaron un cerco de recursos que se extendió desde la cuenca media hasta las zonas bajas del río Cañete. Por esa razón, se requirió de

¹⁰ Ver el cuadro 1.

¹¹ Ver los cuadros 2 y 3.

¹² El censo de 1793 reveló que la población del partido de Ica ascendió a 20.479 almas, de los cuales el 32% fueron indios, 11% españoles, 17% mestizos, 21% pardos libres y 20% esclavos. Datos extraídos de: Unanue, H., 1985, pp.72-76.

más hombres para conseguir la meta trazada. El Vicario del Partido de Yauyos, Nicolás de la Piedra, hizo un llamado a sus feligreses donde les instó a defender su libertad y felicidad a toda costa:

Estáis obligados á sostenerla, y llevarla al cavo, para dár exemplo a los Pueblos vecinos, que vuestra causa es dimanada de la Justicia con que emprendisteis sacudir el yugo del Despotismo en que yacíais sumerjidos tanto tiempo. Si queréis sostenerla, yo os aseguro, que no volverán jamas sobre vosotros esas contribuciones violentas, vajo el nombre de Tributos, ni se os mantendrá en esa ignorancia tan perniosa al conocimiento de vuestra dignidad concedida por la naturaleza, y de vuestros verdaderos intereses: Solo resta que continuéis con el mismo Patriotismo prestándoos a quantos recursos exija la Patria de vosotros para llevar al fin la felisidad de todo el Estado, y que no miréis en Vuestros Gefes como en el tiempo de la tiranía, unos Monstruos que trabajaban en vuestra desgracia: sino, unos verdaderos compatriotas que os aman, y quieren mas vuestra felisidad, que aun vosotros mismos. Pensad día y noche en las tiranías que haveis sufrido, y en el bien a que ahora aspiráis, y entonces os sobran valor, subordinación, y Livialidad (CDIP, t.V, vol.2, pp.80-81)

Como vemos, el discurso del Vicario de Yauyos articulaba en un mismo horizonte de expectativa los destinos de las comunidades locales con los del Estado en ciernes. El aura de la autoridad estatal debía ir en sintonía con la construcción de una imagen heroica, benevolente y benefactora de sus representantes, características que para el Vicario carecían los mandos del Rey. En ese sentido, el bienestar general se garantizaría desde dos frentes. Por un lado, el régimen patriótico emplearía la fuerza de las armas para desligar a la población de cualquier patrón de dominación colonial, razón que debió ser defendida por medio del Ejército a través de la guerra. Por otro lado, las comunidades locales debían hacer efectivas la entrega de sus medios de subsistencia para que el Ejército pueda sostener su voluntad general. Sin ellos, la correlación de fuerzas se inclinaría a favor del enemigo. Para evitar esta última situación, la difusión de estos pedidos de auxilio y su justificación por medio del discurso político facilitó el incremento del número de armados en las partes altas del partido como Huancaya, Tomas, Vilca, Huantán y Huarmicocha, puesto que: “[...] Los pueblos que están retirados en las cavezadas de la costa no vienen a hacer el servicio personal acá.” (CDIP, t.V, vol.2, p.119). Así, durante la expedición del general Canterac por Yauyos,

aproximadamente el 13% de los habitantes del Partido de Yauyos¹³ se movilizó con 2.257 suministros de guerra.¹⁴

Como hemos visto, ambos casos subrayan la necesidad de defensa frente a la escasez de recursos. La cercanía de las tropas del enemigo y la lejanía del cuartel general aliado alentó una rápida intervención de los intermediarios locales y sus tropas en la guerra de recursos. En el caso de Yauyos, esto fue posible gracias a que se activaron las maquinarias discursivas para convencer a los lugareños de la necesidad de defenderse de las fauces del monstruo de la tiranía. Nadie quería perder sus privilegios ganados en la guerra, o incluso sus vidas, ante la asonada de las tropas enemigas, porque era bien conocido que los realistas actuaron violentamente contra quienes eran adictos a la causa patriota. Por ello, los guerrilleros actuaron en nombre de las comunidades locales que defendían, y se hicieron de una serie de exigencias militares que en teoría solo eran permitidos a los oficiales regulares, como concentrar el flujo de suministros que llegaba desde el interior de sus dominios.

3.1.1.2. Cercanía al Cuartel General y el uso de la fuerza (Tarma, 1820)

Durante su tránsito por la sierra central del Perú, el 28 de noviembre de 1820, el general Juan Antonio Álvarez de Arenales convocó a la élite de Tarma a un Cabildo Abierto, para elegir a través del voto a los nuevos dirigentes administrativos y militares de la Patria. Complementariamente, en la parroquia del lugar se organizó un *Te Deum* en el que se juramentó y firmó el Acta de Conformación de la Gobernación de Tarma (CDIP, t.V, vol.1, pp.84-85; CDIP, t.V, vol.1, pp.89-91). Se buscó que la población recreara su identidad política que se apartara de la española; es decir, una regeneración del pueblo basada en una contraposición con Fernando VII. Ante la opinión pública, las autoridades electas se mostraron como los nuevos representantes locales de la voluntad del pueblo. De este modo, en Tarma se pudo generar un binomio, Ejército- pueblo, que orientó las lealtades políticas recién formadas hacia la defensa militar del lugar. A partir

¹³ De acuerdo con el registro poblacional de 1793, el Partido de Yauyos ha contado con 9.562 habitantes de los cuales 8.005 fueron indios, 13 españoles, 93 mestizos, 1.451 pardos libres, y ningún esclavo registrado. Esta población estuvo distribuida en nueve parroquias que conformaron el Partido: Santo Domingo de Yauyos, Santo Domingo de Laraos, San Cristóbal de Huañec, Dulce Nombre de Jesús de Ayaviri, San Gerónimo de Omas, San Ildefonso de Tauripampa, Santa María Magdalena de Pampas, Santiago Apóstol de Viñac y Santiago Apóstol de Chupamarca. Información detallada en: Claudia Guarisco, C., 2011, pp.252-253.

¹⁴ Ver el cuadro 4.

de ese entonces, las decisiones políticas y militares se tomaban desde ahí o desde un lugar políticamente afín a él.

En ese orden, Tarma se erigió como el nuevo centro político- administrativo de la sierra central del Perú. Esto le valió una serie de antagonismos sociales, étnicos y sobre todo antagonismos de carácter local y territorial que tuvo con otras comunidades locales que quedaron supeditadas bajo su influjo, tales como Jauja y Huancayo (Montoya, G., 2014, p.183). A diferencia de otras zonas de la sierra central del Perú, Jauja fue el lugar con mayor densidad poblacional peninsular. A finales del siglo XVIII, en 1792, se registraron 910 españoles frente a una población de 10.000 habitantes. De acuerdo con Carlos Hurtado (2018), en Huancayo había 372 españoles, 1.411 mestizos y 4.688 indígenas. Mito, otro pueblo de gran importancia comercial en el valle del Mantaro, albergó a 106 españoles, 817 mestizos y 1.833 indígenas (p.203). Como vemos, la presencia peninsular en las principales comunidades locales del valle del Mantaro no pasó inadvertida durante la guerra independentista.

En la sierra central del Perú la transición de las élites locales peninsulares, del Virreinato a la República, se estableció de manera problemática. El antiguo centro político no fue más el lugar de la toma de decisiones: La élite de Jauja fue desplazada por la de Tarma. A ello se suma que no hubo un caudillo local, como Bernardo de Tagle en Trujillo, que aglutinó los intereses de las élites peninsulares bajo un mismo proyecto político regional. En este escenario, el poder político se halló demasiado descentralizado. Prueba de ello lo constituyen las juras de Independencia de Huancayo y de Jauja que, según Carlos Hurtado (2018), fueron realizados por los notables del lugar y no por la imposición de una orden militar, tal como sucedió en Huamanga y Tarma (p.208). Puesto que la retroversión de la soberanía real recaía legalmente en los cabildos, los representantes locales de estos espacios decidieron prescindir del patronazgo militar de Arenales, en razón de la realización de sus agendas colectivas. La regeneración de estas comunidades políticas vino acompañada con un distanciamiento del centro político más próximo, Tarma. Esto explica la floja domesticación de las sensibilidades políticas que ejerció el Ejército patriota sobre de los peninsulares del Mantaro, lo que permite situar el carácter volátil de sus lealtades políticas al momento de prestar ayuda u ofrecer resistencia a los realistas.

Las expresiones de estos antagonismos no se hicieron esperar. Durante la guerra de Independencia, las asonadas de los realistas sobre Tarma fueron respaldadas directa o indirectamente por las élites periféricas, quienes aprovecharon estas coyunturas para expresar su disconformidad ante el reciente reposicionamiento del poder político.¹⁵ Estas actitudes colectivas indican que la militarización de las comunidades rurales reposicionó los antiguos centros políticos y movilizó las redes de solidaridades locales en diferentes sentidos, dependiendo del grado de beneficio que les resultara. Por ello, los soportes coactivos del Ejército patriota solo fueron efectivos en los centros administrativos afines a ellos y en los lugares donde sus comisionados estuvieron presentes. Lejos de ellos, se produjo una espontánea militarización, dando lugar a brazos armados microscópicos dirigidos por pequeños señores de la guerra que se desplegaron al margen del Ejército regular.

3.1.1.3. Lejanía del enemigo y del Cuartel General: Los espacios de frontera (Comas, 1822-1823)

A finales del siglo XVIII, las montañas de Comas, Andamarca y Acobamba fueron consideradas como fronteras internas del Virreinato del Perú (Amich, J., 1988). La concepción de estos espacios como marginales no varió durante la guerra independentista. Las redes de suministros de guerra operaron en función de lo que estaba aconteciendo en las principales comunidades locales del valle del Mantaro: Si estas eran ocupadas por el enemigo, las partidas de las montañas se quedaban desabastecidas de cualquier medio que necesitaron, ya para imponer el orden local ya para combatir al enemigo.

En razón de lo señalado, las partidas de guerrillas se erigieron tardíamente en estos lugares, porque: “[...] Los hombres deseaban no ser empleados en el sistema de la independencia” (CDIP, t.V, vol.2, p.297). Esto evidencia que la autoridad del Estado en ciernes caló lentamente en los espacios marginales del territorio patrio. Si los lugareños decidían combatir a los realistas, lo hacían con sus armas domésticas y con sus propios

¹⁵ Estas acciones iban desde el desacato de las órdenes de los mandos militares hasta el apoyo directo a los realistas. Al respecto, ver: CDIP, t.V, vol.3, p.9; CDIP, t.V, vol.3, p.162; CDIP, t.V, vol.3, p.279; CDIP, t.V, vol.3, p.338.

recursos. Esta forma de lucha quedó apuntada en la memoria oral de los comuneros de Comas cuando lucharon contra los chilenos durante la Campaña de la Breña (1883):

Un pueblo manso, que 24 horas ántes, en esta misma plaza atendía y despedía a los chilenos con la mayor resignación y humildad se convirtió en furia. Los chilenos, dijeron, tienen que volver por el único camino que han llevado, el cual pasa por una serie de desfiladeros que se dominan en Comas. Se revivieron las tradiciones de que en las guerras de Independencia, el batallón “S. Fernando” de Carratalá había sido destrozado por galgas en esos mismos despeñaderos. Se asegura que ellos aun existían muchos de los que habían presenciado esos ataques a los españoles [...] La falta de rifles en lo absoluto en el pueblo, donde habían más que escopetas de cazar venados, fue el último aliciente, decían: “no llegarían a 30 los que han insultado al pueblo”; habían arribado pasajeros que afirmaron que de atrás no venía más fuerza. Y se prepararon á la resistencia (Mallon, F., 2003, p.374).

En esta remembranza se destaca la capacidad autogestionaria de la comunidad de Comas, frente a la escasez de armas que impedía una lucha continua contra el enemigo. En algunos casos, ante una incursión enemiga de grandes proporciones, los lugareños atinaban a huir hacia la ceja de selva, dejándoles a libre disposición sus medios de subsistencia (CDIP, t.V, vol.2, p.298; CDIP, t.V, vol.3, p.106); en otros, si la situación se prestaba para una emboscada exitosa, sin un gasto oneroso de los medios para hacer la guerra, se procedía a ejecutar la resistencia. Algo que debe ser anotado es el silencio colectivo que se tuvo con respecto al apoyo del Gobierno a la comunidad local. En ambos episodios recordados, el Estado no aparece como un participante activo en la guerra: Su rol fue más bien invisibilizado, lo que deja entrever el distanciamiento que hubo entre este y las comunidades locales.

Volviendo a la guerra independentista, al igual que otras zonas de la sierra central, el escenario del conflicto se extendió hasta las montañas de Tarma. El entonces Comandante General de las Montañas, José Fernández Prada, manifestó que le resultaba difícil hacer valer sus dictámenes con la población local. El colectivo de Comas receló sobre el accionar de las guerrillas que dependían del régimen patriótico, y se negaron a ser gobernados por una autoridad que proviniese de esa cantera (CDIP, t.V, vol.3, p.6). Los comuneros sabían de los límites coercitivos que el Ejército patriota podía ofrecer en estos espacios: Esta situación permitió la masificación de sus montoneras en las montañas, cuyos mandos aprovecharon que se había generado un escenario abierto de

oportunidades políticas, producto de las tensiones locales, para conseguir materializar sus intereses colectivos (CDIP, t.V, vol.3, p.365).

La falta de un inmediato y surtido volumen de suministros, y la carencia de una férrea disciplina de las guerrillas, fueron los ejes centrales de las desavenencias entre los mandos civiles y los militares de la zona. Los puentes de entendimiento entre ellos dependieron de sus capacidades de gestión de los recursos que cada uno desempeñó en la guerra. Si uno de ellos no daba la talla, su liderazgo era impugnado por la otra parte. Esto sucedió con Manuel Torres, quien no hizo las gestiones pertinentes para abastecer de recursos a las partidas de la montaña. Como resultado, el comandante Fernández decidió no declarar los gastos de sus partidas, aduciendo que el Gobernador: “Debía áber figurado siquiera su Patriotismo en mandar hilar esa menuda lana, y no mis soldados” (CDIP, t.V, vol.4, pp.133-135). En este sentido, el representante militar justificó el desconocimiento de la potestad civil porque esta sacrificó el bien común en pos de sus intereses particulares y egoístas. Apelando a su capacidad como ciudadano, Fernández comprendió su papel protagónico en la guerra: Sabía que tenía la sartén por el mango, porque el escenario bélico estaba dominado por el poder de las armas, el cual excluía de esa condición a los civiles. Ello le permitió impugnar legalmente el poder del Gobernador para poder concentrar en su persona las facultades tanto civiles como militares.

3.1.2. La intervención del Libertador: La Campaña Final (1824)

3.1.2.1. Los preparativos: Estrategias y primeros movimientos del Ejército Libertador.

A mediados de 1823, gracias a una invitación hecha por el Congreso, Simón Bolívar llegó al Perú para reorganizar el curso de la guerra y asestar el golpe final que acabaría con el poderío español en Sudamérica. Sin embargo, el bando patriota se encontró polarizado, con dos gobiernos paralelos que disputaron el control de los destinos del Perú. El Libertador supo que no podía obrar en la guerra si es que su voluntad no llegaba a imponerse legítimamente a las voluntades particulares. Tomando la acepción de Elías Palti (2007), la guerra y el gobierno debían ir en un solo sentido, ya que la identidad que ambos representaron se articuló en función de un doble exceso: Un

exceso de lo social respecto de lo político, pero también de lo político respecto de lo social (p.215). Esta unidad no podía ser posible en un mar político lleno de islotes disidentes, que impidieron consolidar la voluntad general de los pueblos (Bolívar, S., 1947, t. I, p.906). Por consiguiente, se hizo necesaria la instauración de un brazo fuerte que evitara el perecimiento del Estado en los brazos de la anarquía.¹⁶

La toma de los castillos del Callao, en febrero de 1824, fue un hecho decisivo que motivó al Congreso de la República a otorgar la plenitud de los poderes políticos y militares a Simón Bolívar. Este, en calidad de Dictador, se encargó de la dirección de la guerra y la consolidación de la paz, del correcto funcionamiento de las instituciones que velaron por el respeto y la conservación de los derechos del hombre, y el respeto de las bases del bien público y del imperio de la ley, todo esto dentro un marco legal que convirtió al Libertador en una figura paterna que resolviera conflictos y velara por una sociedad en estado revolucionada (Aljovín, C., 2000, p.271). Por esta razón, el Poder Legislativo, en calidad de representante de los pueblos, en aras de la preservación de la libertad, permitió a los militares colombianos que planifiquen y ejecuten la guerra como mejor les pareciera, sin necesidad de consultar sus decisiones con la sociedad civil.

La Campaña Final ejecutada en el Perú fue la graduación del Ejército colombiano tras cinco años de luchas. Esta movilización armada introdujo conceptos como la transformación de los regimientos, la sofisticación de las decisiones del Estado Mayor, el uso de la artillería en el campo de batalla y la complejización del concepto de guerrilla (Bolívar, S., 1947, t. I, pp.842, 845, 911). La guerra de recursos fue el eje que atravesó los distintos conceptos de lucha del Ejército de Bolívar. Las condiciones geográficas, políticas y sociales fueron decisivas para la ejecución de una *pétite guerre* con una minuciosa protección de los medios de subsistencia.

El Libertador supo que esta campaña solo se realizaría por única vez, y no habría otra oportunidad para enmendar los desaciertos militares de su ejército: Era vencer o morir (Bolívar, S., 1947, t. I, p.934). Por ello, la campaña se ejecutó de manera progresiva, escalonada y defensiva. El primero hace referencia al incremento exponencial de todos los medios que sirvieron para el sostenimiento de la guerra, tales como los donativos,

¹⁶ La idea de la “salvación del país” fue rescatada de los escritos de Jean Jacques Rousseau, donde afirma que la dictadura es la excepción de la voluntad general, en la que se hacen callar las leyes y se suspende por un momento la autoridad soberana: La primera intención del pueblo, representado por el Dictador, es que el Estado no perezca. Al respecto, ver a: Rousseau, J., 1966, p.150.

las contribuciones personales, los empréstitos forzosos, las confiscaciones de los bienes eclesiásticos, las levas generalizadas y la multiplicación de los suministros locales de alimentos (CDIP, t.V, vol.5, pp.395-398). La guerra escalonada consistió en el posicionamiento patriota en tres líneas de defensa: Una franja desierta, custodiada por algunas patrullas de guerrilla; la segunda, con las guerrillas y el Ejército regular, que tuvieron una ocupación permanente del lugar, con un celoso cuidado de los recursos; finalmente, el centro de abastecimiento, que fungió como el *heartland* del territorio ocupado por la Patria.¹⁷ Esta distribución permitió una rápida división administrativa en dos comandancias militares: La costera, al mando de Bolívar, y la serrana, con Sucre. Con el transcurso de la campaña, estas instancias se subdividieron en tres, para luego ser unificados en una sola comandancia al mando de Sucre.¹⁸ A lo largo de la movilización, la caballería del Ejército regular y las partidas de caballería de las guerrillas operaron entre los valles costeros, donde aprovecharon la disposición de los pastos que estos territorios ofrecieron; mientras tanto, la infantería, las milicias, las guerrillas de a pie y las montoneras se desplazaron por la sierra central. Por último, la parte defensiva de la guerra estuvo orientada al establecimiento de un cordón militar de seguridad, que fue alternado entre las milicias disciplinadas y las guerrillas montadas, con el fin de acopiar, proteger y retirar los recursos cuando la situación lo amerite, emulando así la táctica de tierra arrasada aplicada por el emperador ruso Alejandro I en las guerras napoleónicas (Bolívar, S., 1947, t. I, p.918).

La movilización de las tropas patriotas y los recursos estuvo en concordancia con el desplazamiento del enemigo, el respaldo político local y el clima. Desde el inicio de la Campaña Final, las líneas defensivas fueron establecidas en las zonas que contaron con sus recursos casi intactos, tales como Trujillo, Cajamarca, Lambayeque y Piura. Como Lima y el centro del Perú había sido ocupado por los realistas, los valles fueron desocupados por el Ejército patriota, el cual se replegó a Trujillo (por el lado de la costa) y Huaraz (por el lado de la sierra). El retiro de las tropas se dio en función a la

¹⁷ Adicionalmente, el Libertador dispuso que los centros de acopio de los recursos estuvieran retirados como mínimo a tres jornadas, aproximadamente treinta leguas a retaguardia de los Cuarteles Generales, ya que según sus cálculos, el enemigo se desplazaba a razón de diez leguas diarias. Al respecto, ver a: Bolívar, S., 1947, t. I, p.894.

¹⁸ De acuerdo con Simón Bolívar (1947), la división tripartita fue establecida a mediados de febrero de 1824. Mientras Sucre fue nombrado como General en Jefe del Ejército Libertador, los representantes marciales se ubicaron en Trujillo (Simón Bolívar), Huamachuco (Jacinto Lara), Cajamarca (José de La Mar) (pp.917-922). El retorno a una sola comandancia se realizó en función a la necesidad de tener concentrado, en un solo lugar, a todas las tropas. Esta decisión se adoptó cuando Sucre se hallaba en las inmediaciones del río Apurímac, presto a ingresar al Cusco (p.998).

necesidad de tener concentradas todas las fuerzas armadas en las líneas defensivas, y así ofrecer al enemigo una respuesta rápida y frontal. Bolívar redujo el Ejército regular a seis escuadrones y tres batallones.¹⁹ La caballería del Ejército regular se ubicó entre Casma y Lambayeque, y la infantería regular entre Huaraz a Pallasca y de Huari a Pallasca. Los territorios que quedaron al sur de la línea comprendida entre Casma y Huari fueron ocupados por las guerrillas montadas, las cuales recibieron las órdenes para distribuirse en tres líneas: La primera, entre Pativilca y Cajatambo; la segunda, de Casma a Paramonga; finalmente, por el lado altoandino, entre Huari y Huánuco (Bolívar, S., 1947, t. I, p.919). Las guerrillas se encargaron de cumplir diversas funciones, tales como el espionaje y la hostilización al enemigo, y el retiro -hacia el norte o a las alturas- de la máxima cantidad posible de hombres, armas, bestias y alimentos que pudieran ser útiles a los realistas (CDIP, t.V, vol.6, p.173). De este modo, el Ejército patriota fue aliviado de las actividades menores que requería la guerra, y pudo dedicarse exclusivamente a disciplinarse.

El plan defensivo de la campaña se adaptó en función a la red de apoyo que recibió el gobierno bolivariano, es decir, que la red local se complementó con una de escala internacional, la cual hizo partícipes a Colombia, Inglaterra, Estados Unidos, México y –en menor medida- Chile.²⁰ Específicamente, los intereses de los colombianos estaban orientados en la guerra que se sostuvo en el Perú, ya que si los realistas vencían al Libertador, ello significaría una retroversión de la libertad que se había sellado en Boyacá. En este sentido, el plan defensivo fue extensivo tanto para el gobierno peruano como el colombiano, quienes tuvieron que actuar como uno solo.

Las tropas de refuerzo que envió el vicepresidente colombiano, Francisco de Paula Santander, provinieron de las cuencas del Magdalena y del Orinoco, y las zonas costeras de Chocó y Margarita. Todos ellos fueron enviados hacia el Istmo de Panamá para ser

¹⁹ Los escuadrones y los batallones estuvieron divididos del siguiente modo: dos escuadrones de Coraceros, un escuadrón al mando de Félix Aldao y el otro por Casto Navajas. El Ejército del Centro, comandado por Otero, se convirtió en el Batallón N°1. Otro batallón fue constituido por los Tiradores de Pardo de Zela, y el último, por la Legión de la Guardia. En total, la tropa ascendió a 2.000 infantes y 1.000 caballos.

²⁰ Con respecto a la intervención de la Santa Alianza en América, Inglaterra se mantuvo muy vigilante. Para ello, financió las campañas libertadoras, tanto de San Martín y Bolívar, y envió armas y tropas a distintos puntos del continente. Por otro lado, Estados Unidos se comprometió con intervenir en América del Sur si es que las potencias europeas decidían finiquitar los movimientos independentistas. México colaboró con el envío de armas, dinero y fragatas de guerra que fueron enviados desde el puerto de San Blas hacia el Callao; y Chile, solamente otorgó su respaldo moral, porque su economía se encontraba roída producto de la crisis política suscitada durante el régimen de Bernardo O'Higgins.

embarcados al Perú. Además, el suministro de recursos fue comprado por el gobierno de Colombia a los comerciantes de Cartagena, Santa Marta y Kingston, porque el sur del país, como Popayán y Pasto aún se encontraba en guerra (Gutiérrez, J., 2012, pp.187-201). Finalmente, las finanzas corrieron por cuenta de las arcas fiscales de Guayaquil y Trujillo, cuyos Intendentes se responsabilizaron del pago de las tropas, tanto nacionales como extranjeras (inglesas en su mayoría).²¹ Sin embargo, la ayuda no siempre fue fluida, porque estuvo cargada de contratiempos, producto de las guerras internas y las desavenencias entre las élites locales y los mandos militares patriotas (Bolívar, S., 1947, t. I, p.928).

En el Perú, el Libertador ordenó una amplia movilización de recursos que permitiera al Ejército internarse por varios meses en las alturas. Indicó que: “Adelante –refiriéndose a las punas y los valles de Oyón, Cajatambo y Huánuco- no hay para dar nada, porque el Ejército de Colombia tiene que sacarlo todo de Trujillo y llevarlo al campo de batalla.” (Bolívar, S., 1947, t. I, p.980).²² Esta orden da cuenta del alicaído sistema productivo con que contaron los pueblos que estuvieron involucrados permanentemente con la guerra. Asimismo, se coordinó la entrega de donativos (en especies), contribuciones, dinero proveniente de las cajas de comunidades, cofradías y el remate de las propiedades del Estado que las autoridades locales, e incluso los curas (CDIP, t.V, vol.5, pp.502-503), hicieron efectivos al Ejército para financiar la adquisición de armas, municiones y pertrechos de guerra y la compra de los alimentos que hicieron falta, tanto para los hombres como las bestias de la tropa. Si bien el Estado consiguió recolectar en Trujillo un neto aproximado de 300.000 pesos, esta cantidad solamente estuvo presupuestada para que el Ejército se sostuviera entre cuatro y cinco meses.²³ En ese

²¹ Bolívar indica que los soldados ingleses de última clase cobraron mensualmente entre dieciocho a veinte pesos de plata, mientras que a los peruanos y colombianos se les retribuyó con la quinta parte del monto pagado a los extranjeros. Esta diferencia no pudo ser ajustada porque el erario nacional se encontraba en bancarrota.

²² La misma temática puede seguirse en la carta 775. El objetivo fue: “Limpiar a Trujillo de todo lo que pertenece al estado, porque, debiéndose alejar mucho el ejército, no debemos tener ni los fondos pecuniario ni las maestranzas a ciento cincuenta o doscientas leguas, todo expuesto a mil vicisitudes” (Bolívar, S., 1947, t. I, p.959).

²³ Los ingresos que percibió el Estado estuvo conformado de la siguiente manera: Huamachuco (30.000 pesos), Piura (20.000), Pataz (20.000), Lambayeque y Cajamarca (100.000), donativos hechos por las parroquias del departamento de Trujillo (200.000) y la contribución general de los pueblos (50.000 pesos mensuales). Del conjunto, el Libertador calculó un egreso aproximado, por gastos corrientes, de 100.000 pesos, y un margen de contribuciones no cobradas de 40.000 pesos, lo cual resultó en 280.000 pesos más la venta por remate de las propiedades del Estado y la entrega de diversos donativos en dinero de las comunidades, cifras que no se precisan en la comunicación del Libertador, pero que probablemente haya sido 20.000 pesos, para que la cuenta diera como resultante 300.000 pesos. Al respecto, ver a: Bolívar, S., 1947, t. I, p.942.

orden, la demanda de recursos permaneció constante, y se agudizó cuando llegaron los refuerzos colombianos al territorio peruano. El espectro del desorden en las filas del Ejército patriota nuevamente asomaba su cara, ya que se incrementó el número de soldados frente al alicaído aparato fiscal del gobierno peruano, que no llegó a cubrir íntegramente la paga a los oficiales y a los soldados rasos. Se albergó la esperanza de un cambio en la correlación de las fuerzas que fuera favorable a la Patria para finiquitar la guerra independentista en Sudamérica.

En abril de 1824, el Libertador quedó enterado de la revolución de Pedro de Olañeta, quien al distanciarse del mando de La Serna puso en jaque a las fuerzas realistas apostadas entre Huamanga y el Alto Perú, ya que el Virrey se encontró en medio de dos frentes de guerra (Bolívar, S., 1947, t. I, p.946). El rápido desplazamiento del general Valdés fue en consonancia con la necesidad de zurcir las costuras del roído estado virreinal, ya que su ejército se escindió, y con ello se cortó el suministro de los recursos provenientes de las alturas de Puno, La Paz y los valles de Cochabamba y Oruro (CDIP, t.V, vol.5, pp.490, 494). Los mandos del Rey comprendieron que ir a pelear hacia el norte, contra los patriotas, significaría la aniquilación definitiva del último bastión realista en Sudamérica, ya que los colombianos habían recibido sus tan ansiados refuerzos provenientes de Guayaquil y Panamá. Mientras tanto, estuvieron enterados de las tretas de Bolívar, que buscó convencer a Olañeta para que se plegara a favor del régimen patriótico. Por un lado, el Libertador saludó la decisión del disidente y le indicó que ambos compartían la idea de que La Serna y sus seguidores era una facción desenfrenada, parricida y opresiva que evitó, durante esos tres años (1821-1824), que los pueblos y sus autoridades abracen la causa de los derechos de la humanidad doliente, la cual la Patria defendía fervientemente por medio de las armas (Bolívar, S., 1947, t. I, p.990).

Otro punto de convergencia diplomática, entablada entre Bolívar y Olañeta, fue constituida por la aversión por la reinstauración de la Constitución de Cádiz en 1820. El Libertador alegó a Olañeta que la reinstauración del sistema gaditano representó un: “Gobierno popular con un rey, que ocasionaría un choque perpetuo en un conflicto doloroso e interminable.” (Bolívar, S., 1947, t. I, p.971). Señaló que el hecho de que el gobierno español se hubiera autoidentificado como representativo y liberal, no significó que este velara por la libertad de los americanos: De todos modos se daría la continuidad de la sujeción de las voluntades de quienes se consideraban como sus fieles

ciudadanos. La libertad no debía reposar sobre un calor despótico, como tampoco en un clima anárquico, propio de las pasiones de los disidentes. En general, estos puntos fueron las venas expositivas que Bolívar expuso a Olañeta para que no se entregue al lecho de sus pasiones particulares. Sin embargo, estas comunicaciones no fueron contestadas, y la disidencia siguió su curso, como un claro indicio que la Patria, luego de aniquilar al Ejército de La Serna, tendría que hacer lo mismo con este detractor. Esta situación alentó a los mandos del Ejército Libertador a salir de su acantonamiento en Trujillo y Huaylas y desplegarse por las alturas de Tarma y Huánuco (CDIP, t.V, vol.5, p.547). Paralelamente, las partidas de guerrillas ampliaron su radio de acción, impulsándose hacia las haciendas cercanas a Lima, como Lurín y Aznapuquio. Estas acciones estuvieron acompañadas por un bloqueo portuario hecho al Callao, lo cual mermó todo intento de recuperación realista de la capital. El objetivo estaba trazado, a lo largo de la campaña los patriotas se desplegaron en varias líneas defensivas, que en esta oportunidad se ampliaron desde Huaylas a Lima, Cajatambo a Yauyos (longitudinalmente) y de la costa central hacia las alturas, en el sector comprendido entre Trujillo, Ica, Yauyos, Huarochirí, Cajatambo, Pasco, Huánuco, Huaraz y Huamachuco.

Para facilitar el desplazamiento de las tropas patriotas, el Libertador dispuso la división de su ejército en dos partes, el Ejército del Norte (a su mando) y del Sur (dirigido por el general Sucre).²⁴ Cada división presentó características particulares según la necesidad del Ejército en conjunto. La división norteña estuvo ubicada en la franja costera del Perú para que impulse y asegure las redes de abastecimiento de recursos, de modo que los pueblos de las alturas de Huaylas y Huánuco asistan a la otra parte del Ejército que se encontraba desplazándose (Bolívar, S., 1947, t. I, p.981). La función del Ejército sureño estuvo dirigida a la contención del enemigo y su posterior aniquilación. Representó la fuerza de choque que se batiría contra los realistas. Cabe acotar que, Bolívar se mostró reacio ante un posible retroceso del ejército sureño, con posibilidad de repliegue hacia la costa. Fue enfático en ello con Sucre: “Nuestras zonas de operaciones están marcadas en las cimas de las cordilleras [...] Si Vd. se viene a nuestro

²⁴ El Ejército del Norte estuvo conformado por los reclutas peruanos y las divisiones colombianas de la costa del Caribe y del Pacífico. En cambio, el Ejército del sur estuvo integrado en su mayoría por veteranos colombianos que provinieron de la cuenca del Magdalena, los bosques del Chocó y las alturas de Quito, Cundinamarca y Bogotá.

ejército del Perú, adiós Unión, adiós Patria.” (Bolívar, S., 1947, t. I, p.991).²⁵ En conclusión, ambos cuerpos, si bien operaron en diferentes espacios y tuvieron diferentes funciones, ejecutaron de manera conjunta la guerra de recursos. El Libertador no podía aventurarse a buscar al enemigo si es que sus tropas no estaban correctamente abastecidas.

3.1.2.2. El desplazamiento del Ejército patriota por Huánuco, Pasco y las alturas de Junín.

Durante la Campaña Final, el Ejército de Bolívar movilizó gran cierta cantidad de suministros por los Andes centrales. En los dos primeros meses de operación, el desplazamiento de sus tropas estuvo en sintonía con lo que se había acopiado en Trujillo y en las alturas de Huaylas y Cajatambo (Bolívar, S., 1947, t. I, p.950). En ese entonces, la prioridad principal estuvo orientada a la conservación de la caballería y sus bestias de carga, ya que sin los medios de transporte se dificultaría el rápido traslado de las armas, pertrechos y alimentos por las serranías.²⁶ Sin embargo, los problemas no demoraron en suscitarse. Por un lado, hubo un déficit de clavos y herraduras de calidad, por lo que las bestias llegaron a su destino muy maltratadas, e incluso, muchas de ellas no soportaron el trayecto y perecieron (Bolívar, S., 1947, t. I, p.956).²⁷ De otro lado, la espera de los instrumentos de herranza ocasionó que la caballería se quedara varada por muchos días. Esta situación produjo que los campos de alfalfa y cebada de los pueblos se quedaran prácticamente depredados.

Ante esta situación, el Libertador tuvo que implementar un plan de contingencia para racionar los recursos y no consumirlos (CDIP, t.V, vol.5, p.618; CDIP, t.V, vol.6, pp.7-8). Lo que menos se quería era que el enemigo los encontrara desabastecidos y sin fuerza alguna para sostener la defensa militar. Por lo tanto, se ordenó que las bestias fueran depositadas en galpones, mientras que los alimentos de su consumo fueron cambiados por las hojas del maíz cultivado, las cuales debían estar almacenadas en las despensas hasta que se terminen, de modo que se podría medir la cantidad de ingesta de

²⁵ La misma idea se enfatiza en la carta 814: Bolívar, S., 1947, t. I, p. 1010.

²⁶ Las brigadas del ejército regular y las guerrillas montadas se encargaron de custodiar los bagajes.

²⁷ La misma naturaleza de la comunicación se aprecia en la carta 777, entre Simón Bolívar y el mariscal José de La Mar: Bolívar, S., 1947, t. I, pp. 964-965. Los clavos que se enviaban desde Guayaquil y Cajamarca eran de pésima calidad, no soportaban la percusión y sus cabezas se doblaban con facilidad, motivo por el cual no se fijaban bien a la herradura, perdiéndose estos objetos en los caminos.

estos seres hasta que los campos nuevamente produzcan pastos.²⁸ De este modo, y con las dificultades del medio, se iba adoptando un trato diferente a los medios de subsistencia del Ejército patriota. En las alturas no debían consumirse todos los suministros, porque las comunidades indígenas de estos lugares no poseían una gran diversificación productiva que permitiera sostener por meses al Ejército patriota. Se evidenciaron los límites de la táctica rusa aplicada a los Andes (tierra arrasada) y se optó por una variante de esta, basada en el acopio de los recursos a través de un sistema de postas, de modo que cada pueblo –en la medida de sus posibilidades- pudo asistir al Ejército con todo lo que disponía: Hombres, alimentos o bestias de carga y para el consumo de sus carnes.²⁹

El plan de racionamiento de los recursos estuvo dirigido no solo al tipo de alimentación de las bestias sino también al de los hombres, tanto del Ejército regular como de las guerrillas. En el desayuno, cada hombre consumió como máximo unas seis galletas de trigo y un mate de hierbas del lugar, o en su defecto, este líquido y un pan abizcochado. Al mediodía, las vísceras de los animales sacrificados, las verduras y las raíces formaban parte de la sopa, mientras que un pedazo de carne de vaca o cordero y tres libras de papa constituyeron el plato de fondo. Dependiendo del stock disponible, la premura del desplazamiento diario y la conformación étnica de la unidad armada, entre comidas podían darse unas tres galletas, hojas de coca, maíz tostado (cancha), aguardiente (de acuerdo al temperamento del lugar) o tabaco (CDIP, t.V, vol.6, p.27).

El consumo de carnes fue diferente en las divisiones armadas: Los hombres del ejército regular se alimentaron –de preferencia- del ganado vacuno y las guerrillas lo hicieron con los carneros. Esta división respondió a criterios prácticos. La alimentación estuvo en función de las actividades que desempeñó cada uno de los brazos armados del Ejército. Por ejemplo, las guerrillas de a pie requerían de una gran fuente energética para soportar las constantes marchas y repliegues de sus unidades en las punas, demanda biológica que era satisfecha con el consumo de carnero y otros insumos que compensaban el cansancio. Del mismo modo, las unidades de caballería del Ejército regular fueron las que demandaron una mayor y mejor alimentación, ya que el

²⁸ Adicionalmente, los pastos cegados fueron sumergidos en cubetas con agua para evitar que sus hojas se sequen, de modo que se incrementó el número de días de acopio de este recurso.

²⁹ Con respecto a la entrega de ganado, Sucre ordenó que sea preferentemente reses grandes y gordas, mas no embarazadas, ya que el ejército no disponía de pastos suficientes para mejorar la calidad de la carne que se iba a consumir. Al respecto, ver: CDIP, t.V, vol.6, p.16.

movimiento de estas unidades se realizó alternadamente, con un día en actividad y otro en descanso (CDIP, t.V, vol.6, p.219). Por lo tanto, señalamos que en los días con mayor actividad, debido a la premura de la campaña, se consumió menos alimentos, y los días con desplazamientos pausados se aprovecharon para incrementar el número de raciones de rancho y mejorar la calidad de consumo de alimentos. De esta manera se pudo establecer una suerte de “equilibrio alimenticio” durante la guerra, la cual se basó en una compensación energética y proteica en los días de descanso para consumirlos posteriormente durante las marchas y en las posibles escaramuzas con las avanzadas del enemigo.

Con respecto a la ruta de desplazamiento del Ejército, el Libertador reparó en examinar tres aspectos clave: Primero, la calidad de opinión de los pueblos, ya que sin el apoyo local hubiese sido impensable el abastecimiento de suministros; segundo, la disponibilidad de los recursos locales, porque cada pueblo de tránsito ofreció diferenciadamente sus productos a las tropas³⁰; finalmente, el clima y la geografía del lugar, que fueron los elementos que condicionaron directamente el tiempo y el ritmo de marcha del Ejército.³¹ De manera conjunta, estas cuestiones plantearon una serie de problemas, como la forma de abastecimiento, el modo de acopio, la morbilidad y el establecimiento de los puntos de descanso de la tropa, las cuales motivaron a la división del contingente patriota en varias porciones. El Estado Mayor del Ejército patriota supo que no se podía cruzar los Andes colocando una sola fuerza y en líneas rectas, ya que la geografía del lugar era muy accidentada y pudo ser un escenario propicio para una emboscada realista con un corto número de hombres. Por ello, se resolvió el despliegue diseminado en varias columnas armadas, al mismo estilo que cuando San Martín realizó el Paso de los Andes, desde Mendoza a Santiago; aunque en ese momento, el cruce se dio hacia otra cadena montañosa, los Andes Centrales, por lo que los colombianos obraron con el mayor sigilo posible.

En primer orden, se seccionaron y diseminaron las divisiones de infantería y caballería, tanto del Ejército regular como las guerrillas, entre los pueblos de Baños y Rancas, evitando así entrecruzarse en un solo pueblo, ya que Sucre había enviado circulares a los gobernadores de los pueblos de tránsito para que contribuyan, acopien y puedan

³⁰ Ver los cuadros 5 y 6.

³¹ El itinerario establecido en julio de 1824 fue el siguiente: Entre el 15 y 20 julio el Ejército patriota debía marchar de Rancas a Pasco, y del 20 al 25, de Pasco a Reyes.

trasladar de un punto a otro –de su jurisdicción administrativa- una cantidad fija de alimentos y bestias.³² En segundo orden, se dispuso que los excedentes productivos y las bestias de carga fueran remitidos a los lugares donde la demanda de estos era intermitente. De este modo, el auxilio entre las divisiones en marcha debía permanecer constante. En tercer orden, las autoridades locales de los pueblos, como los Alcaldes y los Gobernadores, fueron exhortadas para que trabajen en conjunto y así garantizar la entrega de las raciones de comida a las divisiones que llegaban a acampar en diferentes puntos de sus jurisdicciones. De acuerdo con su especialización productiva, cada localidad aportó con lo que más produjo. Por ejemplo, los pueblos de Pasco, Ninacaca y Carhuamayo, zonas ganaderas por excelencia, se responsabilizaron de las doce mil raciones de rancho que debían ser entregadas al Ejército; mientras que, Chaupihuaranga y Chavín de Huariaca, lugares donde se cultivaron el trigo y el maíz, se encargaron de elaborar doce mil raciones de galleta, que fueron distribuidas en raciones de doce onzas por soldado.

Ante el avance patriota por Huánuco y Pasco en las últimas semanas del mes de julio de 1824, los realistas retrocedieron en sus posiciones en el valle del Mantaro, hacia Huancayo. Esta situación motivó a los patriotas a decidir abrir el cordón de recursos hacia el suroeste de sus posiciones, incorporando así a los partidos de Huarochirí y Canta en su red defensiva. El Libertador supo de las ventajas que trajo este cerco al enemigo. Por un lado, tanto el ejército regular como las guerrillas de la sierra ejercieron una fuerte presión por el norte. De otro lado, un acotado número tropas regulares –que provinieron de Trujillo y Pataz- y las guerrillas de la costa presionaron por el lado oeste de las posiciones realistas, entre las cordilleras de Huayhuash y La Viuda. Vistos de manera conjunta, los patriotas buscaron dejar sin rutas de escape a los realistas, confinándolos a las alturas. Para ese entonces, la plaza del Callao, Lima y sus alrededores, fueron asediados por las patrullas de guerrillas de Francisco Vidal e Ignacio Quispe Ninavilca, quienes recibieron a las tropas de Rafael Urdaneta, e iniciaron una acción en conjunto que les permitió reducir el *hinterland* español entre Lima y el primer puerto (Rodil, J., 1955, p.174; CDIP, t.V, vol.6, pp.72-73). Tras la batalla de Junín, librada el 06 de agosto de 1824, los comandantes del Ejército realista al

³² En el ítem ocho de la circular a los gobernadores, Sucre precisó que el transporte de los recursos debe ser realizada por los paisanos del lugar y no por las partidas de guerrillas, ya que se buscó optimizar el tiempo de operaciones de estos en el espionaje al enemigo. El Ejército designó al Comisario de Guerra como el encargado directo de la custodia de las bestias de carga y del depósito local de suministros. Al respecto, ver: CDIP, t.V, vol.6, pp. 15-17.

ver que aproximadamente 8.308 patriotas venían para prenderlos decidieron replegarse hacia el Cusco.³³

3.1.2.3. Hacia Cusco, el repliegue y la decisión final en Quinua.

Entre 1821 y 1824, Cusco fue el *heartland* del Ejército del Rey. Los representantes locales vieron con beneplácito el traslado de la sede virreinal a la antigua capital de los Incas, porque aperturaría un nuevo ciclo de oportunidades políticas y económicas que superarían el ruinoso estado en el que se encontraba el Cusco. Del lado político, la guerra permitiría un reacomodo en la cadena de mando de las autoridades que estuvieron directamente comprometidas con el virrey La Serna. Por el lado económico, la promesa de la recuperación del alicaído sistema productivo alentó a los comerciantes cusqueños a satisfacer las exigencias del Ejército realista. Ambas situaciones fueron los garantes de una *pax virreinal* que se inauguró con la llegada del Virrey al Cusco. De este modo ocurriría un reforzamiento del control autoritario sobre las comunidades rurales, lo cual no tuvo resistencias significativas que pudieran aglutinarse en un gran movimiento de masas. Al respecto, Charles Walker (1999) indica que la mejora de la capacidad represiva del estado colonial en el Cusco, sumado con el quiebre de los puentes políticos que vincularon a los criollos con las élites indígenas y la conformación múltiple de las bases sociales del poder local, explican la ausencia de un grupo efectivo que pudiera movilizar a la sociedad rural a gran escala, tal como sucedió en 1781 con Túpac Amaru II (pp.150-155).

Sin embargo, la capacidad coercitiva del estado virreinal no pudo perdurar en este espacio, pues la guerra terminó por eclipsar su debilitada economía. El superávit fiscal de la Caja Real del Cusco (1822: 40,747 pesos) osciló hacia un déficit fiscal (1823: 64,840 pesos) (Peralta, V., 1991, pp.31-36; Santa Cruz, E., 1823). El rendimiento decreciente fue producto de la excesiva manipulación de los soportes de la capitación étnica y del incremento de las levas en las comunidades indígenas. Por un lado, la ampliación de la base tributaria resquebrajó el sistema de solidaridades políticas que ofrecieron los criollos y mestizos al Virrey, ya que estos sectores no contribuían pecuniariamente hasta antes de 1823. La introducción del cupo extraordinario impactó contra los intereses particulares de estos grupos, ya que como hacendados, obrajeros o

³³ Ver el cuadro 7.

comerciantes, vieron que este nuevo desembolso de dinero contraería mucho más la producción local, la cual ya estaba sumida en una depresión económica.³⁴ De otro lado, las constantes levass redujeron la cantidad de población indígena tributaria, y con ello, los flujos de tributos que se enviaban al Cusco, agudizando así la falta de ingresos para mantener al Ejército.³⁵ En conclusión, el refuerzo del control autoritario en el Cusco generó la implosión de las fuentes de financiamiento y de los mecanismos de coerción efectiva del Ejército realista. Esto se hizo patente cuando la élite y la población rural cusqueña se plegaron rápidamente al nuevo escenario político ofrecido por los intermedios republicanos, quienes no dudaron en reestablecer y preservar los antiguos sistemas impositivos, como fue el caso del tributo indígena (Walker, C., 1999, pp.195-234; Peralta, V., 2016, p.180).

Las fracturas del *heartland* del Ejército realista pusieron en sobre aviso a los patriotas. El Libertador, tras la victoria de Junín, continuó con la masiva movilización de recursos, con el mismo estilo que se aplicó durante el mes de julio de 1824 (CDIP, t.V, vol.6, pp.46-47). No obstante, reparamos en señalar que entre Sapallanga y Huamanga, espacio comprendido por ciento cincuenta kilómetros, el Ejército patriota no tuvo la necesidad de diseminarse por las alturas, ya que el general realista Canterac recibió la orden de replegarse inmediatamente con sus tropas hacia el Cusco. Cuando llegaron las tropas patriotas a Huamanga, Sucre implementó un nuevo cordón de recursos, que comprendió desde el puente de Mayocc (Huanta) hasta el puente del río Apurímac. El Cuartel General fue protegido y suministrado por los pueblos adyacentes a este, tales como Huanta (por el norte) y Cangallo (por el sur), ya que solamente contaron con la disposición de los recursos de estos lugares, porque: “[...] las que trahemos de atrás no nos podrán alcanzar” (CDIP, t.V, vol.6, p.51). En ese orden, los límites del espacio protegido se establecieron en función a la naturaleza de los ríos serranos en época de lluvias, porque resultó imposible atravesarlos sin tender un puente o una oroya implementada artesanalmente (CDIP, t.V, vol.6, p.78). Por esta razón, en casos de emergencia, como por ejemplo el repliegue de las tropas patriotas, se ordenó el corte de los puentes tendidos a lo largo de las riberas de los ríos Apurímac y Mantaro. Así se evitó que el enemigo se desplace rápidamente durante el contraataque, y retome el

³⁴ Al respecto, Charles Walker (1999) señala lo siguiente: “Los comerciantes del Cusco ‘donaron’ más de veinte mil pesos, pero exigieron que este pago los exonerara de la alcabala. No está claro si algo de este dinero fue devuelto, o que tipo de favores recibieron los donantes por parte del Estado colonial” (p.149).

³⁵ Ver el gráfico N°1.

control de las redes de suministros que habían perdido tras su salida al Cusco (CDIP, t.V, vol.6, pp. 62, 71, 94).

Mientras que Andrés de Santa Cruz fue designado como jefe interino del Cuartel General de Huamanga, el Ejército patriota se desplazó hacia el sudeste. El Estado Mayor planificó la manera de desalojar las avanzadas realistas al otro lado del Apurímac, para situarse entre los pueblos de Abancay y Andahuaylas, a 150 kilómetros del centro de operaciones del Virrey (CDIP, t.V, vol.6, p.41). Para ello, se realizó una serie de desplazamientos tácticos que buscaron rodear la vanguardia y la retaguardia del enemigo (CDIP, t.V, vol.6, pp.55-56). En primer lugar, el Ejército regular marchó en dos columnas divididas. La primera división reconoció el río Pampas, y la segunda se desplazó entre las alturas de los partidos de Cangallo y Vilcashuamán para asegurar el paso por el río Apurímac. Durante las operaciones de reconocimiento del Ejército, los pueblos del sur de la intendencia de Huamanga estuvieron comprometidos con la alimentación de las tropas y las bestias de carga. Sin embargo, el acopio no fue constante. Los mandos locales tuvieron complicaciones para poder cumplir con los designios de Sucre. Argumentaron que los realistas, en su repliegue al Cusco, extrajeron todos los recursos disponibles de los pueblos por donde transitaban, razón por la cual hubo una disparidad en la contribución entre pueblo y pueblo de una misma gobernación (CDIP, t.V, vol.6, pp.57-58). En segundo lugar, el Libertador ordenó que el movimiento de los regulares fuera secundado por el de las guerrillas. Los granaderos del coronel Pringless y los guerrilleros de Marcelino Carreño fijaron los puestos de avanzada para realizar las labores de espionaje, evitando a su vez una acción formal que pudiera comprometer sus funciones (CDIP, t.V, vol.6, p.58). Ninguna patrulla debió operar sin estar correctamente identificada con sus pasaportes o algún distintivo que permitiera su reconocimiento, porque los vecinos de los pueblos, al estar comprometidos directamente con la defensa de sus localidades, fácilmente pudieron confundirlos con las avanzadas de los enemigos (CDIP, t.V, vol.6, pp.59-60, 61). Por último, Sucre decidió extender el cordón de recursos hasta Nazca, Lucanas, Parinacochas y Chuquibamba, zonas cuyos medios de subsistencia no estuvieron seriamente comprometidos entre 1823 y 1824. Con la sofisticación de este frente de guerra, se aprovechó esta vía para inyectar un nuevo lote de armas, municiones y pertrechos para que el Ejército patriota pueda ocupar Arequipa, puesto que: “En Chuquibamba no hay tropa ni nada, y en Arequipa no existen más que cien hombres de

guarnición” (CDIP, t.V, vol.6, p.81). En resumen, el cerco aplicado a los realistas facilitó la incorporación de más localidades en el circuito de recursos. La mejora de la capacidad de abastecimiento fue de la mano con la aplicación de una guerra de posiciones en las riberas del Apurímac (Bolívar, S., 1947, t. I, p.998).

Ante el masivo traslado del Ejército Libertador por el partido de Andahuaylas, los jefes realistas decidieron poner sus tropas en campaña (CDIP, t.V, vol.6, p.87). De manera sorpresiva, el Virrey cortó el avance del flanco derecho de los patriotas situándose en su retaguardia, entre Challhuanca y Coñañi, evidenciando su intención en ir hacia Huamanga (Miller, J., 1975, pp.127-129). Este desplazamiento activó la alarma en los pueblos que estuvieron comprendidos en el cordón de recursos de la Patria. El general Santa Cruz, encargado del Cuartel General de Jauja, ordenó el retiro de todos los recursos hasta Huánuco. Asimismo, las tropas, los hospitales de campaña y el dinero que disponía el Ejército tuvieron que ser movilizados hasta el pueblo de Reyes. Como medida complementaria, los comisionados encargados del traslado de los suministros tuvieron que hacer impracticables los puentes de Apurímac, Mayoc e Izcuchaca, con la finalidad de sumar tiempo para evacuar las tropas acantonadas en Huamanga. Los suministros que no lograron ser trasladados a tiempo quedaron custodiados por los gobernadores locales (CDIP, t.V, vol.6, p.93). De este modo, durante la contraofensiva realista, el Ejército patriota ejecutó sus planes defensivos basados en la protección íntegra de sus medios de subsistencia. Una vez más hizo partícipes a las comunidades rurales.

Sin embargo, las correrías de los patriotas fueron comunicadas de manera distorsionada. Muchas de las autoridades locales fueron sorprendidas con que el Ejército Libertador había sido derrotado, y los realistas fueron hacia Lima para retomar el control de sus dominios. Esto generó el temor y la zozobra en los pueblos de la costa. Ante esta situación, algunos mandos patriotas, como Alejandro Huavique y Antonio Gutiérrez de la Fuente, demandaron al Libertador una serie de instrucciones para proteger a Ica, Pisco y Chíncha, porque sus autoridades locales, ante las noticias recibidas, decidieron emigrar con los vecinos del lugar, y no había quien sujete tenazmente a los desesperados que se quedaron en medio del caos (CDIP, t.V, vol.6, pp.104-105, 106, 107, 109, 111). Esta situación se multiplicó en varias comunidades situadas entre los altos de Yauyos, Huancavelica y Puquio, generando así una seria interrupción en el envío de suministros a Huamanga (CDIP, t.V, vol.6, pp.103-104). Cuando se dieron a

conocer las cláusulas de la Capitulación de Ayacucho, en las que figuraba que el Ejército patriota se hizo con la victoria militar sobre las tropas de La Serna, poco a poco se desmontaron los escenarios de tumultos en las comunidades rurales.³⁶

Tras la victoria en Ayacucho, el Ejército patriota se dividió en dos partes y se dirigió hacia Cusco y Arequipa, con la finalidad de evitar que: “[...] Las tropas Españolas que se hallan en Arequipa y esos pueblos se reúnan a Olañeta” (CDIP, t.V, vol.6, p.146). Paralelamente, el Libertador ordenó el recojo de todos los suministros de guerra habían quedado diseminados en las comunidades por donde el Ejército hizo su paso durante la Campaña Final, y procedió a concentrarlos –con ayuda de los Prefectos- en las capitales departamentales que formaban parte de la patria.

La incorporación de Arequipa al régimen patriótico ilustra el modo de cómo se traspasó el patrimonio del Ejército del Rey al Ejército de la Patria (CDIP, t.V, vol.6, pp.127-129), situación que se replicó en Puno y el Alto Perú. Por un lado, se realizó una reforma en la administración local para lograr una transición fiscal ordenada que permitiera la instauración y la permanencia de la fuerza represiva del Estado. Esta innovación pudo ser posible gracias al nombramiento de personas de confianza en los puestos clave del gobierno departamental, tales como los Intendentes y sus empleados políticos, quienes desde un inicio estuvieron compelidos al sostenimiento de las arcas fiscales del Ejército (CDIP, t.V, vol.6, p.268). Asimismo, estas personas trabajaron en conjunto con los Prefectos para confeccionar los inventarios de la fuerza disponible que existían en sus jurisdicciones, como las guarniciones, los parques, las maestranzas, y cuanta existencia hubo para hacer la guerra. De este modo, las esferas civiles-administrativas fueron supeditadas a la fuerza militar. Por otro lado, se masificaron las confiscaciones a las propiedades del Ejército real para abastecer al ejército patriota durante su marcha hacia el Alto Perú. Las tropas realistas que estuvieron acuarteladas y las que se encontraban destacadas fueron incorporadas al ejército patriota para que sujetaran a los pueblos que recientemente habían jurado por la Independencia.³⁷ Los realistas que capitularon en Arequipa cedieron 936 hombres, 427 caballos y 542 armas,

³⁶ En los pueblos cercanos a Huamanga, la noticia llegó inmediatamente, a lo mucho, con dos días de retraso. Por otro lado, los pueblos de la costa se enteraron tardíamente de la victoria patriota, tras dos semanas de suscitada la batalla. De lo anterior, ver: CDIP, t.V, pp.126, 132, 133, 135. En algunas zonas, algunos desertores del ejército del rey, formados en patrullas, continuaron causando desmanes en algunos pueblos, hasta que fueron reprendidos por las tropas del ejército regular. Al respecto, ver: CDIP, t.V, vol.6, p.125.

³⁷ Ver el cuadro 9.

mientras que en el Cusco se entregaron 3,004 hombres, 341 caballos y 2,141 armas.³⁸ A inicios de 1825, el patrimonio bélico del Ejército patriota pudo incrementarse gracias a la incorporación de todos los bienes muebles e inmuebles del Ejército realista.

3.2. Tensiones generadas en la guerra de recursos.

El discurso patriótico de la época sostuvo que el orden social y la gobernabilidad de una sociedad reposaban sobre la satisfacción de las demandas, tanto de los gobernantes como los gobernados (El Pacificador del Perú, N°5, 1821, pp.4-5; El Sol del Perú, N°4, 1822, p.2). Esto planteó un clásico esquema de que a mayores demandas con poca respuesta se generaba un clima de ingobernabilidad (CDIP, t.V, vol.3, pp.108, 342-343; CDIP, t.V, vol.4, p.397). Durante la guerra independentista, los comandantes de las guerrillas afirmaron que la obediencia y la adhesión política de los pueblos dependieron directamente de los auxilios recibidos por la patria y el buen trato dado a sus representantes locales: “Que no deben ser manejados con el sable ni con el palo” (CDIP, t.V, vol.3, pp.8-9). Por ello, el Ejército se comportó como un ente garante de las libertades de sus protegidos. La afirmación de su poder estuvo en función de los vínculos que establecía con los pueblos. Dicho de otro modo, en medio de la guerra de Independencia, los climas de consenso y disenso entre los militares y los poderes locales estuvieron mediados por la negociación y la violencia.

La guerra de recursos facilitó la aglutinación de una serie de conflictos dentro del conflicto. Colocó en un mismo escenario los intereses de las comunidades locales y los del Ejército. Cuando se lograba consensuar las agendas de las partes, se garantizaba la entrega de los medios de subsistencia, que permitió el desplazamiento de las tropas patriotas por distintos lugares. Sin embargo, las relaciones entre el Ejército y las comunidades locales no fueron establecidas a través de vínculos directos, sino por medio de intermediarios locales que actuaban en nombre de sus corporaciones. Estos actores bisagra fueron fundamentales al momento de vincular las redes de suministros con la madeja clientelar, que se extendía desde las más remotas comunidades indígenas, pasando por las principales ciudades, hasta llegar al sillón presidencial. Por un lado, el Ejército requirió concentrar los medios de subsistencia y los capitales para emplearlos en la guerra. Por otro lado, las comunidades locales buscaron promover política y

³⁸ Ver el cuadro 10.

militarmente a sus representantes en el Ejército, para que desde esta tribuna pudieran custodiar, sostener y preservar sus prerrogativas. Centralismo con vínculos ideales por una parte y localismo con nexos reales por el otro. La manera cómo estos dialogaron o colisionaron, durante la guerra independentista, revela los derroteros por donde se situaron los diversos escenarios de tensión entre el Ejército y las comunidades locales y sus intermediarios. Los casos que presentaremos examinan los impulsos de tensión en la guerra de recursos: Desde arriba hacia abajo (Ejército- pueblos), en el nudo (los intermediarios) y de abajo hacia arriba (pueblos- guerrillas- Ejército).

3.2.1. El interior de los Departamentos y las Prefecturas.

Durante la guerra de Independencia en el Perú, tanto los Presidentes Departamentales (1821-1823) como los Prefectos³⁹ (1823-1825) asumieron las funciones administrativas y judiciales que los Intendentes dejaron vacantes en los territorios ocupados por el Ejército patriota. Este traspaso de funciones del Intendente al Presidente Departamental fue reinventada por la guerra independentista (Hampe, T. & Gálvez, J., 1999, p.113). Las actividades de los nuevos funcionarios estuvieron vinculadas directamente con la guerra de recursos. Informaron acerca de la situación económica que reportaban las poblaciones de su jurisdicción y, sobre la base del informe registrado, la cual a lo largo de la guerra siempre arrojó resultados deficitarios (CDIP, t.V, vol.1, pp.407-408; CDIP, t.V, vol.4, p.181; CDIP, t.V, vol.5, pp.268-270), diseñaron y ejecutaron una serie de dispositivos fiscales para robustecer las arcas de sus provincias y así dotar de suministros al Ejército patriota. Ejemplos de ello podemos advertir en el sostenimiento de la tasa impositiva de la contribución indígena (CDIP, t.V, vol.5, pp.68-69), la incorporación de los sectores medios y pudientes de la población como tributarios potenciales a la causa patriota (CDIP, t.V, vol.1, pp.491-493; CDIP, t.V, vol.4, p.511; CDIP, t.V, vol.5, pp.244-245; CDIP, t.V, vol.6, pp.123, 129-130), la libre disposición de los bienes comunales y eclesiásticos (CDIP, t.V, vol.1, pp.347, 419; CDIP, t.V, vol.4, pp.240, 499) y la reorientación de los circuitos comerciales en función de las alianzas clientelares que se establecían entre los caudillos del lugar con los comerciantes del lugar (CDIP, t.V, vol.1, pp.359-364). En ese orden, estas autoridades regionales se

³⁹ El cambio de denominación de Presidente Departamental a Prefecto fue contemplada en la Constitución de 1823, Capítulo IX, artículo 122.

encargaron de visibilizar la potestad del régimen patriótico en las provincias del Perú. Sin ellas, no habría sido posible que la población haya representado una serie de imágenes acerca del nuevo gobierno instalado en Lima y de sus medios coercitivos y coactivos destinados para obligarla a obedecer. Sus ausencias habrían abierto un abismo que hubiera hecho caer de un solo golpe al régimen patriótico, ya que su andamiaje burocrático no se hallaba consolidado y dependía en gran parte de este tipo de administración. Con ello señalamos que, durante la guerra independentista, la representación del Estado fue construida a través de las prácticas que el Ejército patriota desplegó en y desde el interior del Perú, no solo desde Lima.

De lo anterior, precisamos que las máximas autoridades regionales no trabajaron por separado. La guerra independentista posibilitó la erección de un escenario de cooperación entre ellas, un tejido regional de redes formales de recursos que fue aceptado por el Ministro de Guerra y Marina, puesto que Lima se hallaba imposibilitada de abastecer logísticamente a los principales centros de operaciones del Ejército patriota en la sierra central, como Jauja, Huaraz y Huánuco.⁴⁰ En particular, la documentación de la época nos muestra que la administración departamental de Tarma, dirigida por Francisco de Paula Otero (1821-1824), trabajó de la mano con su par administrativo de Huaylas, en específico con la de Toribio de Luzuriaga (1821-1822) y Remigio Silva (1822-1823) (CDIP, t.V, vol.4, pp.237-238, 243-244, 261, 275-277, 333, 359-360, 464, 495). De este modo, entre Huaraz, Huánuco y Tarma se tejió una red formal de recursos mucho antes que Bolívar la empleara para su campaña militar de 1824. La frecuencia de las relaciones entre las autoridades regionales durante la guerra permitió densificar las instancias del gobierno en estas provincias del Perú y hacer posible el contacto entre las comunidades locales y el gobierno central.

No obstante, el problema que se suscitó a lo largo de la guerra independentista fue la falta de definición de las competencias de las nuevas autoridades políticas y militares. Se generó una serie de pugnas que se extendió a todos los estratos de la administración patriota. Esto repercutió en los flujos logísticos del Ejército patriota. En particular, para dar cuenta de la escala del conflicto político, rescatamos los autos judiciales hechos por los vecinos de Huánuco en contra de su Alcalde Ordinario cesante.

⁴⁰ Los cuarteles de la costa, como Trujillo e Ica, tuvieron una cierta ventaja con respecto a sus pares de la sierra: el envío de suministros a través de los puertos representó un alivio mediato de las necesidades de las tropas frente a la acentuada escasez de suministros que se registró en las alturas del Perú.

El 08 de octubre de 1821, los capitulares de la Municipalidad de Huánuco elevaron una sumaria en contra de José de Vinia, alcalde cesante de la referida ciudad, por los delitos de usurpación del poder local, desacato a la autoridad, atentar contra la fe pública y malversar los fondos pecuniarios del erario público. Refirieron que todo ello fue posible gracias a una artimaña que realizó el cesante con su asesor privado, José Pérez, para continuar haciéndose del poder local:

Logro que sin leer, firmase un oficio dictado por ellos mismos, en el que se le encargaba al alcalde de primer voto la administracion de este dicho gobierno [...] Luego que se verifico la partida del Ex Gobernador Telles publico nuestro alcalde y Presidente varios vandos indecentes y disparatados, e inútiles titulándose en los encavesamientos Gobernador Politico y Militar del partido de Huánuco, y teniendo el atrevimiento y sandes de vilipendiar y ultrajar altamente el decoro de esta distinguida ciudad, vanagloriandose en uno de ellos con el mayor descaro, de haber logrado durante su gobierno establecer en poco tiempo las buenas costumbres, y arraigar el culto de la religion catholica que aun no conosiamos (CDIP, t.V, vol.1, pp.434-435).

Pese a que los cabildantes contaron con la benia del entonces Presidente Departamental de Huaylas, Toribio de Luzuriaga, para finiquitar el cambio de mando a favor de ellos (CDIP, t.V, vol.1, p.429), de Vinia indicó al Regidor Decano del cabildo, Gobernador y Comandante Militar del Partido de Huánuco, Mariano Sánchez Chamorro, que de ningún modo aceptaría supeditarse a un mando militar como él, porque la administración local de Huánuco, hasta ese momento, era competencia exclusiva de las autoridades civiles (Ibíd.). En adición, José de Vinia supo cuál sería su destino político en caso de alejarse del sillón municipal. Fue consciente de que el cargo al que tanto se aferraba era vital para coordinar las operaciones del Ejército patriota con los pueblos, y ubicaba en el centro de las decisiones políticas y militares a los representantes locales de las provincias. La apropiación de los recursos locales fue en concordancia con su lucha por el poder. La imagen que se formó acerca de la autoridad política fue representada por un personalismo autoritario: Su conducta respondió a la cultura política de la época (CDIP, t.V, vol.1, pp.436-437).

Por otro lado, los cabildantes rehusaron a ceder su poder constituido a un gobierno ilegítimo. Su accionar se amparó en una doble legitimidad que se había producido en ese momento: De la que fue reconocida por el Presidente Departamental y por el Ejército patriota y, de la que ya se encontraba vigente, de la retroversión de la soberanía

regía a los gobiernos municipales como representantes del pueblo. En razón de ello, los cabildantes organizaron interinamente el gobierno de Huánuco hasta que un nuevo alcalde de primera nominación, elegido por voluntad popular, los reemplazara. Sus funciones estuvieron orientadas principalmente a observar el orden de la población, enviar a los espías a las posiciones del enemigo, reencargar a los alcaldes de barrio sobre el paradero y actividades de los forasteros y, fiscalizar que se lleve a cabo una correcta administración de justicia en los asuntos no contenciosos (CDIP, t.V, vol.1, pp.431-433). Las decisiones administrativas se realizaban a través de las Juntas de Notables, en la Sala Capitular de Huánuco. Las condiciones para llevar a cabo estas sesiones fueron las siguientes: Debían concurrir de lunes a viernes en el horario de nueve de la mañana a cinco de la tarde; los cabildantes inasistentes que no llegaran a justificar su falta serían reprendidos severamente en la plaza pública; ningún vocal podía adelantar su dictamen si es que no ha escuchado la participación de todos los presentes; aquel miembro que tuviera que proponer algo acerca de la agenda en discusión debía solicitar su turno para participar en la ronda de intervenciones; los asistentes debían evitar en lo absoluto las disputas desordenadas e infundadas durante sus intervenciones o en las de sus compañeros; las comisiones que se llegaran a formar adoptaban un carácter obligatorio y no dispensable para quienes eran designados por la asamblea o por los mismos cabildantes (CDIP, t.V, vol.1, pp.433-434).

De lo señalado apreciamos que al interior de los gobiernos departamentales se tejieron varias madejas políticas que multiplicaron las soberanías locales, e hicieron que las decisiones del gobierno central estuvieran supeditadas a lo que acontecía en las provincias del interior del Perú. Durante la guerra independentista no hubo un solo caudillo regional que se hizo con todos los recursos locales. Como veremos a continuación, este juego de quién acapara más recursos para ensanchar su capital político también fue comprensivo para los intermediarios locales.

3.2.2. Los intermediarios locales en la guerra de recursos.

La guerra de Independencia planteó una serie de cuestionamientos acerca de la distribución del poder en los espacios rurales. La relación entre el régimen patriótico y los pueblos se tornó demasiado conflictiva. Los mandos locales buscaron imponer, ante el Ejército, sus condiciones para que sus comunidades participen en la guerra. La

defensa de la autonomía local se constituyó en la columna vertebral de la negociación política. Sabían que sin su apoyo a la causa patriótica el Ejército no podía operar. Por consiguiente, la guerra independentista evidenció la debilidad de la estructura de mando y obediencia al gobierno de turno. Ante esta situación, los vínculos políticos puesto en entredicho debieron ser definidos a la luz de las demandas locales. La estructura interna de las comunidades debía ir en sintonía con la del Ejército. Solo así se podía garantizar que los medios para hacer la guerra sean efectivos a los soldados. Sin embargo, apelar al pueblo, en ese tiempo, era abrir una caja de pandora. Como refiere Gabriel Di Meglio (2006), para el caso bonaerense, no se sabía con qué tipo de emociones y sentimientos vendría el stock de participación política de la plebe (p.112). Por ello, se hizo necesario contar con filtros políticos para tratar de apaciguar los posibles conflictos que se darían lugar en los espacios locales. Para dar cuenta de ello, reconstruimos los conflictos suscitados entre Ignacio Quispe Ninavilca y Marcelino Carreño.

Ignacio Quispe Ninavilca, durante la guerra de Independencia, fue un personaje del cual sus superiores administrativos y militares se quejaban continuamente al Ministerio de Guerra. Sus detractores políticos alegaron que fue: “Un hombre vicioso y corrompido capaz de entrar en cualesquiera perfidia” (CDIP, t.V, vol.6, p.559), en razón de que muchas veces no consultaba a sus superiores sobre sus determinaciones para movilizar, abastecer y solucionar excesos cometidos por las guerrillas de Huarochirí, de los que era Comandante General. En este sentido, las acciones del cacique, calificadas mayormente como insubordinadas y engreídas, respondieron a un discurso oculto que revela un mundo de inquietudes producto de la descomposición del sistema cacical en aras de la reafirmación de los Alcaldes de Indios.⁴¹ La desobediencia, expresada habitualmente en el acaparamiento de suministros de guerra, formó parte del protocolo de acción del cacique que, a través de su confrontación pública con las autoridades del Gobierno, buscó forjar una serie de imágenes populares de autoridad y legalidad que tuvieron que ser concordantes con sus aptitudes y capacidades para el cargo que desempeñaba. De este modo, Ninavilca redireccionó los principios contractuales con que se fundamentó la legitimidad política de las autoridades indígenas de su tiempo: Utilizó la calidad de su gestión como ingrediente clave para ensanchar su partido y así promoverse

⁴¹ Empleamos el término *discurso oculto* para definir una conducta que escapa de la observación directa de los detentadores del poder. Es una manifestación secundaria del subordinado, que está constituida por expresiones lingüísticas, gestuales y prácticas que afirman, desvían o refutan lo que se registra en el discurso público. Al respecto, ver a: Scott, J, 2000, p.28.

políticamente en la sociedad local, para hacer frente a sus superiores administrativos y militares. Al cumplir con las exigencias tanto del sistema colonial como de la población indígena, Ninavilca consiguió el reconocimiento de españoles e indígenas, lo que facilitó el incremento de su esfera de relaciones en Huarochirí durante la guerra independentista (Vergara, T., 1992, pp.371-373; O'Phelan, S., 1997, p.54; CDIP, t.V, vol.2, pp.371-373; CDIP, t.V, vol.3, pp.43-44). Los patriotas sabían que la participación de Ninavilca, como Teniente Gobernador y Comandante General de Guerrillas, era vital (para sujetar a los pueblos de Huarochirí) y a la vez peligrosa (porque si se le defraudaba políticamente se corría el riesgo de tener revolucionada a toda la provincia) (Montoya, G., 2002, p.126).

A diferencia de otros partidos del departamento de Lima, en Huarochirí y Yauyos: “Los tenientes gobernadores o gobernadores a cargo de las parroquias estuvieron sujetos a la autoridad de gobernadores de mayor rango” (Guarisco, C., 2011, p.180). De acuerdo con el Reglamento Provisional, sancionado el 12 de febrero de 1821, los gobernadores se encargaron de la erección de nuevos cuerpos de milicias, sostener la economía del partido, proponer oficiales de su consideración, para que sean promovidos por el Capitán General del Ejército Libertador y, tener conocimiento de las causas civiles y criminales que se administraban en los pueblos. Por otro lado, los tenientes gobernadores, se encargaron de la recepción de las contribuciones, en dinero y/o especies, de los pueblos, recaudadas inicialmente por las Municipalidades, para entregárselas a los comisionados del gobierno patriota. Como vemos, ambas instituciones, que operaron bajo una lógica extractivista de los recursos locales, compartieron funciones en cuanto a la captación de suministros destinados al sostenimiento del Ejército. No tuvieron fronteras administrativas definidas, razón por la que se constituyó un punto de fricción constante entre Carreño y Ninavilca.

Para conseguir ganar sobre su contendor político, Marcelino Carreño hizo uso de los nexos que habitualmente lo vinculaban políticamente con el Ministro de Guerra. El gobernador indicó, a su superior, que su disputa con Ninavilca fue parte de una lucha por la concentración de los recursos locales, lo cual estaba obstaculizando seriamente el abastecimiento de suministros a las guerrillas de Huarochirí. Por otro lado, Ninavilca, consciente de su posición administrativa inferior, acudió de manera estratégica al Presidente Departamental de Lima, funcionario que, de acuerdo con el Reglamento Provisional de 1821, estaba encargado de fiscalizar la administración de los

gobernadores. Probablemente, Ninavilca haya comprendido que realizando una campaña de desprestigio contra Carreño, ante su superior inmediato, pudo inclinar la correlación de fuerzas a su favor.

En conclusión, vemos pues que las diferencias entre los mandos militares patriotas, como Carreño y Ninavilca, fueron solucionadas no por un enfrentamiento cuerpo a cuerpo, sino a través de las oficinas administrativas del gobierno patriota. La razón de los ataques entre estos personajes obedeció principalmente al desvío de recursos que uno realizaba en desmedro del otro. Por ello, Ninavilca decidió utilizar la vía judicial para poner en prueba su poder real ante su adversario. En este sentido, las mesas de partes de los despachos, tanto del Ministerio de Guerra como de la Presidencia Departamental de Lima, fueron concebidas como los canales de recepción de los ataques personales entre estos dos personajes. Además, la victoria contra el contrincante se manifestó a través de las resoluciones de los funcionarios, a quienes habían acudido estos contendientes políticos, como por ejemplo, una amonestación por escrito y entregada a las dos partes para su conocimiento, o llegando incluso a la revocatoria de uno de los involucrados. Por lo tanto, el ganador fue aquel quien recibió la razón de parte de los mandos del gobierno patriota, mientras que el perdedor se llevó consigo el recelo de sus superiores sobre su proceder: Una autoridad local desacreditada públicamente era lo que menos se deseaba para el destino de los pueblos.

El escenario de tensión establecido entre Carreño y Ninavilca responde al carácter dinámico y oscilante del ejercicio del poder en las provincias del Perú durante la guerra independentista. Sus disputas dan cuenta de los efectos suscitados tras la descentralización de la guerra. Cada sistema de autoridad dispuso de estratos que condicionaron la personalidad de los señores de la guerra, el modo de obediencia al régimen que los empleaba y el tipo de organización de sus unidades armadas. En el Perú, los ejércitos beligerantes no atravesaron por un proceso de regularización, sino que mantuvieron la esencia de lucha bajo un sistema de guerrillas, el cual reordenó el mundo social. Este reposicionamiento hizo colisionar el espacio vivido de los pueblos con los ideales centralistas del régimen patriótico. Como hemos visto, en el seno del Ejército se dieron un sinnúmero de luchas del pueblo. Muchas de estas luchas se volcaron en las mismas comunidades rurales, convirtiendo así el escenario de conflicto en una lucha doméstica.

3.2.3. Las guerrillas y los pueblos.

3.2.3.1. Bandolerismo y abigeato.

“El hombre quando por naturaleza es díscolo, solo a la fuerza ó la justicia podrá contenerlo” (CDIP, t.V, vol.2, p.391), fueron las palabras de Isidoro Villar, que recomendó que el Ejército estuviera presente en aquellos lugares donde el enemigo haría una incursión con sus tropas, o donde la opinión de los pueblos estaba muy disminuida, porque en caso contrario: “Se agotan los recursos con tropas inmoralizadas en lo militar, y sin una probabilidad de fruto, quando lo que conviene es que se mantengan á sostener los limites de su Provincia” (CDIP, t.V, vol.1, p.154).

Durante la guerra de Independencia, el Ejército patriota buscó que sus hombres fueran quienes debían emplear legítimamente los medios de coerción. En un inicio, se restringió el uso de armas a quienes no formaban parte del Ejército, ya que se corría el riesgo de que los dejaran inoperativos, o se utilizaran con otros fines en beneficio propio (CDIP, t.V, vol.1, p.149). Sin embargo, ante la constante dispersión de las guerrillas y la falta de efectivos disciplinados del Ejército regular, el régimen patriótico decidió colocar varias patrullas armadas, compuestas principalmente por los sectores populares para sujetar a la población. No obstante, los mandos patriotas no contaron con que el remedio resultaría peor que la enfermedad.

En las afueras de Lima, en Huachipa, el comandante general de las partidas de Lima, Isidoro Villar, se quejó ante el Comandante General de la División de Lima que una gavilla de negros se hizo pasar por agentes del Ejército patriota, y se hicieron de varios borricos y varias cargas de leña que iban a ser vendidas por los hacendados en Lima (CDIP, t.V, vol.1, pp.301-303). La incomodidad que Villar deja entrever, en su comunicación, respondió a que su superior le reconvino ásperamente sobre el accionar de sus aparentes subordinados, sin saber que estos se apropiaron hábilmente del prestigio de las tropas de la patria para cometer sus fechorías en nombre de estas.

Un episodio similar fue descrito por el viajero Basil Hall:

Cuando regresábamos a Lima fuimos amenazados por el asalto de un grupo compuesto de una docena de ladrones, todos negros, dejados sueltos sobre la sociedad por los acontecimientos del día. Nuestro grupo era de cuatro jinetes armados de pistolas. Cuando trasponíamos la entrada principal de la ciudad, vimos a los ladrones que bajaron de los caballos a tres personas y las

despojaron de sus ropas, y después formaron línea compacta para cerrar el camino, blandiendo sus garrotes en son de desafío. Fuimos, no obstante, hacia ellos al tranco con nuestras pistolas montadas y en alto. El efecto fue el que esperábamos; nos abrieron calle, y los ladrones, viendo su propósito frustrado nos rodearon y se convirtieron súbitamente en admirables patriotas, gritando: “¡Viva la patria! ¡Viva San Martín! (CDIP, t.XXVII, vol.1, p.232).

Otro caso de extorsión se denunció en San Juan de Lucanas, el 20 de setiembre de 1821. Melchor Espinoza indicó a Guillermo Miller que mientras las partidas de guerrilla del lugar fueron a auxiliar sus pares en Huamanga, Alejo Pérez ha puesto al vecindario en estado de cambiarse por la causa del Rey, debido a que se ha hecho comandante de una partida de bandidos que estuvieron cobrando contribuciones y causando destrozos en los predios de quienes se resistían a sus requerimientos. El alegato de Espinoza fue retomado en el pedido que hizo Juan Pardo de Zela, Comandante de la División del Sur, a Bernando de Monteagudo para que haga efectiva la prisión de este hombre, porque: “[...] el Partido de Parinacochas es mas interesante para esta División” (CDIP, t.V, vol.1, p.424), ya que vinculó la costa del partido de Nazca con las serranías del sur del Cusco y el norte de Arequipa.

De los casos expuestos, vemos que el escenario de conflicto, suscitado por la guerra independentista, fue propicio para el refuerzo del bandolerismo en la costa y el abigeato en la sierra del Perú. Ambos actos criminales llevaron consigo una implícita protesta contra la desigual distribución de la riqueza y las oportunidades que fueron negados por los grupos de poder a los sectores plebeyos de la población. Fueron formas de resistencia legítima destinadas a erosionar los mecanismos de control social sobre ellos. A través del robo se buscó erosionar las economías de quienes ellos consideraban como poderosos. Fue una válvula de escape de las tensiones acumuladas hasta ese momento. Tanto los bandoleros como los abigeos reprodujeron una forma de poder que empleaba los mismos mecanismos de abuso y violencia sobre los sectores plebeyos. Esto deja en claro que estos grupos no persiguieron elaborar un proyecto unitario de reivindicación social secundada por una transformación radical de sus condiciones de vida.

3.2.3.2. Al interior de las sociedades rurales.

Al interior de las sociedades rurales, la guerra de Independencia fue un parteaguas de los destinos de las comunidades indígenas. Lo militar permitió descifrar el grado de tenacidad de sus organizaciones y los criterios con que estas se relacionaban con el exterior. Para Nuria Sala i Vila (1996): “La comunidad indígena se nos muestra como una institución que permite una adaptación secular a las formas cambiantes de la dominación” (p.262). En ese orden, la guerra de recursos revolvió los cimientos donde se fundamentaba la vida comunitaria. Diversificó, fragilizó y reorientó los liderazgos locales con miras a una sujeción con el gobierno central. No obstante, como las comunidades indígenas se organizaban corporativamente, no es difícil asimilar que su participación social haya sido posible gracias a un acuerdo tácito establecido entre los representantes del Ejército y los intermedios locales. Como refiere Charles Walker (1997), la circunscripción de las alianzas políticas fue local, porque estas relaciones se caracterizaron por contar con un nivel distinto de reciprocidad y negociación, razón por la cual no se pudieron homogenizarse del todo (p.11).

De lo anterior, agregamos dos casos para dar cuenta de las actitudes de los mandos patriotas con las comunidades indígenas, respecto a su participación en la guerra de Independencia. En ambos, vemos que la piedra angular de las relaciones de negociación y reciprocidad entre el régimen patriótico y las comunidades indígenas estuvo constituida por la tributación indígena.

3.2.3.2.1. Guerra y tributación indígena.

El 15 de mayo de 1825, los indígenas del pueblo de Pampas (Huancavelica) y sus Alcaldes presentaron un recurso dirigido al Prefecto de Ayacucho para que los recaudadores de impuestos desistan en cobrar un monto atrasado perteneciente al mes de noviembre de 1824 y el pago de dos reales mensuales per cápita que serían efectivos a partir de enero de 1825. En su defensa, los comuneros alegaron que mientras duró la guerra, se acantonó un regimiento de caballería realista, que agotó todos los suministros acopiados en los tambos de Tongos, Pampas, Tocllacuri, Colcabamba, Tocas, Locroja, Paucarbamba y Mayoc. El consumo íntegro de los alimentos de estas zonas generó una crisis de subsistencias que hizo imposible el pago de estas erogaciones: Este fue el argumento material de los comuneros. Para reforzar el pedido de exoneración, los

Alcaldes presentaron dos pruebas de alegato. La primera, una proclama realista, firmada por Manuel Tomás de Arana, fechada el 23 de febrero de 1821, donde refiere que:

En el intervalo de mi residencia en este pueblo, con las respetables armas de mi mando, he advertido con disgusto que casi en masa resultáis delinquentes en el crimen de rebelión: y si no escucháis con preferencia á las de la justicia, las voces de la humanidad ya hubierais visto convertido en cadalso, y teñido en sangre, este suelo que os sostiene (CDIP, t.V, vol.6, p.277).

Con este documento, los Alcaldes indicaron al Prefecto que debido a su filiación patriota, el 06 de febrero de 1820, sesenta indígenas de sus comunidades fueron ejecutados en el puente de Izcuchaca y sus Alcaldes fueron encarcelados en la prisión de Huancayo. A través de la remembranza de este episodio violento, la estrategia discursiva de los campesinos apuntó hacia la elaboración de una memoria del pasado, en la que se reconocieron como patriotas; con dicha memoria se construyó un argumento moral para la defensa de sus intereses.⁴² La segunda prueba estuvo comprendida al registro de las declaraciones de los representantes de Pampas, quienes indicaron que el general Sucre les aseguró que las contribuciones indígenas debían exigirse: “A los pueblos que se sublevaron ó los que no han hecho servicio alguno al exercito” (CDIP, t.V, vol.6, p.276). Estas versiones se ampararon en un Decreto Supremo, promulgado el 30 de marzo de 1825, donde se derogó el pago de la única contribución, razón suficiente para que los comuneros soliciten la derogación de los montos por cobrar.

Sin embargo, el 06 de mayo de 1825, el Prefecto refirió que aún estas comunidades se hallaban morosas de la última contribución, correspondiente al mes de diciembre del año pasado, que estuvo destinado: “Para socorrer á las tropas que han dado la libertad a estos países” (CDIP, t.V, vol.6, p.278). En ese orden, el Prefecto asumió una posición firme para hacer valer los intereses del Gobierno. Sabía que a través del cobro efectivo de este impuesto fortalecería su posición política frente a los locales. La razón de su actitud respondió a la necesidad de representar la potestad del Estado en los espacios rurales. Los Alcaldes, al entender que el Prefecto no daría su brazo a torcer, aceptaron pagar el monto adeudado, con la condición de que se les derogue el pago de los dos reales mensuales. Comprendieron que, a pesar de todo, el pago de la contribución indígena era la forma cómo ellos se presentaban ante las autoridades estatales y les

⁴² Esta idea es rescatada de Nelson Pereyra (2015).

permitía entablar ciertas agendas de negociación. Fue la aceptación jurídica de los derechos colectivos para la tenencia de la tierra. Por consiguiente, se estableció una relación densa entre los principales funcionarios públicos de las provincias y los comuneros.

Por otro lado, los canales de reciprocidad y negociación se cerraron para aquellas comunidades que fueron abiertamente hostiles con el Ejército patriota. Este fue el caso de Huanta y de Huando, cuyos habitantes fueron obligados a pagar una multa de cincuenta mil pesos (cada pueblo) por haber ofrecido auxilios al Ejército realista y haber ocasionado destrozos a los bagajes de las tropas patriotas en su tránsito hacia Huamanga (CDIP, t.V, vol.6, pp.131-132). Ante esta situación, el general Sucre fue enfático con el Ministro de Guerra sobre la sanción impuesta:

Hé prevenido al Prefecto de huamanga que se proceda con una inflexible severidad contra estos malvados, y que á mas de ecsigirles la contribución los mande presos á Lima á disposición del Gobierno. De todo esto di cuenta desde Huamanga. Escepto estas dos medidas, no hé tomado ninguna otra contra los revoltosos de Huanta y Huando, por que hé pensado que conviene al interés publico un olvido de los resentimientos que teníamos que vengar. La ecsigencia al tercio de los Tributos en Diciembre que hé mandado cobrar á los Pueblos que se levantaron, no puede llamarse un castigo, puesto que ellos habían ofrecido este ausilio al Ejercito Español (CDIP, t.V, vol.6, p.268).

Con esta resolución, se quiso dar un potente mensaje a quienes osaran levantar su puño contra la Patria. El tipo de castigo aplicado por los mandos militares fue de tipo positivo, porque consistió en la aparición de una serie de estímulos aversivos (multa o sanción) para disminuir la incidencia de conductas desafiantes al régimen patriótico. No obstante, lejos de aquietar las sensibilidades políticas de estas comunidades, en 1827 se desencadenó una rebelión que puso en jaque la autoridad del gobierno central. Cecilia Méndez (2013), indica que los líderes de los rebeldes defendieron las ventajas económicas y políticas conseguidas durante el bienio liberal de los Borbones (1812-1814), como la exoneración de impuestos personales y la promoción de incentivos económicos para quienes ocupen las tierras de montaña de la intendencia de Huamanga; además, renegaron de la imposición tributaria que el gobierno les había impuesto en 1824, y buscaron los medios posibles para fundar un estado dentro de otro. En ese sentido, la concentración de los recursos locales fue empleada para sostener la causa

rebelde y ensanchar el liderazgo de los caudillos que la dirigían (Méndez, C., 2014, pp.245-293). Finalmente, en 1828 se logra desbaratar el movimiento rebelde, más el gobierno no consiguió entenderse con el grueso de la población del lugar: La tributación indígena no pudo ser recolectada hasta 1839, gracias a un acuerdo realizado entre los representantes del Estado y el caudillo del lugar, Antonio Navala Huachaca.

A pesar del despliegue coactivo ejercido sobre la población, no se consiguió aminorar las opiniones discordantes acerca del constante apoyo al Ejército patriota. En los espacios rurales, varios paisanos protestaron por el quiebre de sus economías familiares. Alegaron que se hallaban en la suma miseria porque los oficiales del Ejército no devolvían lo que se les prestaba, razón por la cual, en muchas oportunidades decidieron ocultar sus ganados y demás cultivos para evitar que las tropas los despojasen de lo poco que habían guardado para su autoconsumo (CDIP, t.V, vol.2, p.370; CDIP, t.V, vol.6, pp.192-193).

Por otro lado, algunos vecinos pidieron que se les rebaje el monto de sus erogaciones personales para tener siquiera un ingreso del cual pudieran costear su alimentación. En particular, Patricio Catalán, vecino de Huacho, pidió al Cabildo de Supe que le rebaje su contribución a cincuenta pesos, en razón de que realizó una serie de gastos domésticos para asistir a su anciana madre y demás familiares que se hallaban bajo su custodia en Chancay. Destaca que el Presidente Municipal, guiándose por un registro donde constaba el comercio de ganados del recurrente, le pasó un oficio en el que se le exigía el pago de cien pesos, en calidad de préstamo forzoso, que tuvo que ser efectivo en los siguientes días, tras haber recibido la notificación. Catalán rechazó por escrito la imposición dada: “¿Qué comercio, que chacra, qué Hacienda, qué cebas de ganados, que casa, que criados, que entradas públicas y notorias, para que la Municipalidad de Supe me asigne dicha cantidad cuando no la tengo?” (CDIP, t.V, vol.4, p.137). Con el transcurrir de los días, el demandante se mantuvo firme en su posición. La situación paupérrima del reclamante y la falta de fondos pecuniarios de la Municipalidad fueron resolutivas para que el Alcalde de Supe, José Hinostroza, aceptara finalmente el pedido de rebaja. Las autoridades locales comprendieron que no pudieron darse el lujo de rechazar un ingreso monetario a sus arcas, por más irrisorio que les hubiera resultado. La guerra de recursos favoreció que la crisis de subsistencias se generalizara por todo el Perú. Esto fue de la mano con la pauperización de los sectores populares, quienes

tuvieron que recurrir a diversos mecanismos para sobrevivir en medio del conflicto, desde los pedidos de amnistía tributaria hasta la toma de tierras.

3.2.3.2.2. Propiedad y usufructo de tierras comunales.

Los conflictos por la propiedad y el usufructo de las tierras de comunidad constituyeron el núcleo principal de las tensiones intercomunales, durante la guerra de Independencia. El espacio abstracto donde operó la guerra estaba en permanente construcción. Esta dinámica territorial no fue ajena en los espacios rurales del Perú. Los límites de las haciendas y de las comunidades indígenas fueron reposicionados por los mandos militares, en función de su capacidad de abastecimiento de suministros al Ejército patriota. La producción de las haciendas que habían pertenecido a los españoles realistas, pasó a ser incorporada como un bien del Ejército patriota. Los mandos militares de la zona nombraron a un comisionado, por hacienda embargada, para que custodiara los enseres, el mobiliario y la documentación del predio (CDIP, t.V, vol.1, pp.148-149). Así se evitaría que los indígenas se hicieran con un patrimonio que no les pertenecía.

Sin embargo, los robos y los agravios a las haciendas no se hicieron esperar. En particular, Silvestre Gerí indicó al comandante Otero que los indios de los pueblos de Rochac, la Loma y Salcahuasi han formado un mal concepto de la libertad:

[...] han prohibido hacer barbechos para sus futuros sembrados, diciendo que San Martín fertilizará sus terrenos y que ahora es tiempo de comer á costa de hacendados y de criollos que no es tiempo de trabajar, ni pagar deudas y que las haciendas ya son pueblos suyos, por eso a Don Marcelo Granados, sabiendo que es Gobernador de la Patria le han perjudicado gravemente su hacienda y se han repartido sus tierras; por estos excesos y por otros muchos que le informaré a Vuestra Señoría á vuestra vista, espero que Vuestra Señoría de oficio castigará y su justicia aplaudirá todo el Mundo, y aún sus mismos enemigos lo celebrarán, todos volverán a amar la Patria, que los excesos (sic) de los Indios han hecho acaso odiosa para muchos (CDIP, t.V, vol.1, p.312).

Los comuneros entendieron que el goce de la libertad significaba un nuevo orden de las cosas, el cual estaba fundamentada en una subversión del principio de autoridad y del orden social. El embargo de las haciendas significó la desaparición de la propiedad

privada, y por ende, la disolución de los linderos que habían sido establecidos por sus antiguos dueños.

No obstante, las disputas por el usufructo de las tierras de comunidad, durante la guerra independentista, no fueron asuntos que se supeditaron exclusivamente al enfrentamiento entre las comunidades indígenas y las pocas haciendas que existían en los Andes centrales. Estas tensiones también adquirieron un carácter intercomunal. Los conflictos intercomunales distrajerón la guerra de recursos porque desviaron el poco suministro que se daba para hacer la guerra. Con la desaparición del Estado colonial, se disolvió la protección de los territorios comunales, y con ello, la paulatina desaparición del régimen de condominio de tierras (uso compartido) (Armas, F., 2011, pp.105-112). Poco a poco, las comunidades indígenas fueron restringiendo el libre acceso y posesión de determinados lagos, arroyos, manantiales, minas o pastos comunales a sus vecinos. La crisis de subsistencias obligó a los comuneros a proteger sus bienes colectivos y restringir el libre consumo de estos por foráneos. Estas medidas tuvieron un gran impacto en las comunidades ganaderas.⁴³ Para Nils Jacobsen (2013): “La frecuencia, extensión y ubicación de los pastos comunales, era la cuestión crucial del patrón de tenencia de tierra de las comunidades agrarias dedicadas fundamentalmente a la ganadería” (p.423).

El 10 de diciembre de 1822, el Alcalde y los principales de San Lorenzo de Huachupampa (partido de Huarochirí) dirigieron un memorial al Congreso de la República, indicando que sus ganados no tenían un lugar donde apacentar libremente, porque sus vecinos de San Pedro de Casta: “No les permiten apacentar sus ganados en los pastos inmediatos, exigiéndoles dos reales por cavesa” (CDIP, t.V, vol.3, p.236). Piden que: “Se les dé una providencia para auxiliar sus ganados, sin gravamen, respecto á que han dado sus alfalfares sin demandar compensativo” (Ibíd.). Los representantes de Huachupampa consideraron sus reclamos como legítimos, puesto que: “Se han prestado al socorro de la tropa [...] y por haver dado sus alfalfares para reponer la Cavallería” (Ibíd.). Su intervención en la guerra de Independencia les dio el derecho de exigir ante el Congreso de la República que se respeten las prácticas ancestrales del uso compartido de tierras, porque: “Siendo los pastos libres como producto de la misma naturaleza”

⁴³ De acuerdo con Glynn Custred, la mayoría de comunidades ganaderas de los Andes centrales se apostaban a más de 3.500 metros de altura. Sus economías domésticas dependían directamente del uso de los pastos altoandinos. Al respecto, ver a: Custred, G., 1977, pp.55-85.

(Ibíd.), no deberían adjudicarse en manos privadas. Ante la ausencia del gobierno virreinal, el arbitraje de la tenencia de tierras recayó por defecto en el régimen patriótico. En este sentido, la expansión de la soberanía del Estado en ciernes, en los espacios comunitarios indígenas, dependió de la capacidad de sus funcionarios para resolver conflictos intercomunales, cuyo conjunto constituía la prueba clave para incrementar o disminuir la frecuencia de vínculos políticos entre los intermediarios estatales y las comunidades indígenas.

Epílogo. Después de la guerra de Independencia.

4.1. Una cierta desmovilización de los medios para hacer la guerra (1825-1826).

El epílogo de la guerra independentista orientó el camino por donde se desplazó la política decimonónica. La existencia política del estado peruano estuvo condicionada por tres aspectos fundacionales. En primer lugar, la separación con la madre Patria reposicionó los horizontes de expectativa de los actores sociales, haciéndolos orbitar entre la semántica de la libertad positiva, entendida como la libertad de participar en la vida pública, y la licencia o libertinaje, como la generadora del desorden político que hizo necesaria la llegada de un poder dictatorial regenerador para sojuzgar a los disidentes (El Peruano Independiente, N°7, 1825, pp.1-2; Rivera, S., 2017, pp.254-258). Por consiguiente, el primer aspecto refiere sobre la movilización y el reagrupamiento masivo de las comunidades políticas tras la Independencia, aspectos que discurrieron entre las pasiones particulares y el bien común. En este sentido, la adopción del tipo de gobierno y la organización del aparato estatal, desde la óptica de Luis Castro (1991), se diseñó de acuerdo a esta correlación de fuerzas (p.32). De este modo, emergió un segundo aspecto fundacional que se complementó con el primero, la consolidación de la Independencia basada en la afirmación de los poderes del estado en aras de la defensa de la libertad de los hombres. Para el Libertador, como otros dirigentes de la época, la Independencia significó un nuevo orden de las cosas. Este reconocimiento permitió fundar un orden político sobre bases nuevas y dar forma a las comunidades de las cuales emanara ese poder y sobre las cuales este habría de ejercerse (Sábato, H., 2005). Por lo tanto, la nueva distribución del poder fue en sintonía con el andamiaje constitucional, ya que se necesitó disponer de un soporte legal universal para que el estado actúe legítimamente en la sociedad. Por último, el tercer aspecto fundacional de la república lo conformó el orden social. Fue entendido como el garante indiscutible de la existencia política del Estado, ya que este reposó sobre las corrientes favorables de la opinión pública, las cuales delimitaron los volúmenes de la esfera legítima de la acción estatal (Paltí, E., 2007, p.187). Por lo tanto, se planteó un credo político que permitió conservar la libertad en la república. En ese orden, las prácticas políticas fueron ubicadas en medio de las coordenadas de la soberanía, la voluntad y la unidad general, pese a las diferentes sensibilidades políticas de los pueblos. Se trazó entonces la ardua labor de conservar lo alcanzado y mantener libres a quienes para serlo requirieron mantenerse unidos. Para

ello, los gobiernos de turno buscaron la manera de reducir el influjo de las periferias, personificadas en las figuras de los caudillos regionales. A continuación, examinamos algunos mecanismos de control estatal destinados a ello.

En un inicio, los recursos que habían sido movilizados de los espacios locales tuvieron que desmovilizarse porque el Ejército ya no se encontraba en campaña. En su afán por conservar el orden público, el Estado colocó pequeños cuerpos armados en las capitales departamentales, de modo que se pueda atender inmediatamente una insurrección en los espacios más remotos del territorio. A través del accionar rutinario de los Prefectos y los Subprefectos se hizo efectiva la presencia del Estado en ciernes en sus confines (Grompone, A., 2006, p.7). Ambos tuvieron múltiples funciones tales como: “La organización de las milicias, mantener el orden público, reclutaban tropas y castigaron a los no pagaban impuestos” (Aljovín, C., 2000, p.58). Su radio de acción incorporó varias redes clientelares que vincularon las altas esferas políticas del departamento con las autoridades indígenas de los espacios locales. De este modo, se continuó con la política negociada y consensuada que se había implementado durante las guerras independentistas, la cual reforzó los vínculos entre la sociedad y el Estado.

Sin embargo, el escenario político posindependentista requirió de una mano dura y regeneradora que sojuzgara las pasiones particulares en aras de una voluntad general. Como refiere José Gálvez (2001): “El interés general fue asumido por el Estado y la iniciativa de la dominación se vio disputada entre este modo peculiar de organización y la sociedad” (p.321). El espectro militar se erigió como un gendarme necesario que controló la *Universitas* republicana. En este sentido, los Presidentes fueron militares que aprovecharon sus facultades coercitivas y coaccionarias para imponer por la fuerza sus decisiones. Elaboraron soportes discursivos para justificar sus actos y modificaron el soporte constitucional para perpetuarse en el poder. El clima de caudillaje promovió una minuciosa selección de los empleados políticos del Presidente de turno. Nadie deseaba ser depuesto por medio de un golpe de Estado.

4.1.1. La situación de los recursos, la reducción de oficiales y la creación de milicias departamentales.

El primer paso para la desmovilización de los recursos fue orientado hacia dos objetivos: La supresión de las unidades armadas que habían surgido espontáneamente y el licenciamiento de aquellos oficiales que recientemente habían sido promovidos en el Ejército. En particular, el general Raúl Estomba comunica al Intendente de Huancavelica que:

Es muy loable y digno de la mayor consideración el servicio que ha intentado prestar al estado el Teniente Coronel Don Francisco Sobrevilla; pero habiendo órdenes del supremo gobierno para que en este departamento no haya otra clase de tropa que la columna que manda el comandante Don Eugenio Garzón con el número de plazas que se le ha fijado a ésta; no puede tener lugar la oferta que ha presentado dicho Sobrevilla y Vuestra Señoría me manifiesta en su nota 17 del corriente. Mas, como por la constitución deben levantarse compañías cívicas, en el caso de la plantificación de estas será admitida la propuesta, ocupando un buen lugar en aquellas el espresado Don Francisco Sobrevilla (CDIP, t.V, vol.6, p.273).

En ese orden, la tarea que se arrogó el Estado fue librar al Perú de sus soldados libertadores porque el ímpetu del soldado, acostumbrado a conducirse por la fuerza, podría hacer tambalear al frágil andamiaje republicano (Sucre, A., 1981, p.274). De este modo, se buscó una solución legal y legítima para reducir la competencia de fuerzas que le haría frente al Ejército. Sin embargo, las guerras de Independencia promovieron una militarización de la política, la cual generó un despliegue de los poderes provinciales que buscaron llenar el vacío dejado por el monarca español (Aljovín, C., 2000, pp.317-318). Los representantes locales se erigieron como los dueños del poder real, y rivalizaron directamente con el aparato estatal. Tras la guerra independentista, la imagen del rival político estuvo en función a la disputa por el control político del Estado. Por un lado, quien ejerció el poder desde el Estado buscó restar o anular la potestad de sus competidores utilizando las fuerzas del Ejército y la vía constitucional (Aljovín, C., 2000, pp.261-302); los competidores, por su lado, utilizaron sus redes clientelares y la propaganda política para aminorar la fuerza política del caudillo que lideraba el gobierno de turno (Walker, C., 2001, pp.7-26).

El escenario de lucha hizo necesario el empleo del armamento como un elemento necesario para ejercer la política. Quien tuvo un amplio control de las armas podía controlar la esfera administrativa del Estado. Cada competidor al sillón presidencial tenía que disponer de armamento y milicias personales para dar lucha a sus

competidores y así cooptar el poder (Velásquez, D., 2018c, p.504). En este sentido, entre 1825 y 1827 se recogió el armamento sobrante de las capitales departamentales. De manera paralela, se redujo la cantidad de efectivos y recursos para desmovilizar a la población que había apoyado al Ejército Libertador. Desde el Cuartel General del Cusco, el general Sucre ordenó a los Prefectos de los Departamentos de Cusco, Arequipa, Huamanga y Huancavelica que confeccionaran inventarios de las armas, municiones y pertrechos de guerra, las bestias de combate y de carga. Seguidamente, se procedió al registro local de los desertores de los ejércitos patriota y realista y los capitulados que se avecindaron en las provincias (El Sol del Cusco, N°3, 1825; El Sol del Cusco, N°4, 1825). Así se pudo saber sobre el paradero de una parte de los hombres, las armas y las bestias que habían quedado dispersos tras la guerra, y a su vez, se pudo medir la capacidad de respuesta bélica de las provincias (en caso de suscitarse una agitación política).

Las autoridades locales, como los Gobernadores Intendentes, los Jueces de Paz y los Gobernadores de las comunidades, desempeñaron un rol protagónico al momento de ejecutar las disposiciones de Sucre. Impusieron sanciones a quienes desobedecieron las órdenes dispuestas por este militar. Dependiendo de la gravedad del delito⁴⁴, los infractores fueron reincorporados forzosamente a la tropa o atravesaron un proceso judicial por desacato. De este modo, a través de la regulación jurídica y la coordinación con los representantes locales, el Estado buscó remediar la dispersión de los medios para hacer la guerra que disponían las poblaciones del interior del Perú.

En el mes enero de 1825, el Estado procedió a retirar del Perú a todos los oficiales españoles capitulados que decidieron retornar a España. Se ofreció el puerto de Quilca para el retiro de los oficiales del sur, y el puerto del Callao para los del centro y la costa del Perú. En total, se retiraron 300 oficiales españoles.⁴⁵ Los infantes del Rey se incorporaron directamente al Ejército Libertador para que dieran pelea a Olañeta en el Alto Perú. Mientras tanto, Agustín Gamarra decidió dispersar a los oficiales capitulados que decidieron quedarse en el Perú. A los oficiales casados y con familia avecindada en el país se les destinó a Cusco, Puno o Arequipa; mientras que a los solteros se les destacó a Trujillo, Huánuco, Huamanga o Huancavelica. Esta resolución tuvo vigencia

⁴⁴ Como albergar en su casa a un soldado desertor, no declarar la tenencia de bestias pertenecientes al Ejército, o el uso del traje militar a pesar de haber sido dado de baja en el Ejército.

⁴⁵ Ver cuadro 8.

mientras se concluía la guerra en el Alto Perú. Se buscó evitar el rearme español en las zonas que recientemente habían jurado por la Patria.

Mientras el Estado reorganizaba la oficialidad del Ejército, ¿Qué se hizo con la población que había sido armada? El Sol del Cusco (1825, N°18) publicó un aviso oficial donde precisa que: “El Libertador se ha servido ordenar cese absolutamente en todos los pueblos de la República, el reclutamiento para los cuerpos del ejército [...] que los ciudadanos gozen de los encantos de una virtud pacífica, y contraída exclusivamente á las ocupaciones que demanda su subsistencia.” El discurso republicano afirmó que los pueblos deben velar por el orden, el equilibrio y la tranquilidad general, y a su vez debían interiorizar los principios de la subordinación, ya que éste representaba la energía de los gobiernos y la felicidad de sus ciudadanos. Los pueblos no podían asumir la defensa de sus propios destinos, porque cada cuerpo integrante del Estado debía cumplir la función que mejor sabía desempeñar. Por ello, era necesario delegar las funciones del orden y la seguridad general a quienes estaban familiarizados con la guerra. El criterio de distinción al estilo bolivariano asignó distintos roles a los sectores sociales. El pueblo legitimaba y sostenía económicamente al Gobierno, mientras que el Ejército, con las milicias provinciales, velaban por el orden y la subordinación general (El Peruano Independiente, N°7, 1825, p.2).

Con respecto a las fuerzas bélicas provinciales, la Constitución de 1826, en su artículo 136, indica que habrá en cada provincia cuerpos de Milicias Nacionales, compuestos de los habitantes de cada una de ellas.⁴⁶ Estas medidas se implementaron en cada uno de los departamentos. El grueso de las fuerzas de infantería y caballería fueron acuarteladas en las capitales departamentales, mientras que diferentes partidas de milicias fueron destacadas al interior para diluir los escenarios de convulsión social que pudieran suscitarse. En ese orden, los Prefectos tuvieron las facultades de proponer la organización de estas fuerzas, consultando el número de habitantes y los fondos del fisco para agregar un nuevo cuerpo armado (El Sol del Cusco, N°14, 1825). Como señala David Velásquez (2013), la razón por la que no se estableció una división entre la esfera militar y política en las funciones de los Prefectos del siglo XIX respondió a la necesidad de concentrar todo el poder real para evitar que surgiera un rival político que pudiera usar las tropas en su beneficio (pp.37-38).

⁴⁶ El servicio miliciano estuvo dirigido para todo peruano entre quince y cincuenta años de edad.

4.1.2. Militares y administración pública.

El segundo paso que hizo el Estado en ciernes, para desmovilizar las tropas y los suministros de guerra, estuvo orientado a la vigilancia de los cuerpos armados a través de las Oficinas de Inspección General, creadas exclusivamente para descongestionar las labores del Estado Mayor del Ejército. Sus funciones compelieron al examen de la conducta de los efectivos del Ejército regular y las milicias cívicas. De este modo, se buscó controlar a las clientelas del Ejército y sus caudillos provinciales. Asimismo, Simón Bolívar buscó controlar el despliegue de los empleos militares que se habían formalizado durante la guerra independentista. Para ello estableció una Junta de Calificación que estuvo compuesta por individuos pertenecientes a cada uno de los ramos de la administración civil, eclesiástica y militar. Su labor fue seleccionar a los nuevos empleados del Gobierno a través de un concurso público en el que se buscó calificar la probidad, aptitudes y servicios de quienes debían ser empleados. Luego del concurso, la Junta remitió mensualmente al Ministro de Gobierno una lista de las personas calificadas y seleccionadas para que sean distribuidas en las oficinas del Gobierno. Finalizada la selección se procedió a publicar los resultados en la Gaceta del Gobierno y devolver los expedientes –con la documentación respectiva- a quienes no hayan sido seleccionados.

Estratégicamente, el Congreso Constituyente aprobó que:

A todos los individuos que han servido en la campaña del Perú desde el 6 de Febrero de 1824 hasta el día de la victoria de Ayacucho, se les declara la calidad de personas de nacimiento, con opción á todos los empleos de la República, si por otra parte reunieren los demás requisitos constitucionales (El Sol del Cusco, N°20, 1825).

Esta medida sirvió para promover públicamente a los militares- diputados y hacerlos partícipes del Gobierno Central.⁴⁷ En este sentido, la creación de las Oficinas de Inspección General y la Junta de Calificación evidencia que el régimen bolivariano buscó definirse como una institución burocrática y militarizada para desviar los ímpetus “revolucionarios” de sus oficiales hacia las esferas administrativas. A continuación,

⁴⁷ Esta disposición permitió promover políticamente a Tomás Forcada, Joaquín Paredes, Miguel Tenorio, Gerónimo Agüero, Francisco Argote, Miguel Otero, Felipe Alvarado, Ignacio Ortiz de Zevallos, Ignacio Alcázar, José de La Mar, José Joaquín Olmedo y Alejandro Crespo.

veremos los efectos de la desmovilización de las tropas, las armas y las bestias del Ejército Unido Libertador.

4.2. La desmovilización de los medios para hacer la guerra en números.

De acuerdo con el gráfico N°5, entre 1817 y 1826, se aprecia una relación directamente proporcional entre el número de tropas acuarteladas y el número de armas; es decir que, si la cantidad de una se incrementaba o se reducía, la otra se orientaba en el mismo sentido. Además, se verifica que en estos años, el número de armas y de tropas no llegó a ser equivalente, evidenciando un cierto grado de desabastecimiento de los medios para hacer la guerra. Entre 1820 y 1822 se produjo el incremento de las demandas no satisfechas por el Ejército patriota, tales como el suministro de armas y municiones. Esta tendencia a la alza se mantuvo incluso durante la Campaña Final de 1824, haciendo comprender el reducido grado de capacidad bélica del Ejército. Tras la firma de la Capitulación de Ayacucho y el inicio de la consolidación de las bases institucionales republicanas, las medidas del gobierno bolivariano redujeron las brechas en las tasas de disposición de armas por soldado.

En 1825: 359 brigadistas de artillería poseían 379 armas de fuego (entre fusiles y carabinas), 2.737 de la infantería poseían 5.070 armas de fuego y, 104 de caballería no contaban con armas de fuego (no se registró la cuenta en el estado de armas del Ejército Unido Libertador). En general, 2.975 fusiles y 483 carabinas fueron repartidos a las tropas. Al año siguiente, el stock de fusiles y carabinas, en la infantería, caballería y artillería, se redujo respectivamente en un 68,5% y 71,6%: 254 brigadistas de artillería poseían 373 armas de fuego (entre fusiles y carabinas), 507 de la infantería poseían 674 armas de fuego y, 305 de la caballería contaban con 28 armas de fuego. Al respecto, examinaremos lo que sucedió con las fuerzas del Ejército entre 1825 y 1826.

A finales de 1825, la fuerza del Ejército regular contó con diez cuerpos que fueron destinados a la custodia de los departamentos de la costa central de Perú (CEHMP, 1825, legajo 9, doc.56).⁴⁸ Quedaron en funcionamiento el Batallón Caracas y Araure, dos sub regimientos del Regimiento N°3, un escuadrón de Lanceros, siete escuadrones del Regimiento de Dragones, un escuadrón de los Voluntarios, una Compañía de

⁴⁸ En esta contabilización no se registró la fuerza de las milicias departamentales.

Caballería, una Brigada de Artillería, una Compañía de Infantería de Ica, y un Piquete de Lanceros de Huarochirí.⁴⁹ La fuerza real del Ejército ascendió a 3.200 efectivos y 412 bestias movilizadas⁵⁰, mientras que la fuerza nominal fue de 4.245 efectivos. La diferencia entre la fuerza nominal y la real constituyó las bajas producidas en ese año: 1.045 hombres. Hasta ese entonces: 15 Jefes, 219 Oficiales, 4.012 soldados, 398 caballos y 30 mulas formaron parte del Ejército regular del Perú. Del total de efectivos movilizadas, el 16,6% fueron registrados como enfermos y el 8.39% fueron destacados a diferentes puntos del país. La tercera parte de los cuerpos del Ejército regular estuvieron acuartelados en Lima: Contaron con 13.959 armas, siendo el Batallón Caracas como el cuerpo mejor implementado del Ejército. Las divisiones menores del Ejército, como la Compañía de Infantería de Ica, la Compañía de Caballería y los Lanceros de Huarochirí, no tuvieron un registro preciso donde estuvieron operando: 866 armas estuvieron diseminadas entre Pisco, Ica y Huarochirí.

En 1826, tras la salida del Libertador del territorio peruano y la culminación de la guerra en el Alto Perú, con la derrota de Pedro de Olañeta, el número de tropas del Ejército del Perú se redujo en un 58%. De los diez cuerpos armados que disponía el Gobierno solo quedaron cuatro: La Brigada de Artillería, el Regimiento del Callao, el Regimiento de los Dragones y la Caballería de Ica. Del total registrado, la Brigada de Artillería operó en el Callao, el Regimiento del Callao fue seccionado en dos divisiones, que operaron en Cajamarca y en Ica, el regimiento de los Dragones fue enviado a Trujillo, y la Caballería de Ica permaneció en su misma base de operaciones (CEHMP, 1826, legajo 19, doc.147). La fuerza efectiva del Ejército regular constó de 1.787 hombres y 105 bestias; la fuerza disponible, 1.066 hombres y 6 bestias.⁵¹ De lo último apuntado, quedaron 5 Jefes, 125 Oficiales, 1.697 soldados de tropa, 103 caballos y 2 mulas como fuerzas bélicas del régimen patriótico.

A diferencia del año anterior, la capital estuvo resguardada con 388 soldados de la Brigada de Artillería, mientras que en el resto del país, específicamente en la sierra central y sur, no se registró una presencia masiva del Ejército regular. La ausencia de

⁴⁹ Cabe precisar que en Ica el General Gutiérrez de la Fuente dio las providencias necesarias para agregar a su división a la Partida de Guerrilla del Comandante Huavique, creándose la Compañía de Infantería de Ica. Con este cuerpo combatió la impunidad de los ladrones que estaban ocasionando desmanes en las haciendas de Chíncha, Pisco e Ica. Del mismo modo, la caballería de las guerrillas de Huarochirí fue incorporada al Ejército con el nombre de Piquete de Lanceros de Huarochirí. Información disponible en: CDIP, t.V, vol. 6, p.257.

⁵⁰ Ver los cuadros 11 y 12.

⁵¹ Ver cuadro 13.

este tipo de tropas, en estos espacios, probablemente respondió a la masificación de las milicias provinciales. Estas estuvieron supeditadas a las decisiones de los caudillos regionales, quienes emplearon sus redes clientelares para financiar y movilizar a sus tropas. De este modo, como refiere Jorge Basadre (2009), el centralismo absorbente chocó con la vida local rica en elementos propios en originalidad diversificada (p.90). Producto de esta colisión de orden político y social se erigieron una serie de competidores locales al sillón presidencial, que concibieron al Ejército como una fuente privilegiada de recursos, un mercado de favores donde pudieron afianzar el vínculo patrón-cliente con las élites locales y, un espacio donde la violencia se podía ejercer legal y legítimamente en aras de la conservación del orden social.

Conclusiones

Guerra y guerrillas patriotas en los Andes centrales trabaja con un viejo problema de investigación de la historiografía peruana: El análisis de las formas de guerra ejecutadas por el Ejército patriota durante la guerra independentista. Si bien la historiografía contemporánea ha realizado un notable trabajo sobre el análisis de la guerra de Independencia, ha descuidado mucho el examen de las guerrillas patriotas, sus modos de lucha y la infraestructura de las mismas. Gran parte de la guerra se desarrolló en las provincias del Perú e hizo partícipes no solo a los militares sino a los civiles. Fue una lucha de casa de casa y de pueblo en pueblo.

La idea central de la tesis plantea que en el Perú, durante la guerra independentista, el poder se halló ruralizado. La forma de guerra ejecutada por los patriotas estuvo supeditada a las decisiones de los tribunales públicos y las sociedades locales. La maquinaria de guerra, al no estar concentrada en un lugar y en pocas manos, adquirió un carácter provincial y descentralizado. En ese orden, la guerra de guerrillas representó una alternativa eficaz ante la acrecentada necesidad de concretar militarmente el proyecto independentista. Su red floja y envolvente se adaptó con facilidad a las dinámicas locales. Permitió que los sectores plebeyos, de las sociedades rurales, participaran de la guerra, siempre y cuando estos mejoraran sus condiciones de vida. Sin embargo, la guerra de guerrillas hipersensibilizó los arraigos localistas frente a “lo nacional”. Las guerrillas, conformadas en su mayoría por paisanos labradores, sintonizaron sus estrategias y tácticas de guerra en función del terreno, las comunicaciones, el clima, la fuerza enemiga que se les presentaba al frente y el apoyo de la población del lugar. Su acción permitió la construcción de un espacio político abstracto y flexible, por el mismo hecho de que sus líderes emplearon su carisma para vitalizar la vigencia de sus unidades armadas y sobrevivir a los avatares de la guerra. El carisma fue una relación social que los mandos del Ejército patriota buscaron desnaturalizarla y desarraigarla de las guerrillas. Se buscaba reposicionar las lealtades políticas locales en un mismo plano, el nacional.

Pero, en medida que la guerra independentista fue expandiéndose por los entornos rurales, se hizo factible la densificación de los intermedios locales del régimen patriótico. Bajo esta lógica, el Ejército involucró a los civiles en las redes logísticas. Sin

tropas, armas, ni alimentos el Ejército patriota difícilmente podía operar contra los realistas. Por ello, la disposición de los recursos locales fue posible en los lugares donde se consensuaron las agendas patrióticas con la de los pueblos. Para lograr ello los agentes del Ejército se valieron del trabajo político hecho con los representantes locales.

Sin embargo, el consenso no fue suficiente para domesticar los proyectos localistas y hacer visible la entrega de recursos. En muchos casos, las decisiones del Ejército fueron impuestas violentamente a las poblaciones locales. Prueba de ello es el modo cómo los batallones eran “constituidos a empujones”. Las levadas aplicadas a las poblaciones rurales respondieron al clima social de la época. Las estructuras de mando y obediencia, a una autoridad central, se hallaban quebradas. El Estado en ciernes, por el momento, no hallaba un mecanismo duradero que permitió, a la población rural, reconocer y obedecer los designios del régimen patriótico. En ese sentido, el clientelismo se erigió como un mecanismo de dominación alternativo a la violencia. Pero, sus limitaciones no tardaron en hacerse evidentes. Los cambios de gobierno demandaron un reposicionamiento continuo de las madejas clientelares tejidas desde el sillón presidencial hasta las casas de los intermedios y notables locales. Durante la guerra independentista, las lealtades políticas al régimen patriótico se hallaron siempre frágiles y cuestionadas.

Como vemos, el Ejército de la Patria no podía atender sus asuntos en todas partes. La cercanía al Cuartel General fue resolutoria para que los tribunales locales obraran autónomamente, siguiendo sus criterios personales. De este modo, la guerra independentista superpuso diferentes intereses dentro del conflicto. Las tensiones que se generaron al interior de las provincias respondieron a diferentes causales: Soberanías locales indefinidas, conflictos y excesos de autoridad, bandolerismo y abigeato y conflictos intercomunales. Vistas en conjunto, estas causales fueron las variables que impregnaron su sello a la guerra de Independencia.

Estimamos que la lógica de la guerra de guerrillas cambió a raíz de la implementación de la Campaña Final. Simón Bolívar buscó que los jefes guerrilleros y sus unidades armadas fueran incorporados (en masa) al Ejército Libertador; con ello, se debía normalizar las técnicas de guerra y supeditar los intereses locales al proyecto nacional independentista. En ese orden, las guerrillas serían útiles al Ejército hasta la conclusión de la guerra. No obstante, las deserciones masivas, el ocultamiento de suministros y hombres aptos para servir al Ejército y la desobediencia hacia algunos oficiales de la

Patria fueron repertorios de acción colectiva de resistencia frente al robustecimiento del poder militar. Este tipo de escenario no pudo ser desmontado del todo en las provincias del Perú. Fue el legado de la Independencia del Perú, en materia política y militar, para las sociedades rurales. Si bien la victoria militar fue para el Ejército patriota, y varias de sus unidades armadas con las del Rey (con su logística) fueron desmovilizadas y sus oficiales fueron licenciados e incorporados al andamio burocrático del gobierno, el régimen patriota no pudo domesticar por completo a las máquinas de guerra de las comunidades rurales. La militarización y la politización de las sociedades locales, ocurrido durante la guerra de Independencia, hicieron necesario el empleo de las guerrillas en situaciones de violencia o cuando se requería negociar (por la fuerza) con el gobierno de turno. Esta forma popular de lucha política fue vigente hasta finales del siglo XIX, con la creación de un Ejército profesional.

Anexos

Cuadros

Grados \ Compañía	Granaderos	1°	2°	3°	4°	Cazadores	Total de efectivos
Capitanes	1	1	1	1	1	1	6
Tenientes	1	1	1	1	2	1	7
Subtenientes	1	1	1	1	1	2	7
Sargentos 1°	0	1	1	1	1	1	5
Sargentos 2°	3	4	2	4	3	3	19
Tambores	0	1	0	0	0	3	4
Cabos 1°	5	3	1	4	4	4	21
Cabos 2°	3	3	2	4	4	4	20
Soldados	109	108	114	107	90	115	643

Cuadro 1. Batallón Provisional de Ica, 1821. Fuente: CDIP, t.V, vol.1, p.367.

Territorios	Compañías destacadas	Capitanes	Teniente 1°	Teniente 2°	Alférez	Sargento 1°	Sargento 2°	Cabos	Soldados	Montados	Desmontados
Cerro Blanco y Quillay	1°	2	1	0	1	1	4	10	107	72	35
Molino y Chanchajaija	2°	1	1	0	0	1	4	10	105	31	24
San Juan y Cerro Prieto	1°	1	0	0	0	1	4	10	112	74	38
Ciudad hasta Ocucaje	1° y 2°	1	1	0	0	1	4	10	51	38	13
Auxiliares de Yauca	No se especifica	1	1	1	1	1	4	10	133	92	41
Total		6	4	1	2	5	20	50	508	357	151

Cuadro 2. Regimiento de Caballería de Ica, 1821. Fuente: CDIP, t.V, vol.1, p.446.

Grados \ Compañía	Granaderos	1°	2°	3°	4°	Cazadores	Total de armas
Fusiles	105	39	22	27	19	0	212
Bayonetas	51	20	9	0	0	0	80
Tercerolas	0	0	0	0	0	120	120
Cartucheras	48	0	0	5	5	16	74
Piedras de chispa	80	20	20	27	19	120	286
Lanzas	0	85	98	75	0	0	258
Cajas de guerra	0	1	0	0	0	0	1
(ilegible)	26	0	0	0	0	0	26
Cartuchos	200	200	200	200	100	200	1.100
Total							2.157

Cuadro 3. Armas del Batallón Provisional de Ica, 1821. Fuente: CDIP, t.V, vol.1, p.367.

Pueblos \ Recursos	Fusiles	Cananas	Paquetes	Piedras	Sables	Cornetas	Tambor	Pito	Banderas	Fuerza	Caballos	Lanzas
Huancaya	60	30	191	81	2	1	1	1	1	100	30	0
Yauyos	0	0	0	0	0	0	0	0	0	50	0	50
Huarcapalca	25	0	25	25	0	0	1	1	0	50	0	0
Cacra	25	0	25	25	0	0	1	1	0	50	0	0
Vilca	100	50	200	200	5	0	2	1	0	100	0	0
Tomas	60	10	50	100	3	1	1	1	1	100	20	0
Huantán	80	80	200	120	0	0	2	1	1	150	0	0
Huarmicocha	25	0	25	25	0	0	1	1	0	500	0	0
Caballería de Yauyos	25	25	25	50	25	1	0	0	1	25	60	0
Viñac	25	0	25	25	0	0	1	1	0	50	0	0
Total	425	195	766	651	35	3	10	8	4	1.175	110	50

Cuadro 4. Estado de Recursos de la Provincia de Yauyos, 1822. Fuente: Elaboración propia.

Doctrinas Recursos	Chaclacayo (a)	Cocachacra (b)	Matucana (c)	San Mateo (d)	Pomacancha (e)	Total
Vacas de Matanza	6	11	11	17	0	45
Novillos	4	43	9	1	0	57
Torillos	6	42	9	1	0	58
Terneros	0	14	16	24	0	54
Carneros y cabras	800	196	288	190	0	1.474
Libras de manteca	0	40	34	8	15	97
Arrobas de maíz	260	1.225	2.017	337	8	3.847
Costales de papas	30	400	160	82	74	746
Cestones de camotes	9	0	0	0	0	9
Costales de jora	1	8	1	0	0	10
Arrobas de sal	150	300	33	379	17	879
Tercios de leña	150.000	100.000	2.000	3.000	4.496	259.496
Aves de corral	0	50	74	21	0	145
Arrobas de cecina	0	0	0	8	0	8
Pesos de velas	50	50	70	38	23	231
Total	151.316	102.379	4.722	4.106	4.633	267.156

Cuadro 5. Razón de víveres aportados al Ejército patriota por los pueblos de indios de Chaclacayo, Cocachacra, Matucana, San Mateo y Pomacancha. 10 de octubre de 1823. *Fuente:* Elaboración propia. Observaciones: Con respecto a las alturas de estos lugares sobre el nivel del mar: (a) 560 msnm. (b) 1.410 msnm. (c) 2.378 msnm. (d) 3.149 msnm. (e) 3.806 msnm.

Doctrina	Animales		Alimentos (en costales)			Insumos		
	Vacas	Carneros	Papa	Trigo	Maíz	Leña (en tercios)	Champa	Otros
Huariaca	569 (j)		200	50 (a)	300	812		
Pallanchacra	156	412	316	40	300	700		45 (b)
Yanahuanca	500	5.000	300		100	1.000		
Tapuc	50	500	100			600		
Chacayán	40	500	300	14	50 (c)			
Cayna	175	115	133	8	176	435		20 (d)
Pasco							40.000	
Hacienda de Sacramento							10.000	200 (e)
Hacienda de Casa Blanca								20 (f)
Rancas							30.000	20 (g) + 10 (h)
Quiullacocha								100 (i)
Pacoyán		20.000						
Caracancha		10.000						

Paria		10.000						
Ninacaca		2.000	100		80		40.000	
Carhuamayo		20.000					30.000	
Reyes	200	2.800					6.000	
Ulucmayo		1.100	700		10			

Cuadro 6. Aporte de los pueblos de tránsito, entre Rancas y Reyes, durante el traslado del Ejército Libertador, junio de 1824. *Fuente:* CDIP, t.V, vol.6, pp. 10-12. Observaciones: (a) Incluye la cantidad de costales de harina de trigo. (b) Costales de harina. (c) Incluye el aporte de cebada. (d) Arrobas de sal. (e), (f) y (g) Costales de alcaceres para el consumo de las bestias de carga. (h) Pesos en velas. (i) Ollas. (j) En el documento se precisa la cantidad en conjunto, y no por separado.

Procedencia	Armas	Cuerpos	Fuerza primitiva		Fuerza en Jauja	
			Hombres	Caballos	Hombres	Caballos
Ejército de Colombia	Infantería	Batallón de Rifles	1.065	0	1.008	0
		Ídem Vencedores	923	0	892	0
		Ídem Vargas	830	0	639	0
		Ídem Bogotá	814	0	747	0
		Ídem Boltigeros (antes Numancia)	842	0	807	0
		Ídem Caracas (antes Boyacá)	716	0	685	0
	Caba- llería	Granaderos a caballo de Colombia	114	114	114	114
		Húsares de Junín (antes Llaneros)	540	540	436	436
		Total del Ejército de Colombia	6.638	654	6.069	550
Procedencia	Armas	Cuerpos	Fuerza primitiva		Fuerza en Jauja	
			Hombres	Caballos	Hombres	Caballos
Ejército de Perú	Infantería	Legión Peruana	614	0	410	0
		Batallón N°1	554	0	375	0
		Batallón N°2 (antes Tiradores)	550	0	428	0
		Ídem N°3	498	0	316	0
		Ídem de Trujillo	640	0	0 (a)	0 (a)
		Ídem de la Guardia	612	0	0 (a)	0 (a)
	Caballe- ría	Coraceros, cuatro escuadrones	587	587	460	460
		Húsares del Perú, dos escuadrones	170	170	114	114
		Escuadrones de Carreño, tres	364	364	206	206
		Compañía de la Escolta	40	40	30	30
		Total del Ejército Peruano	4.629	1.161	2.239	810

Cuadro 7. Razón de las fuerzas patriotas antes y después de la Batalla de Junín. *Fuente:* Valdés, J., 1898, t. III, pp.85-86. Observaciones: (a) Los batallones Trujillo y la Guardia del Perú se separaron del Ejército y marcharon a la Costa antes de llegar las tropas de Bolívar al Valle de Jauja; por esta razón no se saca su fuerza en la casilla correspondiente. (b) La fuerza de los enemigos en Ayacucho no puede manifestarse por falta de datos; pero la que Sucre publicó disponible en su parte de aquella jornada asciende a 5.780 hombres de todas armas, la cual se puede asegurar que pasaba de 7.000, según más por extenso se demuestra en la relación de la batalla.

	Puerto de Quilca	Puerto del Callao	Total
Tenientes Generales	2	0	2
Mariscales de Campo	3	1	4
Brigadieres	8	1	9
Coroneles	14	2	16
Teniente Coroneles	33	15	48
Capitanes graduados de Tenientes Coroneles	48	16	64
Tenientes	33	20	53
Subtenientes	60	38	98
Capellanes	4	0	4
Médicos Cirujanos	2	0	2
Totales	207	93	300

Cuadro 8. Número de oficiales capitulados que salieron del Perú, 1825. *Fuente:* Elaboración propia.

Cuerpos	Fuerza efectiva			Fuerza disponible		
	Hombres	Caballos	Armas	Hombres	Caballos	Armas
Regimiento de Infantería Real Felipe	380	0	115	45	0	100
Compañías francas de Aballe	136	0	110	100	0	110
Escuadrón de milicias de Horna	115	115	104	86	86	86
Escuadrón de milicias de Caparros	113	120	100	100	100	100
Escuadrón de milicias de Arana	94	94	73	65	65	65
Sección yeguar de Policía	98	98	40	73	73	40
Total	936	427	542	469	324	501

Cuadro 9. Fuerzas efectivas y disponibles del Ejército realista que quedaron en Arequipa tras la Capitulación de Ayacucho. *Fuente:* Valdés, J., 1898, t. III, p.92.

Cuerpos	Fuerza efectiva			Fuerza disponible		
	Hombres	Caballos	Armas	Hombres	Caballos	Armas
Depósito de reclutas llamado Batallón de Huamanga	1.216	0	823	508	0	612
Otro ídem llamado Compañías de Inválidos	200	0	150	50	0	50
Piquete de Policía para el servicio interior de la provincia	130	130	130	105	105	105
Depósito de los Granaderos de la Guardia	120	211	80	36	211	80
Piquete de Artillería	30	0	30	20	0	30
Asistentes y criados de los Jefes del Ejército	80	0	0	0	0	0
Enfermos y convalecientes del Ejército	928	0	928	460	0	460
Reclutas en marcha que no llegaron a incorporarse	300	0	0	0	0	0
Total	3.004	341	2.141	1.179	316	1.337

Cuadro 10. Fuerzas efectivas y disponibles del Ejército realista que quedaron en Cusco tras la Capitulación de Ayacucho. *Fuente:* Valdés, J., 1898, t. III, p.91.

Cuerpo \ Grados	Jefes	Capitanes	Subalternos	Sargentos	Banda	Cabos y soldados	Total
Brigada de Artillería	1	5	13	25	16	299	359
Batallón Caracas	3	6	23	36	23	618	709
Batallón Araure	2	6	11	34	16	505	574
Regimiento N°3	2	10	38	62	70	708	890
Escuadrón Lanceros	1	2	4	14	7	110	138
Regimiento de Dragones	3	10	18	34	12	218	295
Escuadrón de Voluntarios	1	2	8	4	2	37	54
Compañía de Infantería de Ica	0	0	2	4	3	68	77
Compañía de Caballería	0	1	0	5	3	66	75
Piquete de Lanceros de Huarochirí	0	1	1	2	1	24	29
Total	13	43	118	220	153	2653	3.200

Cuadro 11. Fuerza real de guerra del Ejército Unido del Perú, 1825. Fuente: Elaboración propia.

	Brigada de Artillería	Batallón Caracas	Batallón Araure	Regimiento N°3	Escuadrón Lanceros	Regimiento de Dragones	Escuadrón de Voluntarios	Compañía de Infantería de Ica	Compañía de Caballería	Lanceros de Huarochirí	Total
Fusiles	267	699	592	1.323	0	0	0	94	0	0	2.975
Bayonetas	267	699	404	1.259	0	0	0	0	0	0	2.629
Carabinas	112	9	0	0	194	0	58	0	87	23	483
Lanzas	60	0	0	0	207	332	25	0	35	30	689
Sables	112	0	0	0	196	294	15	0	33	45	695
Cartucheras	266	698	762	1.178	0	0	0	91	85	0	3.080
Cinturones	0	698	699	1.436	0	0	0	0	0	0	2.912
Talíes	266	698	699	1.255	0	0	0	89	0	0	3.007
Vainas de bayoneta	0	686	763	1.360	0	0	0	0	0	0	2.809
Portafusiles	0	724	756	855	0	0	0	89	0	0	2.424
Banderolas	112	0	0	0	206	0	58	0	39	30	445
Portamosquetones	0	0	0	0	197	0	0	0	0	0	197
Tiros de sable	112	0	0	0	196	294	0	0	15	0	617
Cubrellaves	0	602	282	839	0	0	0	0	0	0	2.123
Aujetas	0	800	575	1.146	0	0	0	79	0	0	2.600
Cajas de guerra	6	13	6	18	0	0	0	2	0	0	45
Pitos	6	8	6	18	0	0	0	0	0	0	38
Cornetas	0	5	5	11	0	0	0	0	0	0	21
Clarines	6	0	0	0	8	11	1	0	0	0	26
Total de Armas	1.592	6.339	6.028	10.698	1.204	931	157	444	294	128	27.815

Cuadro 12. Armas del Ejército Unido Libertador, 1825. Fuente: Elaboración propia.

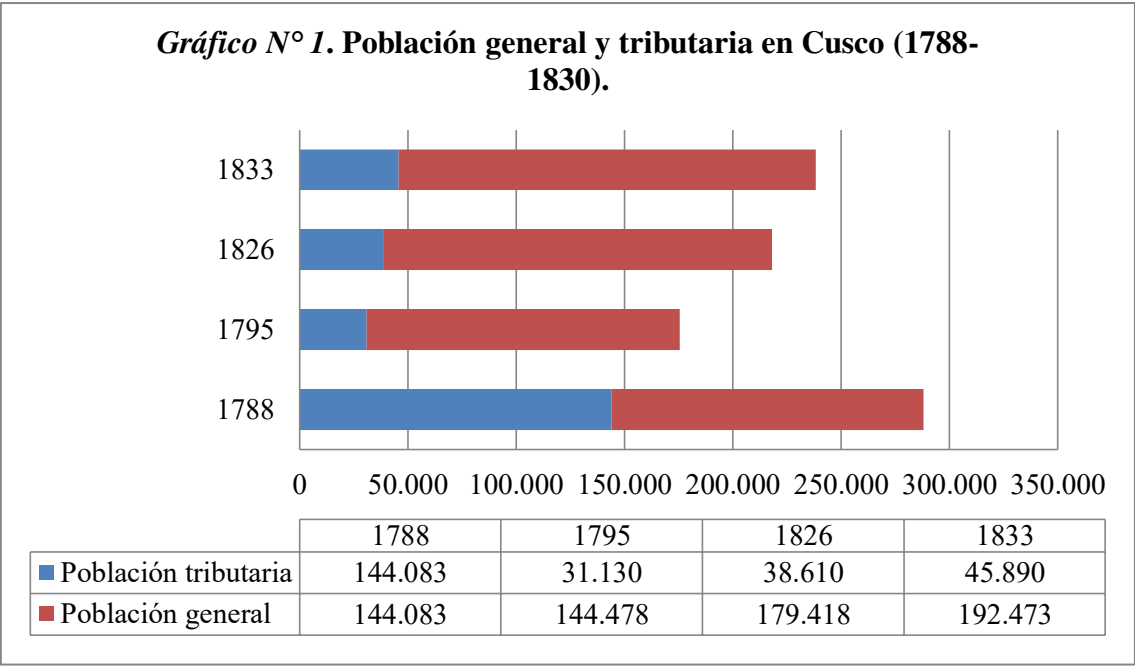
	Bestias					Hombres			
	Mulas	Caballos	Jefes	Capitanes	Subalternos	Sargentos	Banda	Cabos y soldados	Total de hombres
Brigada de Artillería	2	4	1	5	10	22	53	163	254
Regimiento del Callao	0	0	0	7	17	25	42	416	507
Regimiento de Dragones	0	0	2	3	31	29	16	176	257
Caballería de Ica	0	0	0	1	0	4	3	40	48
Total	2	4	3	16	58	80	114	795	1.066

Cuadro 13. Fuerza disponible del Ejército del Perú, 1826. *Fuente:* Elaboración propia.

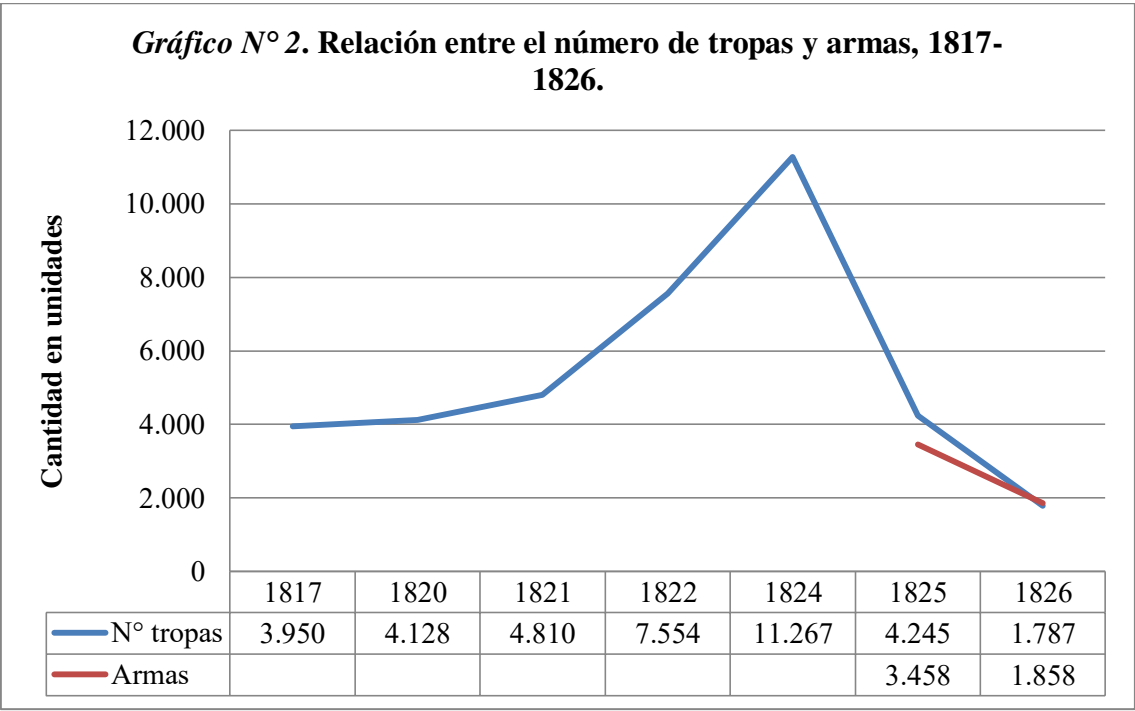
	Brigada de Artillería	Regimiento del Callao	Regimiento de Dragones	Caballería de Ica	Total
Fusiles	264	674	0	0	938
Bayonetas	264	696	0	0	920
Carabinas	109	0	0	28	137
Lanzas	0	0	220	43	263
Sables	106	0	202	13	321
Cartucheras	266	808	0	0	1.074
Cinturones	0	684	0	0	684
Talíes	266	739	0	0	1.009
Vainas de bayoneta	0	669	0	0	669
Portafusiles	0	708	0	0	708
Banderolas	110	0	0	0	110
Portamosquetones	0	0	0	123	123
Tiros de sable	106	0	202	13	321
Cubrellaves	0	264	0	0	264
Aujetas	0	165	0	0	165
Cajas de guerra	6	26	0	0	32
Pitos	6	11	0	0	17
Cornetas	0	25	0	0	25
Clarines	6	0	8	2	16
Totales	1.509	5.469	632	222	7.796

Cuadro 14. Armas del Ejército del Perú, 1826. *Fuente:* Elaboración propia.

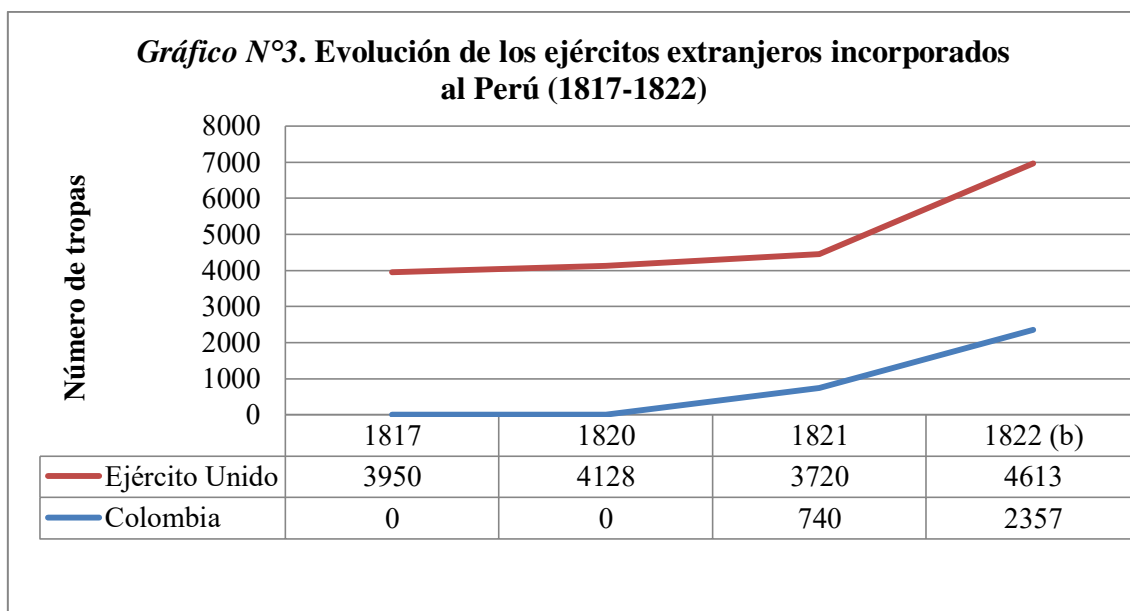
Gráficos



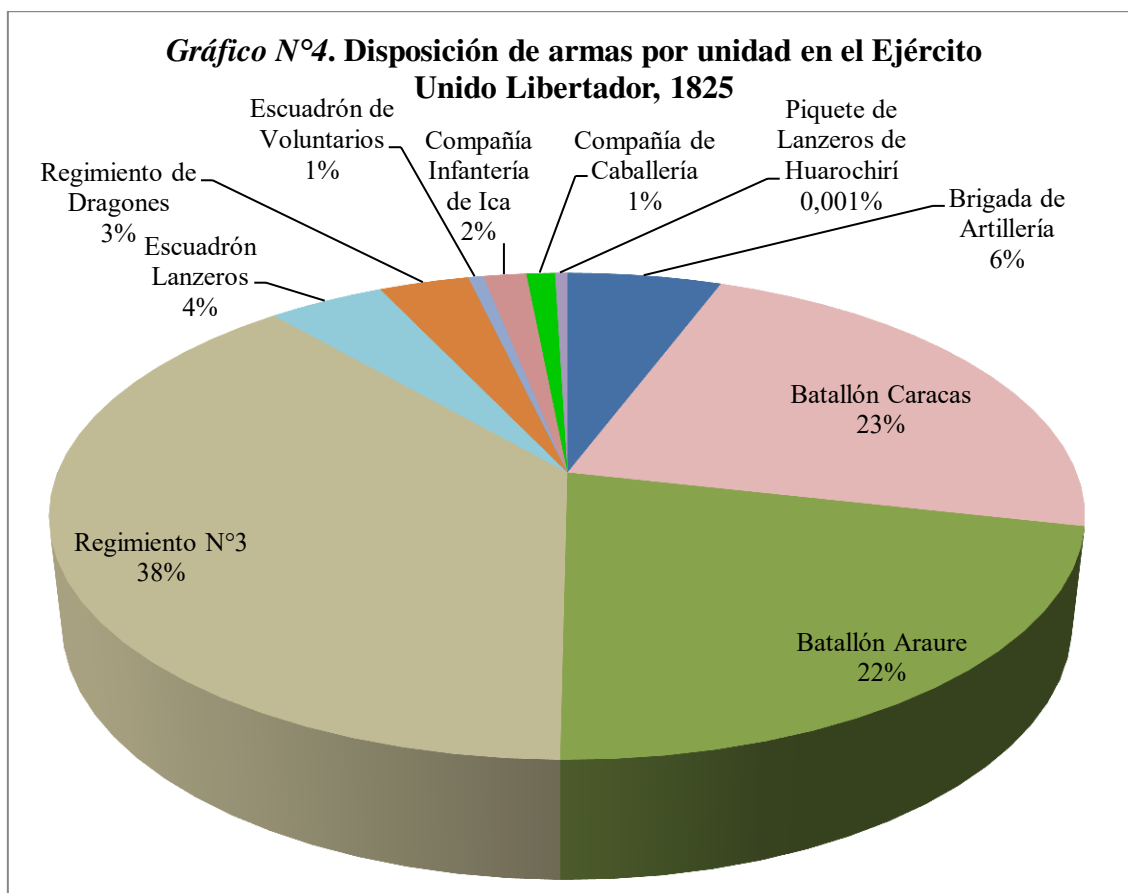
Fuente: Elaboración propia. Las cifras, disponibles en: Peralta, V., 1991, p.58.



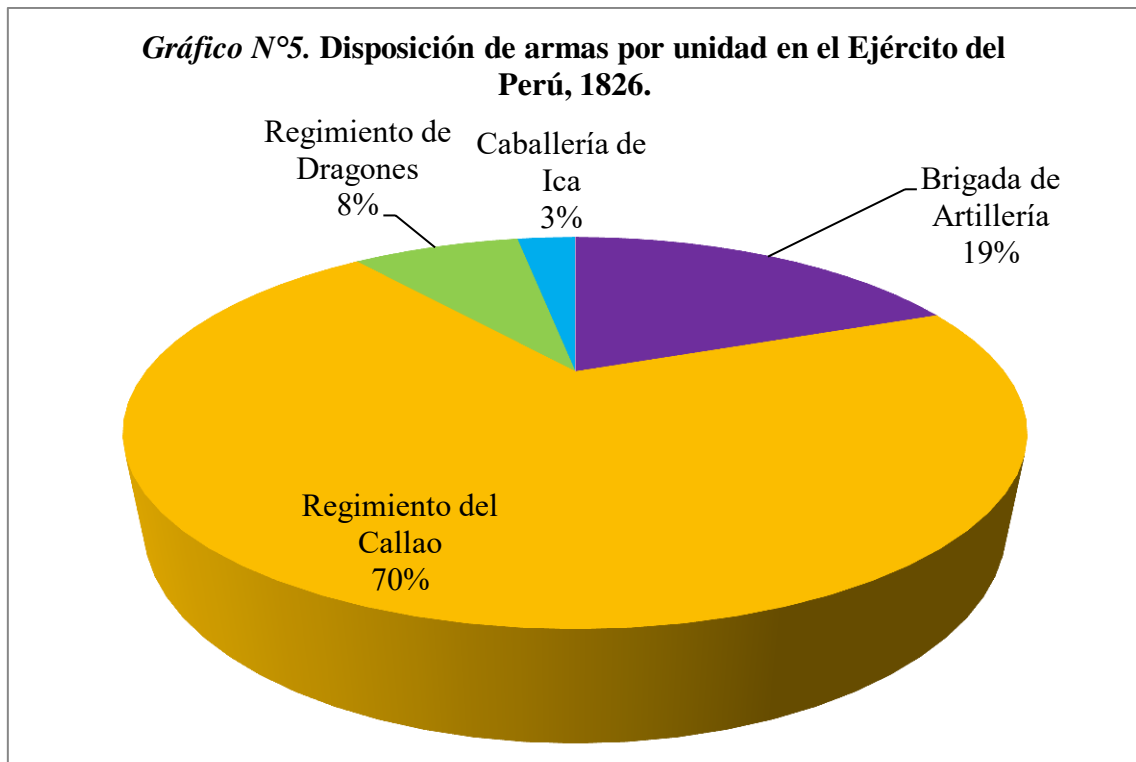
Fuente: Elaboración propia. Observación: Las cifras se apoyan en Durand, L., Dunbar, E., Vergara, G., Baracorzo, G. (eds.), 1984, t. IV, para 1817-1822; Valdés, J., 1898, t. III, pp.85-96, para el número de tropas patriotas en 1824; CEHMP, Legajo 9, doc.56, para el Ejército patriota en 1825; CEHMP, Legajo 19, doc.147, para el Ejército del Perú en 1826.



Fuente: Elaboración propia. Observación: (a) Los datos consignados provienen de: Durand, L., Dunbar, E., Vergara, G., Baracorzo, G. (eds.), 1984, t. IV; (b) En 1822, la cifra consignada de colombianos se dividió entre 701 soldados del Batallón Numancia y 1656 refuerzos de la División Colombia provenientes de Guayaquil.



Fuente: Elaboración propia.



Fuente: Elaboración propia.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

1. FUENTES PRIMARIAS.

ARCHIVOS Y BIBLIOTECAS:

Archive ORG.

COVARRUBIAS, Sebastián de. (1987 [1611]). *Tesoro de la lengua castellana o española*. Barcelona: Editorial Alta Fulla.

PERÚ. (1793). *Reglamento para las milicias de Infantería y Caballería de la Isla de Cuba*. Lima: Imprenta de la Real Casa de los Niños Expósitos.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA. (1817). *Diccionario de la lengua castellana por la Real Academia Española*. Quinta Edición. Madrid: Imprenta Real.

VIDAURRE, Mariano Lorenzo de. (1828). *Efectos de las facciones en los gobiernos nacientes*. Boston: Imprenta de W.W. Claff.

Biblioteca Nacional de España, portal web.

ÁLVAREZ, Juan. (1832). *Memoria histórica sobre las operaciones e incidencias de la División Libertadora a las órdenes del Gen. D. Juan Antonio Álvarez de Arenales, en su segunda campaña a la Sierra del Perú en 1821*. Buenos Aires: Imprenta de la Gaceta Mercantil.

BRANDSEN, Federico. (1910). *Escritos del coronel don Federico de Brandsen*. Compilación, Federico Santa Coloma Brandsen. Buenos Aires: Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco.

ESPEJO, Gerónimo. (1868). *Apuntes históricos sobre la expedición libertadora del Perú, 1820 por el coronel Jerónimo Espejo*. Buenos Aires: Imprenta de Mayo.

GARCÍA CAMBA. (1916). *Memorias del general García Camba para la historia de las armas españolas en el Perú, 1809-1821*. 2 volúmenes. Madrid: Editorial América.

GUIDO, Tomás. (1900). *San Martín y la gran epopeya*. Buenos Aires: W.M. Jackson.

PEZUELA, Joaquín de la. (1821). *Manifiesto en que el virey [sic] del Perú, Don Joaquín de la Pezuela, refiere el hecho y circunstancias de su separación del mando*. Madrid: Imprenta de Leonardo Núñez de Vargas.

RIVA AGÜERO, José. (1824). *Exposición de Don José de la Riva Agüero acerca de su conducta política en el tiempo que ejerció la presidencia de la República del Perú*. Londres: [s.n.] Impreso por C. Wood.

ROCA, Segundo. (1866). *Apuntes póstumos. Relación histórica de la Primera Campaña del General Arenales a la sierra del Perú, en 1820*. Buenos Aires: Imprenta de Mayo.

RODIL, José. (1955). *Memoria del sitio del Callao*. Edición y nota preliminar, Vicente Rodríguez Casado y Guillermo Lohmann Villena. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos.

SANTA CRUZ, Eulogio. (1823). *Proyecto Ausiliar dirigido á facilitar al Gobierno Medios de Subsistencia, y organizar las contribuciones de los pueblos*. Cusco: Imprenta del Gobierno legítimo del Perú.

TAGLE, Bernando de. (1824). *Manifiesto del Marques de Torre- Tagle sobre algunos sucesos notables de su gobierno*. Lima: Sin editorial.

VALDÉS, Jerónimo.

(1824). *Estracto del diario de las operaciones del ejército español en la campaña sobre el Desaguadero mandadas en persona por el Excmo. Sr. Virrey Don José de la Serna, en el año de 1823*. Cusco: Imprenta de B. González.

(1898). *Documentos para la historia de la guerra separatista*. Publicados por el Conde de Torata. Madrid: Imprenta de la Viuda de M. Minuesa de los Ríos. t. III. “Refutación que hace el Mariscal de Campo...; del Diario que escribió D. José Sepúlveda sobre la última campaña del Ejército español en el Perú en 1824.”

Biblioteca Nacional de Colombia, portal web.

BALDEBARRANO, Alfonso y BAUTISTA, Juan. (1823). *Instrucción de Guerrilla por el Sr. D. Felipe de San Juan, compuesta y aumentada por el Teniente coronel D. Alfonso Balderrabano, Sargento mayor del Regimiento infantería ligera tiradores de Doyle y por D. Juan Bautista de Maortua, Teniente del mismo, con algunas adiciones hechas posteriormente por este oficial*. Tercera Edición. Santiago de Chile: Imprenta Nacional.

MARQUEZ, Remigio. (1821). *Tratado de Guerrilla para el uso de las tropas ligeras de la República de Colombia*. Santa Marta: Imprenta del Seminario.

Biblioteca Nacional del Perú.

BOLÍVAR, Simón. (1947). *Obras Completas*. Tomo 1. Compilación y notas, Vicente Lecuna. La Habana: Editorial Lex.

COLECCIÓN DOCUMENTAL DE LA INDEPENDENCIA DEL PERÚ. (1971-1975). Tomo V. *La acción patriótica del pueblo peruano. Guerrillas y Montoneras*. Volúmenes 1 al 6. Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú. Investigación, recopilación y prólogo, Ella Dunbar Temple.

COLECCIÓN DOCUMENTAL DE LA INDEPENDENCIA DEL PERÚ. (1973). *Asuntos Militares*. Tomo VI. “Estado Militar correspondiente al Año 1823.” Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú. Prólogo, compilación y ordenamiento, Felipe de la Barra.

COLECCIÓN DOCUMENTAL DE LA INDEPENDENCIA DEL PERÚ. (1971-1973). Tomo XXVII. *Relaciones de Viajeros*. Volúmenes 1 al 4. Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú. Estudio preliminar y compilación, Estuardo Núñez.

MENDIBURÚ, Manuel de. (1934). *Diccionario histórico biográfico del Perú*. Tomo X. Lima: Librería e Imprenta Gil S.A.

MILLER, John. (1975). *Memorias del general Guillermo Miller*. Estudio preliminar de Percy Cayo Córdova. Lima: Editorial Arica, 2 vols.

SUCRE, Antonio. (1981). *De mi propia mano*. Selección y prólogo, J.L. Salcedo-Bastardo. Cronología, Inés Mercedes Quintero Montiel, Andrés Eloy Romero. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

VALDÉS, José Manuel. (1827). *Memoria sobre las enfermedades epidémicas que padecieron en Lima el año 1821 estando sitiado por el Ejército Libertador escrita por el Doctor José Manuel Valdés, Catedrático de Vísperas de Medicina en la Universidad de San Marcos, Profesor de Patología y Terapéutica en el Colegio de Independencia, Socio de la Real Academia de Medicina de Madrid y publicado por orden de este Supremo Gobierno, para la instrucción pública*. Lima: Imprenta de la Libertad.

UNANUE, Hipólito. (1793 [1985]). *Guía política, eclesiástica y militar del Virreinato del Perú para el año de 1793*. Lima: Corporación Financiera de Desarrollo.

Centro de Estudios Histórico Militares del Perú (CEHMP)

1823. *Estado General del Armamento y Equipo con que se ha provisto por la maestranza de artillería a los cuerpos del Ejército del Centro*. Legajo 10, doc.53.

1825. *Estado General de los Cuerpos del Ejército Unido de la Costa Norte del Perú*. Legajo 9, doc.56.

1826. *Estado General de los Cuerpos del Ejército Unido del Perú*. Legajo 19, doc.147.

Portal de Archivos Españoles, Pares.

Archivo General de Simancas (AGS), Secretaría de Estado y Despacho de Guerra. *Plano y fachada principal del Cuartel de Caballería de Milicias urbanas del partido de Yauyos, en el Perú, construido el año de 1798*. 30 de octubre de 1802. Signatura General: MP-Perú Chile, 151.

PERIÓDICOS Y REVISTAS:

Periódicos.

El Depositario de Cusco:

- 1823: N°82.
- 1824: N°108, 109, 110, 113, 114, 115, 116, 119, 121.
- 1825: N°123, 126, 128, 129.

El Pacificador del Perú:

- 1821: N°1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10.

El Peruano Independiente:

- 1825: N°1, 2, 3, 4, 5, 6, 7.

El Fénix:

- 1827: N°1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13.

El Sol del Cusco:

- 1825: N° 7, 8, 9, 11, 14, 18, 20.

El Sol del Perú:

- 1822: N°1, 2, 4, 5, 6, 7.

Gaceta del Gobierno de Lima Independiente. Lima, 22 de agosto de 1821.

Revistas que publicaron fuentes inéditas.

DE VIDAL, Francisco. (1855 [1949]). “Memoria escrita en 1855, después de la batalla de La Palma.” *Fénix. Revista de la Biblioteca Nacional*, N°6, pp.595-640.

URTEAGA, Horacio. (1921). “La jura de la Independencia por los pueblos libres del departamento de Ica.” *Revista del Archivo Nacional*, t. II, N°2, pp.379-389.

2. FUENTES SECUNDARIAS.

BIBLIOGRAFÍA:

ABARCA, Jorge. (2006). “Los militares ante la élite. Imagen y modalidades de captación en Perú y Chile (1817-1824).” *HISPANIA NOVA, Revista de Historia Contemporánea*, N°6. En línea. Recuperado de: <http://hispanianova.rediris.es>

AGUIRRE, Carlos y WALKER, Charles, eds. (1990). *Bandoleros, abigeos y montoneros. Criminalidad y violencia en el Perú, siglos XVIII-XIX*. Lima: Instituto de Apoyo Agrario.

AGUIRRE, Carlos.

(1990a). “Cimarronaje, bandolerismo y desintegración esclavista. Lima, 1821-1854.” En: *Bandoleros, abigeos y montoneros. Criminalidad y violencia en el Perú, siglos XVIII-XIX*. Lima: Instituto de Apoyo Agrario, pp.137-182.

(1990b). “Disciplina, castigo y control social. Estudio sobre las conductas sociales y mecanismos punitivos. Lima, 1821-1868. Tesis de Licenciatura en Historia. Facultad de Ciencias Sociales. Lima: Universidad Nacional Federico Villarreal.

(1995). *Agentes de su propia libertad. Los esclavos de Lima y la desintegración de la esclavitud, 1821-1854*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

ALDANA, Christian. (2017). “Las últimas banderas. Rodil, el Callao y las últimas batallas por la independencia del Perú (1824-1826).” Tesis de Licenciatura en Historia. Facultad de Ciencias Sociales. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

ALJOVÍN, Cristóbal.

(1997). “Poderes locales en la primera mitad del XIX.” *Histórica*, vol. XIX, N°1, pp.1-25.

(2000). *Caudillos y Constituciones. Perú 1821-1845*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Instituto Riva Agüero, Fondo de Cultura Económica.

ALJOVÍN, Cristóbal y JACOBSEN, Nils, eds. (2007). *Cultura política en los andes (1750-1950)*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Instituto Francés de Estudios Andinos.

ALJOVÍN, Cristóbal y VELÁSQUEZ, Marcel, eds. (2017). *Voces de la Modernidad. Perú, 1750-1870*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.

ANNA, Timothy. (2003). *La caída del gobierno español en el Perú. El dilema de la Independencia*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

ANNINO, Antonio, coord. (2007). *Inventando la Nación. Iberoamérica, siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.

AMICH, José de. (1988). *Historia de las misiones del Convento de Santa Rosa de Ocopa*. Lima: Editorial Milla Batres.

ARMAS, Fernando. (2011). “Tierras, mercados y poder: El sector agrario en la primera centuria republicana.” En: *Compendio de Historia Económica del Perú*. t. IV: “Economía de la Primera centuria independiente”. Lima: IEP-BCRP, pp.93-164.

BASADRE, Jorge.

(1929 [2009]). *La multitud, la ciudad y el campo en la historia del Perú*. Lima: Editorial Peisa.

(2014). *Historia de la República del Perú*. t. I, “La época fundacional de la República, 1822-1842”. Versión e-book. Lima: El Comercio.

BELTRÁN, Ezequiel. (1975). *Las guerrillas de Yauyos en la Emancipación del Perú*. Lima: Editorial del autor.

BONILLA, Heraclio.

(1991). "Estado y tributo campesino. La experiencia de Ayacucho." En: *Los Andes en la Encrucijada. Indios, Comunidades y Estado en el siglo XIX*. Quito: Ediciones Libri Mundi, Flacso Sede Ecuador, pp.355-366.

(2007). *Metáfora y realidad en la Independencia del Perú*. Lima: Fondo Editorial del Pedagógico San Marcos.

CAMPBELL, Leon. (1978). *The Military and Society in Colonial Peru, 1750-1810*. Philadelphia: American Philosophical Society.

CANEQUE, Alejandro. (2005). "De parientes, criados y gracias. Cultura del don y poder en el México colonial (siglos XVI- XVII)." *Histórica*, XXIX, 1, pp.7-42.

CARCELÉN, Carlos y MALDONADO, Horacio. (2013). "La organización del Ejército en el Perú a finales de la era colonial." *Cuadernos de Marte*. Año 3, N°4, pp.47-92.

CASTRO, Luis. (1991). *De la Patria Boba a la teología bolivariana. Ensayos de historia intelectual*. California: Monte Ávila Editores.

CHASSIN, Joëlle. (2008). "El rol de los alcaldes de indios en las insurrecciones andinas (Perú a inicios del siglo XIX)." *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, 37, 1, pp.227-242.

CHIARAMONTI, Gabriela. (2007). "De marchas y contramarchas: apuntes sobre la institución municipal en el Perú (1812-1861)." *Araucanía*, vol. 9, N°18, pp.150-179.

CHIGNE, Juan. (2013). "Independencia y cultura política en el Cabildo de Trujillo (1815-1821)." Tesis de Licenciatura en Historia. Facultad de Ciencias Sociales. Trujillo: Universidad Nacional de Trujillo.

CLAUSEWITZ, Carl Von. (1824 [1992]). *De la Guerra*. 2ª Edición. Buenos Aires: Editorial Labor.

CONDE, Jorge. (2014). "La conversión de milicianos y guerrilleros en ciudadanos armados de la República de Colombia." *Historia Caribe*, IX, 25, pp.17-37.

CONTRERAS, Carlos. (2012). "El precio de ser libres: costos y consecuencias económicas de la independencia en el Perú." En: *En el nudo del Imperio. Independencia y democracia en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, Instituto Francés de Estudios Andinos, pp.417-441.

CUSTRED, Glynn. (1977). "Las punas de los Andes centrales." En: *Pastores de puna. Uywamichiq Punarunakuna*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, pp.55-85.

DEMÉLAS, Marie.

(2007a). "Estado y actores colectivos. El caso de los Andes." En: *Inventando la Nación. Iberoamérica, siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, pp.347-378.

(2007b). *Nacimiento de la guerra de guerrilla: el diario de José Santos Vargas (1814-1825)*. La Paz: IFEA, Plural Editores.

DIEGO, Emilio. (2008). "Panorámica General". *Revista de Historia Militar*. Año LII, número extraordinario, pp.15-25.

DI MEGLIO, Gabriel.

(2006) *¡Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución de Mayo y el Rosismo*. Buenos Aires: Prometeo Ediciones.

(2011). "La participación popular en la revolución de independencia en el actual territorio argentino, 1810-1821." *Anuario de Estudios Americanos*, 68, 2, pp.429-454.

(2013). "La participación popular en las revoluciones hispanoamericanas, 1808-1816. Un ensayo sobre sus rasgos y causas." *Almanack. Guarulhos*, 5, pp.97-122.

DURAN, Luis, TEMPLE, Ella, VERGARA, Gustavo, BARACORZO, Gustavo (eds.) (1984). *Historia General del Ejército Peruano*. t. IV, "El Ejército en la independencia del Perú". Lima: Comisión Permanente del Ejército.

DURKHEIM, Emile. (1992). *La división del trabajo social*. Madrid: Akal.

ECHEVERRI, Marcela. (2009). "Los derechos de indios y esclavos realistas y la transformación política en Popayán, Nueva Granada (1808-1820)." *Revista de Indias*, vol. LXIX, N°246, pp.45-72.

ESCANILLA, Silvia.

(2014). "La quiebra del orden establecido. Movilización social, inestabilidad política y guerra en la costa central del Virreinato del Perú, 1816-1822." Tesis de Maestría en Historia. Departamento de Humanidades. La Paz: Universidad de San Andrés.

(2018). "Hacia una nueva cronología de la guerra de independencia en el Perú." En: *Tiempo de guerra: Estado, nación y conflicto armado en el Perú, siglos XVII-XIX*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, pp.111-137.

ESDAILE, Charles.

(2006). *España contra Napoleón. Guerrillas, bandoleros y el mito del pueblo en armas (1808-1814)*. Barcelona: Edhasa.

(2009). *Las guerras de Napoleón: una historia internacional, 1803-1815*. Barcelona: Crítica.

- FAVRE, Henry. (1986). "Bolívar y los indios." *Histórica*, vol. X, N°1, pp.1-18.
- FISHER, Jhon.
- (2000). *El Perú Borbónico 1750-1824*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- (2006). "Redes de poder en el Virreinato del Perú, 1776-1824: Los burócratas." *Revista de Indias*. Vol. LXVI, N°236, pp.149-164.
- FLORES, Alberto. (1984). *La ciudad sumergida. Aristocracia y Plebe. Lima, 1760-1830*. Lima: Mosca Azul.
- FREGA, Ana. (2002). "Caudillos y montoneras en la revolución radical artiguista." *Andes*, N°13, pp.1-27.
- FONSECA, Juan. (2010). "¿Bandoleros o patriotas? Las guerrillas y la dinámica popular en la independencia del Perú." *Histórica*, XXXIV, 1, pp.105-128.
- FRADKIN, Raúl.
- (2005). "Bandolerismo y politización de la población rural de Buenos Aires tras la crisis de independencia (1815-1830)." *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 5. En línea. Recuperado de: <http://nuevomundo.revues.org/document309.html>.
- (2006). *La historia de una montonera. Bandolerismo y caudillismo en Buenos Aires, 1826*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- (2010). "La acción colectiva popular en los siglos XVIII y XIX: modalidades, experiencias, tradiciones." *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, 10. En línea. Recuperado de: <https://nuevomundo.revues.org/59749>.
- GÁLVEZ, José. (2001). "El Perú como Estado: Proyectos políticos independentistas." En: *La Independencia en el Perú. De los Borbones a Bolívar*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, pp.319-350.
- GROMPONE, Álvaro. (2016). "Ni Anarquía ni pasividad: Las prefecturas y la articulación social en la formación del Estado republicano, Junín 1830-1839." Tesis de Maestría en Historia. Facultad de Letras y Ciencias Humanas. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- GUARDINO, Peter y WALKER, Charles. (1994). "Estado, sociedad y política en el Perú y México entre fines de la colonia y comienzos de la República." *Histórica*, XVIII, 1, pp.27-68.
- GUARDINO, Peter. (1989). "Las guerrillas y la independencia peruana, un ensayo de interpretación." *Pasado y presente*, 2 y 3, pp.101-117.

GUARISCO, Claudia. (2011). *La reconstitución del espacio político indígena. Lima y el Valle de México durante la crisis de la monarquía española*. Castelló de la Plana: Publicaciones de la Universitat Jaume I, D.I.

GUERRA, François. (2001). *Modernidad e Independencias. Ensayo sobre las revoluciones hispánicas*. 3ª Edición, 1ª Reimpresión. México: Fondo de Cultura Económica.

GUERRERO, Carolina. (2018). “El ejército colombiano en el Perú: expansionismo cívico y realidad estatal.” En: *Tiempo de guerra: Estado, nación y conflicto armado en el Perú, siglos XVII-XIX*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, pp.169-190.

GUTIERREZ, Jairo. 2012. *Los indios de Pasto contra la República (1809-1824). Las rebeliones antirrepublicanas de los indios de Pasto durante la guerra de Independencia*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia.

HALPERIN, Tulio. 2014. *Revolución y Guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina Criolla*. 3ª Edición. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

HAMNETT, Brian. 2011. *Revolución y Contrarrevolución en México y el Perú. Liberales, realistas y separatistas, 1800-1824*. 2ª Edición. México: Fondo de Cultura Económica.

HAMPE, Teodoro y GÁLVEZ, José. (1999). “De la Intendencia al Departamento (1810-1830): Los cambios en la administración pública regional del Perú.” *Revista de Historia Americana*, N°125, pp.105-132.

HÉBRARD, Veronique. (2002) “¿Patricio o soldado: Qué “uniforme” para el ciudadano? El hombre en armas en la construcción de la nación (Venezuela, 1ª mitad del siglo XIX).” *Revista de Indias*, vol. LXII, 225, pp.429-462.

HÜNEFELDT, Christine.

(1978). “Los indios y la Constitución de 1812.” *Allpanchis*, vol.11/12, 1, pp.33-57.

(1979). “Cimarrones, bandoleros y milicianos: 1821.” *Histórica*, III, 2, pp.71-88.

(1982). *Lucha por la tierra y protesta indígena. Las comunidades indígenas del Perú entre colonia y república, 1800-1830*. Bonn: Bonner Amerikanische Studien.

HURTADO, Carlos. (2018). “La jura de la Independencia en la ciudad de Jauja, noviembre de 1820.” En: *Sociedad, historia y cultura en el centro del Perú. Contribuciones desde las Ciencias Sociales y Humanidades*. Huancayo: Dirección Desconcentrada de Cultura de Junín, pp.201-211.

IGUE, José Luis. (2011). “Bandolerismo, patriotismo y etnicidad poscolonial: “los morochucos” de Cangallo, Ayacucho en las guerras de independencia, 1814- 1824”. Tesis de Licenciatura en Historia. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

JACOBSEN, Nils. (2013). *Ilusiones de la transición. El altiplano peruano, 1780-1930*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

JORGENSEN, Christer, et. al. (2006). *Técnicas bélicas del mundo moderno: 1500-1763. Equipamiento, técnicas y tácticas de combate*. Madrid: Editorial Libsa S.A.

KAHLE, Günter. (1997). *El Ejército y la formación del Estado en los comienzos de la independencia de México*. México: Fondo de Cultura Económica.

KOHAN, Néstor. (2013). “Bolívar, la guerra social y el pueblo en armas.” *Cuadernos de Marte*, Año 4, N°5, pp.45-61.

LAVANDA, Alberto. (2018). “Los hombres del Rey: intendentes y fidelismo en el gobierno del virrey José Fernando de Abascal, 1806-1816.” Tesis de Licenciatura en Historia. Facultad de Letras y Ciencias Humanas. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

LEGUÍA, Germán. (1921). “Los guerrilleros peruanos.” En: *La Prensa*. Suplemento. Lima, 28 de julio de 1921.

LÉVANO, Diego. (2011). “Fijos en el nombre y en la fuerza imaginarios. La formación social de las milicias en el virreinato peruano a través del caso limeño, 1760- 1820”. Tesis de Maestría en Historia. Facultad de Letras y Ciencias Humanas. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

LOAYZA, Álex.

(2016). *La independencia peruana como representación: historiografía, conmemoración y escultura pública*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

(2017). “Constitución, 1750-1850.” En: *Voces de la Modernidad. Perú, 1750-1850. Lenguajes de la Independencia y la República*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, pp.105-119.

LÓPEZ, Álvaro. (2005). “Los rituales y la construcción simbólica de la política.” *Sociológica*, Año 19, N°57, pp.61-92.

MACÍAS Flavia y PAROLO, María. (2010). “Guerra de independencia y reordenamiento social. La militarización en el norte argentino (primera mitad del siglo XIX).” *Iberoamericana*, vol. X, N°37, pp.19-38.

MAJLUF, Natalia. (2013). “De cómo reemplazar a un rey: retrato, visualidad y poder en la crisis de la independencia (1808-1830).” *Histórica*, XXXVII, 1, pp. 73-108.

MALLON, Florencia. (2003). *Campesino y Nación. La construcción de México y Perú poscoloniales*. México: Ciesas, El Colegio de San Luis, El Colegio de Michoacán.

MANRIQUE, Nelson. (1987). *Mercado interno y región. La sierra central 1820-1930*. Lima: Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo (Desco).

MARCHENA, Juan. (1991). "Reformas borbónicas y poder popular en la América de las Luces. El temor al pueblo en armas a fines del periodo colonial." *Anales de Historia Contemporánea*, 8, pp.187-199.

MARCHENA, Juan y KUETHE, Alan, eds. (2005). *Soldados del Rey. El ejército borbónico en América Colonial en vísperas de la Independencia*. Castellón: Universidad Jaume I.

MARIÁTEGUI, Francisco. (1869). *Anotaciones a la Historia del Perú Independiente de don Mariano Paz- Soldán*. Lima: Imprenta de El Nacional.

MARTÍNEZ, Ascensión. (2015). "El peso de la ley: la política hacia los españoles en la independencia del Perú (1820-1826)." *Procesos: revista ecuatoriana de historia*, N°42, II Semestre, pp.65-97.

MATA, Sara. (2009). "Guerra, militarización y poder. Ejército y milicias en Salta y Jujuy. 1810-1816." *Anuario Instituto de Estudios Histórico Sociales (IEHS)*, 24, pp.279-298.

MAZZEO, Cristina.

(2011). "Comerciantes en conflicto. La Independencia en el Perú y la transformación de la élite mercantil, 1780-1830." *Anuario del Instituto de Historia Argentina*. N°11, 2011, pp.243-258.

(2012). *Gremios mercantiles en las guerras de la independencia. Perú y México en la transición de la colonia a la república, 1740-1840*. Lima: Banco Central de Reserva del Perú, Instituto de Estudios Peruanos.

MC EVOY, Carmen y RABINOVICH, Alejandro, eds. (2018). *Tiempo de guerra: Estado, nación y conflicto armado en el Perú, siglos XVII-XIX*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

MC FARLANE, Anthony. (2008). "Los Ejércitos Coloniales y la crisis del Imperio Español, 1808-1810." *Historia Mexicana*, LVIII, 1, pp.229-285.

MÉNDEZ, Cecilia.

(2002). "El poder del nombre o la construcción de identidades étnicas y nacionales en el Perú: mito e historia de los iquichanos." Documento de Trabajo, 115, Serie Historia, 21. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

(2013). "Tradiciones liberales en los Andes, o la ciudadanía por las armas: Campesinos y militares en la formación del Estado peruano." En: Roberto Ayala (comp.) *Entre la región y la nación. Nuevas aproximaciones a la historia ayacuchana y peruana*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, Centro de Estudios Histórico Regionales de Ayacucho, pp.139-176.

(2014). *La República Plebeya. Huanta y la formación del Estado peruano, 1820-1850*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

MOLINER, Antonio.

(2004). *La guerrilla en la Guerra de Independencia*. Madrid: Colección Adalid, Ministerio de Defensa.

(2008). “La articulación militar de la resistencia: La guerrilla.” *Trocadero*, 20, pp.45-58.

(2012). “Constitución Militar y Liberalismo en España (1808-1814).” *Revista Universitaria de Historia Moderna (RUHM)*, 2, pp.135-152.

MONTOYA, Gustavo.

(2002). *La Independencia del Perú y el fantasma de la Revolución*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, Instituto Francés de Estudios Andinos.

(2014). “Notas sobre la plebe rural y el conflicto social durante la Independencia en los Andes centrales.” *Historia y Cultura*, 27, pp.179-193.

(2019). *La Independencia Controlada. Guerra, gobierno y revolución en los Andes*. Lima: Sequilao Editores.

MORÁN, Daniel. (2012). “Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Política y Religión en la coyuntura de las guerras de independencia. Perú, 1808-1825. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. En línea. Recuperado de: <http://nuevomundo.revues.org/62864>.

MORÁN, Daniel y AGUIRRE, María. (2013). *La Plebe en Armas. La participación popular en las guerras de Independencia*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Peruana Simón Bolívar.

MORELLI, Federica.

(2007). “Entre el antiguo y el nuevo régimen. La historia política hispanoamericana del siglo XIX.” *Historia Crítica*, N°33, pp.122-155.

(2017). “Estado, 1770-1870.” En: *Voces de la Modernidad. Perú, 1750-1870. Lenguajes de la Independencia y la República*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, pp.145-161.

O’PHELAN, Scarlett.

(1985). “El mito de la ‘independencia concedida’: Los programas políticos del siglo XVIII y del temprano XIX en el Perú y Alto Perú (1730-1814).” *Histórica*, IX, 2, pp.155-191.

(1997). *Kurakas sin sucesiones. Del cacique al alcalde de indios (Perú y Bolivia 1750-1835)*. Cusco: Centro Bartolomé de las Casas.

(2001). *La independencia en el Perú. De los Borbones a Bolívar*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Instituto Riva Agüero.

PALOMEQUE, Silvia. (1998). "El sistema de autoridades de 'pueblos de indios' y sus transformaciones a fines del periodo colonial. El Partido de Cuenca." *Memoria Americana*, N°6, pp.9-49.

PALTI, Elías. (2007). *El tiempo de la política. El siglo XIX reconsiderado*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

PARKER, Geoffrey, ed. (2010). *Historia de la guerra*. Madrid: Ediciones Akal.

PAZ SOLDÁN, Mariano. (1868). *Historia del Perú Independiente*. vol.1. Lima: Impresa en El Havre en la imprenta de Alfonso Lemale.

PERALTA, Víctor.

1991. *Es pos del tributo. Burocracia estatal, élite regional y comunidades indígenas en el Cusco rural (1826-1854)*. Cusco: Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas.

(2010). *La independencia y la cultura política peruana (1808-1821)*. Lima: IEP, Fundación Bustamante de la Fuente.

(2015). "La milicia cívica en Lima independiente (1821-1829). De la reglamentación de Monteagudo a La Mar." *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*. Tercera Serie, 42, pp.31-59.

(2016). "De Prefectos a Mandatarios de la Nación. La violencia en la política peruana (1829-1836)." *Revista de Indias*, vol. LXXVI, N°266, pp.173-201.

PEREYRA, Nelson. (2015). "Entre el "torbellino de la Patria" y el boom del guano: Agricultura, comercio y aguardiente en la economía decimonónica de Ayacucho (Perú)." *Revista Uruguaya de Historia Económica*. Vol. V, N°7, pp.27-44.

PEZUELA, Joaquín de la. (2011). *Compendio de los sucesos ocurridos en el Ejército del Perú y sus provincias (1813-1816)*. Joaquín de la Pezuela; Pablo Ortemberg, Natalia Sobrevilla Perea. Edición y estudios introductorios. Santiago de Chile: Centro de Estudios Bicentenario.

PIETSCHMANN, Horst. (1998). "Actores locales y poder central: La herencia colonial y el caso de México." *Relaciones*, XIX, 73, pp.52-83.

PITA, Roger. (2013). "El consumo de bebidas embriagantes durante el proceso de Independencia de Colombia: aliento, festejo y conspiración." *Historia y MEMORIA*, N°7, pp.227-268.

RAGAS, José. (2004). "El discreto encanto de la milicia. Ejército y sociedad en el Perú Borbónico." En: *El Virrey Amat y su tiempo*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Instituto Riva Agüero, pp.209- 228.

RIVERA, Raúl. (1958). *Los guerrilleros del centro en la emancipación peruana*. Lima: Talleres Gráficos P.L. Villanueva.

RIVERA, Víctor. (2017). "Libertad, 1770-1870." En: *Voces de la Modernidad. Perú, 1750-1870. Lenguajes de la Independencia y la República*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, pp.249-270.

RIZO PATRÓN, Paul. (2012). "Una aristocracia ambivalente: Torre Tagle y sus pares ante la independencia del Perú." En: *En el nudo del imperio. Independencia y democracia en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, Instituto Francés de Estudios Andinos, pp.295-313.

ROJAS, Rolando. (2017). *La República imaginada. Representaciones culturales y discursos políticos durante la guerra de independencia*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

ROUSSEAU, Jean Jacques. (1966). *El contrato social*. Madrid: Taurus Editores S.A.

SÁBATO, Hilda. (2005). *Pueblo y política. La construcción de la República*. Buenos Aires: Capital Intelectual.

SALA, Nuria. (1996). *Y se armó el tole tole. Tributo indígena y movimientos sociales en el Virreinato del Perú, 1784-1814*. Ayacucho: Instituto de Estudios Regionales José María Arguedas.

SÁNCHEZ, Susy.

(2001). "Clima, hambre y enfermedad en Lima durante la guerra independentista (1817-1826)". En: *La independencia del Perú. De los Borbones a Bolívar*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, pp.237-263.

(2011). "Norte y sur: Las milicias de Arequipa y Trujillo y la construcción de las diferencias regionales en el Perú (1780-1815)." En: *Las relaciones de poder en el Perú. Estado, regiones e identidades locales, siglos XVII-XX*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

SCOTT, James. (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*. 1ª edición en español. México D.F.: Ediciones Era.

SERULNIKOV, Sergio. (2006). *Conflictos sociales e insurrección en el mundo colonial andino: El norte de Potosí en el siglo XVIII*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

SICA, Gabriela. (2009). “Transformaciones y formas de legitimación en la autoridad de los caciques coloniales de Jujuy. Siglo XVII.” *Memoria Americana*, N°17, pp.33-59.

SOBREVILLA, Natalia. (2012). “De vasallos a ciudadanos: las milicias coloniales y su transformación en un ejército nacional en las guerras de independencia en el Perú.” En: *En el nudo del imperio. Independencia y democracia en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, Instituto Francés de Estudios Andinos, pp.251-270.

SOUX, María Luisa. (2006). “El Proceso de la Independencia en Oruro: Guerra, movimientos sociales y ciudadanía. 1808-1826.” Tesis de Doctorado en Historia. Facultad de Ciencias Sociales. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

STERN, Steve. (1990). “Nuevas aproximaciones al estudio de la conciencia y las rebeliones campesinas: las implicaciones de la experiencia andina.” En: *Resistencia, rebelión y conciencia campesina en los Andes. Siglos XVIII al XX*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, pp.25-41.

THIBAUD, Clément. (2003). *Repúblicas en armas. Los ejércitos bolivarianos en la Guerra de Independencia en Colombia y Venezuela*. Lima, Bogotá: IFEA, Planeta. Edición en línea. Recuperado de: <https://rodrigomorenog.files.wordpress.com>

(2005). “Formas de guerra y mutación del Ejército durante la guerra de Independencia en Colombia y Venezuela.” En: *Revolución, Independencia y las nuevas naciones de América*. Madrid: Mapfre, pp.339-364.

THURNER, Mark. (1996). “Republicanos y la comunidad de peruanos: Comunidades políticas inimaginadas en el Perú postcolonial.” *Histórica*, vol. XX, N°1, pp.93-130.

TILLY, Charles. (1992). *Coerción, capital y los Estados europeos 990- 1990*. Madrid: Alianza Editorial.

URBANO, Henrique, comp. (1997). *Tradición y Modernidad en los Andes*. 2ª Edición. Cusco: Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas.

VALEGA, José María. (1974). *La gesta emancipadora del Perú*. Tomos I y II. Lima: Imprenta y Litografía Salesiana.

VARGAS, Nemesio. (1903). *Historia del Perú Independiente*. Vol.1. Lima: Imprenta El Lucero.

VELÁSQUEZ, David.

(2013). “La reforma militar y el gobierno de Nicolás de Piérola. El ejército moderno y la construcción del Estado peruano.” Tesis de Maestría en Historia. Facultad de Ciencias Sociales. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

(2017). “Patria, 1770-1870.” En: Cristóbal Aljovín & Marcel Velásquez (comp.) *Voces de la Modernidad. Perú, 1750-1870. Lenguajes de la Independencia y la República*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, pp.361-380.

(2018a). “Indios, soldados sin patria: la conscripción militar en el Perú durante el siglo XIX.” *En Líneas Generales*, Año I, 2, pp.56-72.

(2018b). “Ejército, política y sociedad en el Perú, 1821-1879.” *Trashumante. Revista Americana en Historia Social*, 12, pp.142-164.

(2018c). “Una mirada de largo plazo: armas, política y guerras en el siglo XIX”. En: *Tiempos de guerra. Estado, nación y conflicto armado en el Perú, siglos XVII-XIX*. Lima: IEP, 2018, pp.495-537.

VERGARA, Gustavo. (1973). *Montoneros y guerrillas en la etapa de la emancipación del Perú, 1820-1840*. Lima: Edición del autor.

VERGARA, Teresa. (1992). “Los curacas de Huarochirí y su presencia en las guerrillas de Independencia y los primeros años de la República, 1750-1830.” En: *Huarochirí. Ocho mil años de Historia*. t. II, 1ª Edición. Lima: Municipalidad de Santa Eulalia de Acopaya, pp.95-120.

WALKER, Charles.

(1990). “Montoneros, bandoleros, malhechores: Criminalidad y política en las primeras décadas republicanas.” En: *Bandoleros, abigeos y montoneros. Criminalidad y violencia en el Perú, siglos XVIII-XIX*. Lima: Instituto de Apoyo Agrario, pp.105-136.

(1997). “Los indios en la transición de Colonia a República: ¿Base social de la modernización política? En: Enrique Urbano (comp.) *Tradición y Modernidad en los Andes*. 2ª Edición. Cusco: Centro Bartolomé de las Casas, pp.1-14.

(1999). *De Túpac Amaru a Gamarra. Cusco y la formación del Perú Republicano 1780-1840*. Cusco: Centro Bartolomé de las Casas.

(2001). “La orgía periodística: prensa y cultura política en el Cuzco durante la joven república.” *Revista de Indias*, vol. LXI, N°221, pp.7-26.

WEBER, Max. 2014. *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. 3ª Edición. México: Fondo de Cultura Económica.